



ELLA BROOKE, JESSICA BROOKE

LA  
ASISTENTE

*de Boda del  
Seque*

# Tabla de Contenido

## La Asistente de Boda del Jeque

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Epílogo

## OTRA HISTORIA DEL JEQUE QUE TE PUEDE GUSTAR

### El Secreto del Príncipe

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

# **La Asistente de Boda del Jeque**

**Por Ella Brooke & Jessica Brooke**

**Todos los Derechos Reservados Copyright 2015 Ella & Jessica Brooke.**

**[PINCHA AQUÍ](#)**

**para suscribirte a nuestra newsletter y conseguir EXCLUSIVAS actualizaciones en todas las ofertas, adelantos y novedades!**

# Capítulo Uno

Alana Fiora asimiló la magnitud del palacio árabe, un monumento en piedra tallada y mármol en el país de Al-Marasae; una maravilla que nunca hubiera pensado que vería en persona. Su madre, que había crecido en el Líbano, le había contado historias de lo asombroso que había sido el Palacio Beiteddine cuando se abrió al público durante el Festival Beiteddine.

¿Pero esto?

El palacio de la familia real Hassem estaba más allá de todo lo que podría haber imaginado.

No estaba segura de qué era lo que esperaba cuando su padre le dijo que trabajaría en el palacio unos pocos meses. Pero su mente había evocado imágenes del Taj Mahal, con sus blancos chapiteles resplandecientes alcanzando el cielo o las grandes bóvedas hinchadas como lágrimas de oro asentadas en torres enormes. Lo que le esperaba aquí era un palacio con exteriores en austera arenisca rosada, con apagados chapiteles, que parecían más bien torres de un castillo europeo. Si se mirara con detenimiento, se podría ver las bóvedas relucientes a través de las esquinas y la cúpula en alto, todo ello disimulando un exuberante arco iris de color increíble y la decoración interior.

El salón de entrada le recordaba, extrañamente, a las navidades. Los mosaicos geométricos pintados que cubrían sus muros en verdes y rojos brillantes incorporaban caligrafía tallada que danzaba por todo el salón. Alana se dirigió a la biblioteca del palacio (o a una de ellas, en todo caso) donde, se le había informado, se encontraba el príncipe primogénito Jeque Dharr Hassem. El jeque Dharr era su misión aquí en Al-Marasae, el futuro novio.

Con veintisiete años y con muchos años de universidad a sus espaldas, no le había parecido algo demasiado normal convertirse en experta de organización de bodas. No, mejor borrar eso, asistente experta en organización de bodas. Su madre, Lena, había sido quien había sido contratada por la familia real. Sin embargo, las bodas islámicas eran básicamente un contrato legal y Gabriel Fiora había decidido que el reluciente nuevo título de Derecho de Alana era justo lo que su madre necesitaba llevar con ella a Oriente Medio. El curro, aun así, venía con un magnífico beneficio para ella: para hacer el trabajo debería de ser ascendida de asistente jurídico a abogada en prácticas.

Alana nunca había oído de ningún caso semejante, aunque tampoco había oído que alguien graduado en Derecho fuera contratado como asistente legal para empezar. Aun con su diploma, era el único trabajo disponible en el bufete de su padre y él se había resistido a la idea de que ella trabajara para cualquier otro. Él era su padre, después de todo, así que en aquel momento cogió el puesto, aunque ahora estaba mucho más contenta con la promoción. Su padre parecía confiar únicamente en ella para este trabajo, lo cual era gratificante, aunque un tanto extraño. Todo el asunto era un tanto raro, empezando por la manera en que se lo presentó.

Ella recordaba que la había llamado desde su oficina una noche hacia las nueve. Alana también estaba allí, tratando de sacar algo en claro de todos las caligrafías deficientes y archivos mal nombrados. Gabe dijo que había perdido una apuesta sobre un recorrido de golf y que se había quedado más tarde de lo normal hincando el diente a un trabajo de machaca para uno de los socios de más arriba en el escalafón corporativo. Él quería saber si recordaba los rumores que habían rondado en la bolsa sobre cierto jeque de un pequeño país de Oriente Medio llamado Al-Marasae, cerca de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos.

Alana había recordado los rumores. Le habían asignado alguna comprobación de hechos en Hassem Petroleum, Inc., puesto que era a la vez cliente de Singer, Winchester and Cole, así como una inversión de muchos de sus empleados. Había oído rumores de que el heredero del jeque reinante había resultado envuelto en algún tipo de controversia. Alana nunca acabó de identificar exactamente lo ocurrido, pero la corriente del rumor creció con chismes variables—desde el intento de asesinato por parte del jeque Darr hacia su propio padre, hasta su affair con una princesa italiana.

Sea como fuere, debía de haber algo de verdad en los rumores, puesto que se había comunicado a la junta directiva de Hassem Petroleum que podría haber algún cambio en la línea sucesoria de la familia real hacia agosto de 2015. Se había fijado cierto tipo de ultimátum para el príncipe, y ahora Alana sabía lo que era.

Se tenía que casar.

Ella no sabía que encantamiento había empleado, pero de alguna manera su padre había descubierto que el jeque Azhaar Hassem, el dirigente de Al-Marasae, había dado a su hijo hasta agosto para casarse, o sería descartado en favor de su hermano menor. Alana dudaba aún más de que fuera una simple coincidencia el hecho de que su madre fuera reclutada como organizadora de bodas para el evento. Su madre tenía en marcha un pequeño imperio bastante simpático, y había organizado el “mejor día de vuestras vidas” para más de una pareja famosa. A pesar de ello, de alguna manera dudaba que el estatus de Lena Fiora como organizadora de bodas hubiera alcanzado notoriedad internacional.

No, su padre se había servido en cierto modo de ellos para esto, pero no estaba segura de con qué objetivo. Pero, oye, ella era una abogada capacitada, y su madre iba a conseguir un cheque bastante gordo, así que no podía ser tan malo. Fuera lo que fuera en lo que andaba metido, de momento salía rentable.

Ahora, sólo necesitaba conseguir unos pocos minutos con del jeque Dharr.

La puerta de la biblioteca era igualmente impresionante que el resto del palacio. La puerta de tamaño doble iba desde el suelo hasta un estilizado arco de punto del techo, dejando sitio solamente para la misma jamba. La librería tras la puerta no tenía nada que ver con sus expectativas. Estaba acostumbrada a las bibliotecas de la Universidad de Nevada, Las Vegas, incluyendo la Biblioteca de Derecho Weiner-Rogers, así que la palabra biblioteca normalmente conjuraba imágenes de mesas de

madera rodeadas de incómodas sillas de alambre grueso con asientos de plástico e interminables estanterías, con tantas filas de profundidad que te podías perder entre ellas.

En cambio, lo que encontró era una planta redonda de la misma arenisca rosa, de una docena de metros de diámetro, en lo que conjeturó que era uno de los chapiteles a modo de torreones de la esquina. Mosaicos pintados en azul y rojo intensos rodeaban estanterías que habían sido excavadas en los mismos muros, que se curvaban en espiral con la sinuosa escalera de piedra, que serpenteaba a lo largo del muro hasta al menos otro piso. En el centro, había una amplia mesa octogonal sin sillas. Cada lado tenía un almohadón afelpado color burdeos, apoyado en pequeños cojines descansando contra él, con borlas doradas colgando de sus esquinas.

El aire era seco y fresco con el delicioso aroma que sólo pueden desprender los libros. Las suaves estanterías de piedra estaban cargadas de tomos y Alana pasaba las manos por sus lomos, sintiendo las encuadernaciones de piel y las caligrafías labradas. La mayoría de los libros, al menos en esta planta, estaban escritos en árabe, o en todo caso se trataba de traducciones. Los amplios caracteres bajo sus dedos y la atmósfera extranjera hacían que Alana se sintiera como si la hubiesen raptado dentro de uno de aquellos mismos libros.

¿Cuántas horas podría perderse en una biblioteca como aquella, hondamente enterrada en uno de aquellos cojines gigantes?

Suspiró mientras retiraba la mano de los libros.

— Perdón, chicos, tengo que encontrar a un jeque. Seguro que sabéis dónde está, ¿no?

—Quizás le convenga echar un vistazo a la segunda planta.

Alana quedó boquiabierta durante un momento antes de darse cuenta de que la voz incorpórea procedía de algún lugar encima de su cabeza. Hizo girar sus ojos a su alrededor y miró a lo largo de la escalera de espiral, mientras el sol de la mañana se desparramaba por las hermosas vidrieras azules y rojas que la delimitaban, pero no podía divisar a nadie. Sus pies tomaron los peldaños. Afortunadamente, había decidido llevar zapatos bajos. Los tacones no sólo habrían sido indecentes, sino que también habría sido un horror para sus pantorrillas el subir los peldaños de piedra.

Al llegar a lo alto del tramo de escaleras, localizó a una persona sentada en una silla de piel atiborrada y oculta tras un periódico. Creía que su padre era la última persona del mundo en leer aún aquellas cosas. El segundo piso parecía más tradicional, con mesas de café de madera cuidadosamente lustrada y cristal. Salpicados por doquier se podían encontrar elegantes sillones orejeros hechos en piel, mezclando el olor de los libros con la piel y el barniz de madera. La escalera acababa allí, pero las estanterías y los libros seguían aún más alto, al menos dos pisos más, donde el techo estaba decorado con arabescos en un azul más claro y blanco, en un patrón trenzado, circular, y caleidoscópico.

El hombre de la silla dobló su periódico y se levantó para recibirla. Era alto y esbelto, con anchos hombros que se estrechaban descendiendo hasta estrechas caderas. Contaba con una

mandíbula afilada y pómulos salientes. El hombre, que supuso sería el jeque Dharr, alcanzaría casi el metro noventa de estatura e iba vestido con una holgada camisa blanca de algodón e inesperados jeans occidentales. Sus ojos de color de miel la sopesaron con perspicacia, y su piel, entre cetrina y cobriza, parecía relucir en el halo resplandeciente de la vidriera mientras permanecía de pie con las manos cruzadas detrás.

—No la conozco —dijo sencillamente.

\*\*\*

Nunca había visto a una mujer apareciendo en lo alto de las escaleras de la biblioteca. Mediría uno sesenta y ocho en el mejor de los casos, con pelo azabache recogido en una coleta sobre una sencilla americana azul cubriendo una blusa de cachemira crema. Una falda a juego hasta la rodilla cubría unas caderas voluptuosas y las gafas sin marco acentuaban los ojos turquesa más imponentes que el jeque hubiera visto en su vida. Resaltaban frente a su cutis cetrino y sus suaves labios con silueta de corazón. Las elegantes líneas de su rostro se disolvían en un largo escote que desaparecía entre el tejido de su ropa.

El jeque Dharr había notado inmediatamente la falta de hijab o cualquier otro tocado y dio por supuesto que era una de entre los americanos que había hecho venir su padre para la boda. Posó a un lado su periódico y se mantuvo en pie, observándola detenidamente según se acercaba.

—No la conozco.

—No, nunca nos hemos encontrado. Soy Alana Fiora, ha contratado a mi madre como organizadora de su boda —dijo en una voz que habría resumido profesionalidad si no fuera por la ligera vacilación. Él sospechó que probablemente se encontraba encogida por el esplendor del palacio, tal y como sucedía normalmente a los pocos visitantes que habían venido. Pero también reconoció el sonido de la inexperiencia.

Notó que ella no le había ofrecido su mano como saludo, y encontró inusual que una extranjera supiera que una mujer no debería tender su mano al saludar. O eso, o simplemente ella estaba siendo descortés.

La boda, por supuesto. La condición de su padre para mantener su lugar como heredero del reino. Su padre sabía que legalmente no podía privarle de su herencia, pero el gobierno sí que se lo podría retirar. También sabía que, si perdiera el poder ejecutivo del reino, la posición de facto como director de Hassem Petroleum iba con él.

—De hecho fue mi padre quien la contrató —dijo, volviendo a su asiento—. Siéntese, y dígame para qué me necesita. ¿Ya hemos llegado a la degustación de la tarta?

—Muchas gracias, jeque Dharr. No —sonrió—. Estoy colaborando con la organización de la boda, pero la razón principal por la que me encuentro aquí es como consejera legal para el Katb el-Kitab, el contrato de matrimonio. Apuesto a que la degustación de la tarta sería mucho más divertido.

La sonrisa de Alana era brillante, plena de dientes blancos como perlas. Él no podía evitar sonreír a su vez.

—Dígame, señorita Fiora, ¿por qué habrían mandado a una *mujer* a aconsejarme, especialmente a una bisoña en las leyes de los Estados Unidos, no digamos ya a los contratos matrimoniales islámicos?

Esos ojos turquesa brillaron, pero estaba intrigado por saber si iba a morder el cebo prontamente.

—¿Qué le hace creer que soy novicia?

Él se encogió de hombros.

—Es usted joven. Se deduce de ello.

Sencillamente, se retiró las gafas y las dobló en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Entiendo cuán diferentes son nuestras culturas, mi jeque. Podría inventarme como excusa la ignorancia de mi padre respecto a las costumbres de su cultura. Podría admitir que quizás el nepotismo tuvo algo que ver. Podría tratar de impresionarlo con mis cuantificaciones y resultados en la universidad o con mis estudios previos en legislación islámica y judaica. Pero, sinceramente, creo que su padre accedió a que viniera con mi madre porque no sentía la necesidad de pagar los elevados honorarios de los abogados más reconocidos del bufete para algo que se reduce a un mero acuerdo prenupcial.

Esta era nueva, pero no tenía miedo en absoluto en sacar un poquito las garras. Esto le gustó.

—Así pues, dígame, consejera, qué me tiene preparado?

—El Katb-el-Kitab está en su mayor parte en orden. Es mayormente el modelo general de ustedes, regido por el Islam sunita, la jurisprudencia Hanafi que rige en Al-Marasae, etcétera. Usted firmará en su propio nombre y el sultán Jassor bin Adi Puteri firmará en nombre de su hija la princesa Raaniya Binti Jasoor. El único asunto que me preocupa es algo sepultado en el mahr, lo que los occidentales llamarían la dote.

—Sí, señorita Fiora, estoy familiarizado con las costumbres matrimoniales de mi propia cultura.

—Por supuesto —dijo, y él notaba que ella trataba de mantener la pulla ajena a su voz—. Pero lo que encontré es algo que pensé que sería apropiado comunicárselo personalmente. Puede que usted esté al tanto de esto, pero no podía evitar tener la sensación de que estaba encubierto intencionadamente entre la jerga legal.

—Prosiga —dijo él, meciendo su mano.

—En esencia, el mahr contiene una estipulación que transfiere el diez por ciento de sus acciones con derecho en RPI a la familia real de Burhinna.

Así que eso era parte de la estratagema de su padre. Había habido controversia, algunos dicen que infundada, sobre si menguaban las existencias domésticas de crudo en Burhinna. La pequeña nación de Malasia había dado con un pozo en los primeros años veinte del siglo pasado que les había

convertido en muy pudientes comparados con su tamaño. Si fueran ciertos los rumores sobre el cierre de ese pozo, parecía como si estuvieran tratando de crear algún tipo de colaboración encubierta con RPI a través del matrimonio.

Tras sus propios intentos fallidos, parecía como si su padre le hubiese comprado una novia con las propias acciones de Dharr.

—Es un asunto que no había previsto. Pero, llegados a este punto, no me parece descabellado —suspiró casi.

—Bueno, esa no era la parte que estaba muy oculta. Como sabrá, hay dos partes en un mahr. Hay una que se concede directamente tras el matrimonio, y está lo que se espera si el matrimonio se disuelve. Lo que encontré es que al parecer en caso de disolución, por cualquiera de las dos partes, la cantidad se dispara a otro 25% más, para un total de 35%. Eso es el 35% de sus acciones en RPI que irán a la familia real si se produjera un divorcio —dijo ella, pasándole un archivador lleno de papeles. Había dos específicamente señalados con marcadores de pegatinas amarillas.

El jeque Dharr se sentó frente a su silla y tomó el montón de ella. Notó que se lo ofrecía con su mano derecha y no con la izquierda. Aún no sabía si era coincidencia o si quizás ella poseía ciertas nociones de las costumbres de Oriente Medio.

El jeque hojeó los papeles, seguro de que tenía que haber más en las cifras que había encontrado ella. Tenía que haber algún tipo de protección para evitar tanto a él como a la princesa el cortar y salir corriendo tras el matrimonio. El archivador requería un examen más detallado que no podía darle al momento, ya que varios asuntos en Hassem Petroleum requerían su atención esa mañana.

—Necesito revisar estos más de cerca, pero enseguida tengo una reunión. Venga conmigo a cenar al restaurante Príncipes y Paisanos. Tengo una mesa en el salón del piso de arriba. Vístase de modo apropiado.

—Por supuesto, mi jeque. Si eso es todo... —y estaba seguro de que ella no quiso darle a sus palabras la leve huella de ponzoña que llevaban, pero aquello no le sentó mal. No quería otro monigote o pelele a sus pies. Esta mujer ya le había probado que tenía un ojo agudo y cierta integridad. Ahora él tenía bastante curiosidad en ver hasta donde llegaba su talante.

Permaneció en pie, mientras ella retiraba sus gafas de su chaqueta y extendió su brazo hacia las escaleras.

—Sí, señorita Fiora. Eso será todo por ahora. La veo esta noche a las siete.

—Hasta entonces —contestó Alana. Recogió sus cosas y se retiró haciendo resonar las suelas por toda la biblioteca según descendía las escaleras.

Alana Fiora, su nueva consejera con los cautivadores ojos turquesa le dejó también un eco tras su paso. Había encontrado algo improcedentemente oculto en el contrato con su futura novia, o era que quizás buscaba algo dramático —¿el ímpetu de una hija excesivamente entusiasta, tratando de ganarse a su propio padre? Lo descubriría esta noche, tras tratar de analizar los documentos

personalmente. En cualquiera de los casos, tenía preguntas para su nueva consejera, unas pocas más allá del archivador que sostenía. Las trataría esta noche.

\*\*\*

## Capítulo Dos

“Príncipes y Paisanos” era un restaurante de dos plantas en el corazón del centro de Marasimaq, la capital de Al-Marasae. Sus ladrillos dorados y el brillante letrero de acero inoxidable sobresalían frente a los edificios más antiguos de los alrededores, erosionados por el viento y la arena. El establecimiento era obviamente un añadido relativamente reciente a la ciudad.

A pesar de lo moderno, el tradicional olor a carne asada, cúrcuma, cilantro, comino y otras especies de Oriente Medio flotaba en el aire. El delicado aroma a pan de pita horneado tocaba la nariz de Alana, y era algo que le sorprendía poder percibir por encima de otros deliciosos aromas, antes incluso de entrar en el edificio.

Había optado por el tradicional abaya negro, un vestido largo con vuelo y mangas largas, que abrazaban notablemente sus curvas sin resultar indecente. Tenía una falsa bandolera de arabescos turquesa que se conjuntaba con las bandas de color que recortaban las mangas y el dobladillo de su abaya. La bandolera desembocaba en una larga faja que acababa a la altura del vestido.

Combinaba esta con una shayla de su madre que contaba con una banda cruzada de un azul similar. La shayla era una bufanda rectangular que cubría su cabeza y hombros, pero dejaba un pequeño atisbo de su cuello al aire. El clásico hiyab siempre le daba la impresión de ahogarla. La actitud y las leyes de Al-Marasae eran de hecho más relajadas que en otras áreas vecinas, pero su madre le había advertido de que, dados sus rasgos y orígenes libaneses, sería sensato para ambas mantenerse dentro de los límites de la prudencia. Ella no tenía ninguna necesidad de ser hostigada por las autoridades locales cada vez que saliera a la calle.

Dentro, los aromas se conjugaban con el ajetreo de los camareros y el zumbido de la conversación, ya que la planta baja estaba casi llena. El interior de Príncipes y Paisanos estaba decorado en rojo y dorado. Las alfombras de la planta baja eran las tradicionales persas color burdeos con hilo y flecos dorados. El centro de la planta tenía mesas con mantelería roja y sillas tapizadas mientras que a lo largo de las paredes había mesas bajas de buffet con bancos bajos acolchados contra la pared y elevadas almohadones de asiento en el otro lado de las mesas.

A su derecha, Alana veía lo que parecía el puesto de la anfitriona y unas largas escaleras que llevaban al segundo piso. Había una cuerda roja de velour que cruzaba el umbral de las escaleras con un letrero que ella tradujo someramente como “área reservada”.

—Soy Alana Fiora, estoy citada con el jeque Dharr Hassem —dijo a la anfitriona. La joven, en torno a las veinticinco años, iba vestida con una abaya negra con ribetes rojos y dorados. Le concedió una discreta sonrisa que apenas rozó sus ojos negros y le hizo el gesto de seguirla. La anfitriona la guió hacia la escalera y retiró la cuerda de velour antes de ofrecerle una leve reverencia

con la cabeza.

Alana le agradeció en árabe antes de ascender las escaleras alfombradas, haciendo correr sus dedos por el pasamanos dorado. Localizó al jeque en una mesa de la esquina, una con sillas de roble perfectamente teñido y mantelería blanca de lino. ¿A qué venía lo de hoy y quedar en lo alto de las escaleras?

El jeque se levantó según ella alcanzó el último escalón. Estaba vestido con un traje hecho a medida que sólo ayudaba a resaltar su constitución de nadador. En aquella tenue luz, sus profundos ojos ámbar parecían casi miel de azahar, y Alana sintió que un pequeño destello de fervor rozó su piel cuando se encontraron con los suyos.

—Señorita Fiora, bienvenida —ofreció.

—Gracias. Espero ir vestida de modo apropiado —dijo de modo plano, tratando de desechar esa calidez tan poco profesional.

—Va vestida —y ella podía notar que se había interrumpido para elegir sus palabras — impresionante.

—Muchas gracias, mi jeque —retiró sus ojos de él y miró alrededor. La planta estaba vacía excepto él y el personal de servicio, que se mantenía ocupado en la parte trasera. —¿Reservó la planta entera?

—Él mostró una amplia sonrisa plena de dientes blancos. —No, y he estado tratando de rectificar eso, pero la clase pudiente de la ciudad normalmente está concentrada en sus negocios durante la semana, así que esta planta alta está menos ocupada.

—Entonces, ¿qué es esto, una especie de reservado? —preguntó Alana.

El jeque sostuvo la mano frente al sillón vacío enfrente de él, y Alana lo aceptó.

—Exacto. Yo lo ideé, inspirado en los clubs occidentales y sus habitaciones reservadas — respondió.

—¿Usted lo ideó?

—Sí. El establecimiento me pertenece —dijo con amplio gesto a su alrededor. —Quería un sitio donde la clase trabajadora y la clase pudiente pudieran por fin mirarse a la cara. Quería intentar reforzar el que, aunque podamos estar a veces separados, no estamos solos.

Ella no estaba segura de qué contestar a eso. Parecía un tanto profundo para una cena con una discusión legal pendiente. —Bueno, lo de abajo está lleno.

—Ciertamente. Mientras que aquí la cuenta puede ser comparable a la mayoría de los restaurantes de cinco estrellas, en la planta baja el menú se ha diseñado para aportar la mayor calidad posible a un precio más módico. Le diré un pequeño secreto —dijo el jeque Dharr, inclinándose apenas sobre la mesa, como si estuviera conspirando con ella.

—¿De qué se trata, mi jeque? —preguntó ella con un tono igual de conspirativo.

—A veces, si tenemos leves pérdidas en la planta baja, cargamos los precios de la planta alta, en

lugar de subir los precios de abajo.

—¿En serio?

—Me parece un modo de dar a la gente una muestra de las mejores cosas de la vida.

—Tenga cuidado, no vaya a ser que la gente se ponga a reclamar la llegada del socialismo —se burló.

—Por eso es un secreto —dijo, llevando el dedo a los labios con un guiño.

Ella le devolvió una sonrisa, mientras hizo resbalar la bufanda que cubría su cabeza, un poco más cómoda con este hombre que con el intimidante tipo que había encontrado en la biblioteca. Obviamente, el jeque sabía que ella no rompía ninguna norma, y el condenado trapo le daba un calor del infierno en pleno mes de junio. Su mesa había sido preparada con una bandeja de dátiles y un dallah de café, una tradicional muestra de hospitalidad. Había varios tipos de dátiles, algunos al natural, otros bañados en salsa de miel y algunos confitados. Le encantaban los dátiles y los había comido desde niña. Lena siempre los tenía en casa como tentempié, en lugar de galletas o pastas. Su boca se hacía agua, según los miraba.

—Por favor —dijo Dharr, —disfruta. Prefiero los dátiles al natural. Encuentro que cualquier cosa que tape su dulzura natural los aleja de la experiencia propia del fruto.

Alana se llevó uno de los dátiles al natural y lo probó mientras aparecía el camarero para servir el café. El intenso sabor del fruto seco, jugoso y ligeramente pegajoso era algo como un cruce entre una ciruela y una uva. Había una dulzura delicada que recorría su boca y, hasta para un fruto seco, contaba con cierta frescura.

Ella no pudo evitar emitir un discreto sonido ronco de aprobación antes de relatar. —Mi madre compra dátiles todo el rato en un mercado local, pero no tienen nada que ver con estos. Tienen una especie de singularidad en el sabor.

El jeque Dharr sonrió con su aprobación.

—Es una de mis variedades preferidas, cultivada localmente, pero original de Arabia Saudita. Es un fruto simple, pero es fácil destrozar su sabor si no se es cuidadoso.

—¿Quiere decir que es usted un hombre de gustos sencillos? —preguntó ella tras un sorbo del fuerte café negro.

El jeque se llegó a reír con esto, con una risita sofocada, que excitó a Alana.

—Yo no me atrevería a decir tanto, señorita Fiora. No, diría más bien que a menudo las cosas necesitan considerarse por lo que son, más que por aquello en lo que les quieren convertir.

—¿Como aquello en lo que le quiere convertir su padre? —ni ella misma sabía por qué le preguntó esto. Se le escapó, antes de percatarse de que lo iba a soltar.

—Tocado —replicó Dahrr. Sus rasgos se agarrotaron, pero al menos no apareció enfadado.

—Lo siento, eso fue increíblemente grosero. No quería decir...

—No, no pasa nada. Supongo que hay muchos rumores circulando por el mundo, sobre por qué

mi padre de golpe decretó que debía casarme.

—Sí, hay infinidad, pero no soy quién para hacer preguntas. Únicamente estoy aquí para ayudarlo con el papeleo, y para ayudar a mi madre a asegurarse de que los puntos fuertes de la celebración salen como previsto —objetó.

\*\*\*

La misma astucia y curiosidad que habían cautivado su atención con anterioridad la habían acompañado durante la cena. Él apreciaba su sencillez, incluso cuando no se trataba del más apropiado de los comportamientos. Dharr la había invitado a cenar, porque el constante rumor sobre todo el incordio de la boda, tanto en palacio como en la oficina, era como una plaga de mosquitos. Había pensado que le ayudaría a relajarse una salida nocturna con una mujer inteligente y, ciertamente, hermosa.

Hasta ahora, estaba funcionando.

Y ella era hermosa sin lugar a dudas, especialmente tras haber retirado la shayla que llevaba después de sentarse. Su pelo azabache colgaba libremente hasta poco más de los hombros y brillaba en el suave resplandor del restaurante. Los ojos que parecían cautivarlo cada vez que los encontraba, se ocultaban tras largas pestañas oscuras que resaltaban contra su suave piel dorada. La abaya que vestía resaltaba las curvas naturales que Allah le había concedido y llevaba su sangre hacia regiones meridionales.

Era extraño, pero no notó la misma carga de crítica cuando Alana cuestionó sus circunstancias actuales, como sucedía con otros. Ella parecía tener una preocupación genuina tras su curiosidad, más que el trasfondo de burla que sentía en otros. Él nunca habría admitido a nadie ese sentimiento, pero todo este ultimátum del matrimonio parecía una forma de ventaja que le llevaba todo el mundo sobre él.

El personal de camareros salvó la situación, al empezar a colocar las samosas en forma de tartaleta, el quibbe, falafel y hummus. Una camarera trajo un plato grande de cordero y vacuno shawarma, tabulé, toum, tahini y montones de pita fresca.

—Pedí algo que pensaba que le sería familiar —dijo con una sonrisa casi de satisfacción.

—Ya veo, parece delicioso. —Se volvió al camarero y le preguntó en árabe. —¿Puedo también tomar un vaso de ayran y también algo de sish taouk?

Su acento estaba un poco desplazado, pero resultó que hablaba su idioma bastante bien. Y la mayoría de los americanos arrugaban la nariz frente a las bebidas de yogur como el ayran. Esta estaba llena de sorpresas.

—Me encanta el shawarma, y lo acepto con gusto, pero llevo todo el día con antojo de pollo, también, mi jeque.

Dharr sonrió de nuevo.

—No es usted la típica americana, señorita Fiora.

—Bueno, mi madre es del Líbano. Emigró a los Estados Unidos cuando tenía quince años. Ella insistió en que yo aprendiera el árabe, de mayor —respondió.

—¿Y su padre, el abogado?

—Es italiano. Bueno, de descendencia italiana, creció en Brooklyn pero no ose decirle que no es un verdadero italiano. Se desplazó a Las Vegas tras los estudios.

—Tuvo que ser una infancia interesante.

—Ya sólo en la cena —se rió ella —, ¿se imagina spaghetti y falafel?

Ambos se rieron y ese sonido resultaba casi tan hipnótico como los ojos de ella. El jeque Dharr alcanzó un pedazo de pita y empezó a rellenarlo de shawarma, mientras el camarero volvía con la bebida de Alana. Ella lo imitó, rellenando su propia pita con cordero recién asado, tiras de vacuno y arroz con piñones. Sonrió cuando ella aliñó su pita con hummus y tahini, igual que él, sólo que ella optó por añadir algo de salsa de ajo, toum. La mujer no tenía miedo a comer, y eso también le gustaba.

—Mamá se lo echa a todo. Lo añade a la ricotta cuando prepara lasagna, y es impresionante. A papá le encanta también, es una de las pocas cosas que ambos coinciden en encontrar indispensables para cenar.

Tomó unos sorbos de su bebida de yogur mientras comían en un silencio confortable. El plato de pollo le fue servido, mientras el jeque amontonaba más carne en una nueva pita y miraba mientras ella hincaba el diente. Sus labios con forma de corazón brillaban con los jugos succulentos del pollo y él tenía que luchar contra la espontánea ansia de probarlos y saborearlos.

—¿Así que decidió seguir las huellas de su padre y convertirse en abogada? —preguntó, distrayéndose de sus labios relucientes.

—Supongo. Mi padre siempre decía que tenía buena mano para discutir —se rió —y era simplemente el camino que se me presentaba delante, ¿sabe?

—Puedo entender eso, desde luego. ¿Y qué me dice de su madre? Dudo que ella fuera a los Estados Unidos con el deseo expreso de ser organizadora de bodas.

—No —y Alana sonrió nuevamente, con una sonrisa que iluminaba sus ojos —, quizás no debería compartir esto con un cliente, pero me promete que no lo dirá a nadie, ¿cierto, mi jeque?

—Yo confío en usted—le guiñó.

—Bueno, ella en realidad empezó en Las Vegas como bailarina del vientre, en lo que estoy segura de que era un casino de baja estofa. Y fue allí que ella conoció a mi padre. —La sonrisa de Alana se volvió melancólica, mientras giraba la pajita en su ayran—. Y después de que mi padre consiguió algo de éxito, inició una pequeña actividad de catering, sobre todo comida mediterránea. Entonces, una de sus amigas se iba a casar y mi madre le ayudó con los preparativos de la boda, además de con el catering. Esa amiga le recomendó a otra y el boca a boca convirtió aquella

actividad de catering en un negocio de organización de fiestas. Supongo que empezó a rodar como una bola de nieve desde entonces.

—Bueno, si ella es la fuente de su tenacidad, estoy seguro de que la Princesa quedará encantada.

—¿Y qué me dice de usted, jeque Dharr? No ha demostrado precisamente demasiado interés en lo que dicen que es “el día más feliz de tu vida”.

—Venga, señorita Fiora. Ya debería de saber que este matrimonio está concertado por mi padre. Todavía incluso tengo que conocer a la princesa Raaniya. ¿Cuál es la expresión que usan los hombres americanos? ¿No es “sólo dime a qué hora hay que presentarse”? —Dharr se rió.

Alana abrió sorprendida los ojos.

—¿Aún no se conocen? ¿Los dos se van a casar, en cosa de un mes, y aún no se han conocido? —intentó sin éxito evitar la incredulidad de su voz.

—Esto no es tan raro en esta parte del mundo. Pero en este caso, digamos simplemente que cuando no encontré después de seis meses a nadie de mi gusto a quien llamar mi esposa, mi padre decidió que un matrimonio concertado era la mejor solución —le dijo el jeque, mientras picaba rápidamente un dátil.

—¿Le puedo preguntar que le llevó a tomar ese extremo, al menos de manera tan rápida?

—Bueno, no dejé embarazada a ninguna...¿cómo le llaman ahora?... princesa germánica.

—Italiana, según mis últimas noticias —propuso irónicamente.

—Ni maté a nadie. Estuve envuelto en un accidente el pasado año en Montecarlo. Voy un par de veces al año a desahogarme, como se suele decir. Tengo que admitir que no me importa perder algo de dinero en las mesas de bacará ni tomarme algún vaso de malta única, pero eso sólo es un detalle de la historia real. Tiene que ver con la maravillosa autopista de allí y mi amor por los potentes coches americanos.

« El pasado mayo, volaron allí algunos de mis mejores amigos para una carrera. Estaba allí un joven de la familia real de los Emiratos Árabes, el jeque Naseem, fanfarroneando sobre su nuevo supercoche de ingeniería alemana. Aposté contra él para enfrentarlo a mi Charger. No tenía ni idea si podía o no ganarle, pero creo que todos los que estábamos allí queríamos simplemente que se disputara o que se callara. No había ninguna animosidad, ve, incluso hicimos una apuesta amistosa sobre la carrera.

—¿Pero algo fue mal? —interrumpió ella.

—Desde luego. Tomó la delantera muy pronto, pero no era un conductor tan experimentado como había presumido de ser. Cuando llegó a una curva cerrada, intentó virar, pero el coche simplemente era demasiado potente para él. Derrapó hacia el capó de mi coche, mientras tomaba la curva. El resultado no fue muy bonito. Sobrevivimos los dos, yo tuve una conmoción cerebral y un

brazo roto, pero por el otro lado... —frunció intensamente el ceño—. Bueno, estuvo en coma durante unos dos meses, y lo último que oí es que estaba pasando terapia de recuperación. Tras esto, mi padre decidió que, con treinta años y como primogénito, ya debería de haber formado una familia y una rama de ascendencia, y que mi afición al juego y mi obsesión infantil con los coches se quedara en cosa del pasado. Que se cumpla el deseo del jeque. Me dio algo más de un año para casarme. Desgraciadamente para mí, empezaron a circular rumores de que yo sabía lo inexperto que era Naseem, y que quería ponerlo en evidencia, y que de algún modo saboté el vehículo para salvar la cara. No muchas mujeres “nobles” querían tener nada que ver con un hombre que prácticamente había matado un príncipe de los Emiratos, o al menos sus padres no se lo permitirían.

—Así que su padre encontró a alguien que sí, y montó todo este asunto, ¿no?

Asintió.

—Y si quiero conservar mi puesto en la línea sucesoria, y más relevante aún, mi designación como director general de RPI, lo cual viene implícito, entonces me tengo que casar con la Princesa Raaniya.

—¡Qué horror! —resopló Alana.

—Estoy seguro de que la princesa es una mujer adorable —replicó con una sonrisa, suave como la seda.

—No, ya sabe lo que le quiero decir. — Ella trató también de sonreír—. Un simple accidente, y toda tu vida queda atrapada como con una pinza a presión.

—Sí, es así como se siente uno a veces, sí.

Sus ojos de ámbar intenso parecían taladrarla y había una tensión repentina en el aire que se conjugaba con una rigidez en su abdomen. Esos remansos dorados tenían motas verdes y marrones que danzaban en la tenue luz de las falsas velas de la habitación.

—Bueno, estoy aquí para ayudar en todo lo que pueda —se ofreció, alcanzando su mano, sin pensarlo. Ella se sorprendió pero él la aceptó.

—Tengo unas preguntas sobre el mahr —empezó él mirando a sus manos enlazadas—. Esperaba que hubiera algo que a usted se le hubiera escapado, que todo el asunto fuera una especie de red de seguridad para mantenerlos a ambos unidos. Pero nada, según he visto, evita que yo o Raaniya, pidamos simplemente el divorcio y nos quedemos las acciones.

—Eso es lo que yo me temía, sí. Quiero decir que para resistir, pienso que probablemente debería de haber algún tipo de esfuerzo de buena fe, pero no veo nada que impida, algo así como a uno o dos años vista, la llegada de un divorcio, y luego, bingo, ella consigue el treinta y cinco por ciento de sus acciones con derecho a voto. Luego, también, mientras la relación fuera amigable, ella disfrutaría de mejor posición como mujer de usted que como simple accionista.

—Cierto. Aunque, respóndame a esto si puede. Si se devolviera la dote, sería de mis bienes en el momento del matrimonio? ¿O bien sería de mis bienes en el momento del divorcio, si fuera, digamos

Director, en ese momento? —preguntó Dharr. .

—Tal y como está redactado, y como yo lo entiendo, sería ésta última opción —concluyó ella.

—Eso es justo lo que temía que dijera.

\*\*\*

## Capítulo Tres

—Hey, Kelly.

—Hey, qué tal, Miss Abogada Internacional del Misterio —llegó la voz de su mejor amiga a través del portátil que reposaba en su cama.

—Eso no se te va a quedar nunca antiguo, ¿no? —preguntó girando los ojos a la ventana de video del chat.

—Nooooo, nunca. ¿Cómo te va en el país de la arena y los camellos?

—Estoy en un palacio gigantesco en la capital. Todavía tengo que ver un camello, y la mayoría de la arena es...bastante arenosa. Pero, en serio, la habitación en la que me han instalado es mayor que nuestro apartamento.

—¿Puedes traértela contigo?

—Pienso que la logística de eso sería más bien complicada, como poco, Kelly —rió —.¿Qué tal andan Jasper y Calabaza?

—Todavía no me creo que te dejara llamar a tu perro Calabaza, Lani —le regañó Kelly.

—Es de color naranja y le gusta enroscarse como una bola —argumentó Alana.

—Y le gusta perseguir a mi Jasper por todo el apartamento. —Podía oír los ladridos mientras un manchón blanco seguido por un plumón naranja corría al fondo—. Pero los pillé acurrucados juntos en la cama hace dos noches, cuando pensaban que no estaba en casa, así que creo que ella siente más amor gatuno del que admite. O Jasper está tramando su ruina, quizás las dos cosas. Son las cosas del querer.

—Kelly.

—Venga, Lani, dime ¿qué tal fue tu cita ayer con el Príncipe Encantador?

—No fue una cita, exactamente. Fue una cena de negocios.

—No. Me chateaste pidiéndome consejo sobre vestidos, así que era una cita.

—No —le amonestó. —No lo era. Aunque estaba muy guapo. Y no era en absoluto el imbécil que yo esperaba. Mantuvimos una charla interesante, preguntó algunas cuestiones legales, y la comida estaba deliciosa. Pienso que principalmente quería sólo escaparse del embrollo del palacio.

—Y te eligió a ti para hacerlo.

—Se está casando, ya sabes.

—Lo sé, pero aun así, no hace daño coquetear un poquito nada más con el mega-rico príncipe jeque del petróleo, ¿vale? Al menos, podría conseguirte una buena recomendación.

—Por tu propia cuenta, estás retrocediendo cincuenta años en el movimiento de liberación femenino. Sabes eso, ¿no?.

—Y tú sabes que es así como necesitas perrear cuando tienes que llevar los melones cubiertos hasta arriba.

—Eres incorregible —suspiró, dejándose caer en su cama.

—Y orgullosa de ello. Mira, bombón, puede que sea primera hora de la mañana allí, pero es la hora de la cena por aquí, y me estoy muriendo de hambre. Sigue trabajando bien, y ya chatearemos en otro momento, ¿vale?

—Claro. Besos. Y dale a mi perrito un montón de cariño.

—¡Besos!

El sonido del videochat desconectándose dejó la habitación en silencio y se tumbó sobre la espalda. Kelly Kentworth había sido su mejor amiga desde el instituto. Se hicieron amigas cuando Kelly le cambiaba medio sandwich de crema de cacahuete y mermelada por algo del baklava de su madre, y habían sido virtualmente inseparables desde entonces. Tanto como para haber sido compañeras de habitación bien avenidas durante los últimos años, incluso si Kelly le incitaba a quedar con chicos algo más desde que obtuvo su título.

La universidad de Derecho había dejado muy poco — no, borra eso — nada de tiempo para llevar vida social. ¡Carajo! Ni siquiera había practicado sexo el pasado año. No era de extrañar que Kelly le apretara tanto. Pero no había venido a Al-Marasae a conquistar al jeque, por muy sexy que estuviera en sus trajes a medida. Ella había venido a facilitar su matrimonio, por el amor de Dios.

Pero, ahí tumbada, en las lujosas sábanas de algodón egipcio de la cama doble, tenía que admitir que había una cierta tensión existente entre el jeque Dharr y ella. Al principio, pensó que era una simple reacción a su engreimiento, pero luego le dio la impresión de que simplemente le estaba poniendo el cebo en la biblioteca, tomándole el pulso. No, en el restaurante, cuando sus ojos dorados vagan por ella, podía notar un cosquilleo bailando por su estómago.

Cuando pensaba en su voz grave y suave junto a su media sonrisa, que parecía siempre presente en su cara, podía sentir ese mismo cosquilleo reproduciéndose. Cerraba los ojos y dejaba vagar las manos por la camiseta varias tallas más grande que llevaba como camisón. Alana notó la punta de su pezón cuando sus yemas frotaron la tela de la curva superior de su pecho. Pellizcó suavemente, mientras el botón tomó vida y dejó que la otra mano se deslizara hacia su vientre, levantando el dobladillo de su camiseta.

Capturó el pensamiento de un amante imaginario, dibujado bastante como el jeque Dharr Hassem, sobre ella, cuyas fuertes manos exploraban su cuerpo, y cuyos tiernos labios rastreaban su cuello. Pellizcó más fuerte su pezón, imaginando sus besos, y deslizó los demás dedos a lo largo del mullido algodón de sus bragas. Desde su entrepierna, el fuego se fue extendiendo y la sensación de sus dedos presionando el tejido era como gasolina. Gimió mientras arqueaba las caderas contra su mano, sintiendo como si estuviera presionando contra la virilidad dispuesta de su pareja fantasma.

Su mano derecha enrolló hacia arriba la camiseta hasta destapar su pecho, con el tibio aire de la

mañana besándolo con la luz. Alana reclamó su propio pezón marrón, apretando más fuerte y haciéndolo girar en sus yemas, como querría que hiciera la boca de su jeque. Dejó escapar un quejido, y bajó su ropa interior por debajo de sus caderas, permitiendo a sus dedos empezar a restregarse en su montículo anhelante. Soltó un bufido contenido mientras el placer se desataba por toda ella, manejando su deseo.

Anhelando el miembro duro de su fantasía, se conformó con que dos dedos penetraran su canal, llenándola gozosamente. Rodó sobre su vientre, deleitándose en el tacto de sus pechos resbalando por las sábanas de algodón y gritando en la almohada mientras la presión de su palma contra su íntimo manojito de nervios encendía sus sentidos. Hizo descender las caderas contra su amante ficticio, manteniendo sus dedos en acción, jadeando contra la almohada mientras el sudor surgía en su frente. Alana imaginaba que cada estocada era la del miembro de su amante, empujándola más y más cerca del desahogo.

La tensión crecía en sus músculos y el calor del deseo fluía por todo su cuerpo como magma. Dejó que su otra mano se uniera entre sus piernas, trazando rápidas vueltas alrededor del centro de su placer. Ella se veía tomada por Dharr, sus pechos cubrían su boca y sus uñas arañaban su espalda. Se pellizcó y finalmente sintió una marea de alivio, mientras un torrente de electricidad explotaba a través de su sistema nervioso. Todo su cuerpo se tensó y ella se combó estremeciéndose en la cama, como requería el momento.

El aliento de Alana era irregular y sus sentidos volvieron a la normalidad. Hacia el final, ese amante imaginario ya había sido la viva imagen de Dharr, pero era difícil reprenderse a sí misma después de aquello. Una fantasía o dos sobre el jeque serían inofensivas, mientras pudiera quedarse en eso. No estaba allí para hacer de quitamaridos, después de todo. Mientras, pensó con una sonrisa, según se dirigía a la ducha, no era mala manera de empezar una mañana.

\*\*\*

—¿Está todo en orden, jeque Dharr? Me han asegurado que los acuerdos hasta ahora eran aceptables —dijo Lena Fiora. Él podía notar que ella trataba de ocultar su pánico y lo entendió, incluso si le divertía. Únicamente se había reunido con Lena sola el día que llegó. Alana debía de haber llegado tras ella. Él había permanecido ajeno a la preparación de la boda hasta ahora. El que mostrara interés ahora debía de haberle hecho saltar las alarmas.

—Todo es perfectamente aceptable, señora Fiora. No, simplemente sentía que quizás no me había mostrado tan disponible como debiera —replicó Dharr con una sonrisa. Honestamente, había estado buscando a la hija, pero tras la cena de la noche previa, se había vuelto un tanto curioso sobre cómo procedían los planes de boda.

—Es usted muy gentil, mi jeque, estoy segura de que su tiempo es precioso —ofreció Lena con una leve inclinación de cabeza—. Ni el sultán ni su padre deseaban tener el evento en palacio del otro.

Hemos llegado a un compromiso para establecer el Ritz-Carlton de Abu-Dhabi. He estado trabajando con su consejero de bodas y estamos organizando la ceremonia en la Gran Pradera, con vistas a la Gran Mezquita del Jeque Zayed.

—Suenan como si todo estuviera en manos muy capaces.

—Así es. Mi madre es la mejor en lo que hace —dijo una voz a su espalda.

—Buenos días, señorita Fiora —dijo, contento de ver esos ojos de intenso azul turquesa devolviéndole una sonrisa.

—Igualmente, jeque Dharr —respondió—. Si nos excusas, madre, pienso que tenemos unos asuntos que tratar.

—Ciertamente, así es.

—Por supuesto, mi jeque. Gracias por su tiempo. —Su madre saludó con la cabeza y dejó a ambos.

—Venga, camine conmigo —le pidió el jeque Dharr.

El calor del día había sido más sofocante de lo normal y Dharr había elegido su ropaje holgado y gutra. Alana había elegido una amplia camisola amarilla y jeans para el día. Él agradecía que le hubieran concedido cierta indulgencia dentro de los terrenos del palacio, ya que los vaqueros acentuaban sus curvas de la mejor de las maneras.

Él la condujo fuera hacia el Jardín del Este, donde el sol de la mañana resplandecía a través de la gran fuente en medio del patio. Las rosadas dalias en flor y el púrpura de las equináceas se mezclaban con los girasoles para crear un rico paisaje que le recordaba a Van Gogh.

—Este es el jardín preferido de mi madre. Mis hermanos y yo jugábamos de niños, remoloneando en torno a sus tobillos, luego alrededor de la fuente, y luego entre las flores —dijo.

—Es todo tan pacífico aquí —suspiró mirando en derredor.

—No con tres niños pequeños rondando, eso seguro. Pero madre insistía en que tomáramos mucho sol y aire libre —dijo, tomando asiento en el borde del banco de piedra.

Cayó de nuevo en el mutismo, con el chorro de la fuente llenando el aire. El delicioso olor de las flores los rodeaba, y ella se volvió a él.

—¿Hay jazmines en algún lugar del jardín?

No respondió.

—Firmaré los papeles hoy —anunció en cambio.

Arqueó las cejas mirándolo.

—¿Está seguro? ¿Incluso con el mahr...

—Sí. Soy el que está preparado para el liderazgo, y para tomar el mando de Hassem Petroleum. Si la sucesión pasa a mi hermano, eso supondría un futuro desastroso para la empresa.

—¿Tengo que entender que el jeque Faaid no es tan espabilado para los negocios? —consultó.

El jeque Dharr bufó con eso.

—No es eso, ha seguido una buena educación. Pero las expectativas y las impresiones son tan importantes en los negocios como en la política. Es un asunto de equilibrios complejos, pero cuando algo ha estado trabajándose durante veinte años de pronto cambia, puede derrumbar ese equilibrio, afectando a la línea de flotación.

—Como los precios de las acciones, o la confianza inversora —dijo ella, concediéndole una leve sonrisa que sus ojos no encontraron.

—Exacto. Creo que este es el menor de los males.

—Entonces, le traeré los borradores finales tras la comida —dijo tomando su mano.

Era un momento extraño para él. Ella había hecho lo mismo la noche pasada, y le había cogido por sorpresa también entonces. Estaba seguro de que ella estaba al tanto de que el roce informal era inapropiado, especialmente si lo iniciaba ella. Pero algo resultaba distinto cuando Alana hacía estas cosas, y en vez de retirar su mano como hubiese debido, él simplemente la apretó a su vez.

\*\*\*

Encontró al jeque Dharr ese mismo día más tarde en el gimnasio, en un duelo con un hombre ligeramente más pequeño que llevaba un turbante. No llevaba camisa, resplandecía de sudor mientras blandía una cimitarra, y encontró que la pasada noche su imaginación no andaba desencaminada. El jeque Dharr parecía esculpido en un bloque sólido de músculo y su cuerpo tenso y arqueado con cada choque de espadas.

Alana podía sentir su deseo refulgiendo nuevamente al verlo. El sonido del metal chocando llenaba la estancia, mientras el jeque esquivaba un golpe de su oponente y se lanzaba hacia él alcanzándolo con un codo en su estómago. Luego le hizo una llave que lo tumbó en el tapete, lo que fue seguido por el sonido de la espada del otro hombre repiqueteando por la habitación. Dharr tenía la punta de su espada en la garganta del hombre, cuando ambos soltaron una risotada.

—Me rindo —dijo el otro hombre en árabe. —Ha llegado lejos, mi jeque, pero ¿podemos acabar la lección por hoy conservando mi cabeza?

—De acuerdo, Sanjay —dijo, encontrando los ojos de Alana.

El jeque ofreció al hombre derrotado su mano y le ayudó a alzarse del suelo de haya. Sanjay se retiró, llevándose las espadas, mientras Dharr atrapaba una toalla y se fregaba su frente antes de dirigirse hacia Alana.

—Impresionante —dijo ella.

—Siempre he creído que la familia real debería estar lista para defenderse a sí misma, además es un excelente ejercicio. Solía combatir con Faaid y Asam, pero Faaid anda bastante liado con sus hijos.

—He oído que los gemelos pueden alterar bastante el sueño a la gente, incluso a los ricos y poderosos.

Dejó escapar una risotada y Alana maldijo el modo en que esto agitó las llamas de su interior.

—De hecho, así es en gran medida. Y Asam, según sus propias palabras, no ha llegado ni a sentir el sueño, últimamente.

Dharr pasó la toalla por sus pectorales, que se flexionaban y sacudían por el ejercicio, y ella tenía que evitar morderse el labio. Su torso estaba diseñado como una V de puro sexo, con los hoyuelos alrededor de las costillas, que invitaban a ser lamidos, descendiendo hasta unos abdominales perfectamente delineados que sus manos ansiaban tocar. Su ombligo se curvaba como una “C” mayúscula que desplegaba mechones de pelo negro que se ocultaban hacia la recompensa oculta bajo sus pantalones de algodón negro.

—Yo, bueno, he traído los borradores finales del contrato de matrimonio. Pero si quiere que nos veamos en otro sitio tras la ducha.

*O quizás me pueda meter ahí contigo*

—No, no pasa nada. Los firmaré ahora —dijo señalando hacia una mesa preparada con botellas de agua.

El jeque tomó asiento y un largo trago de su botella de agua. Ella trataba de centrarse, pero la manera en la que su garganta se movía, le hizo desear seguir su rastro con besos. Quizás su incursión en el placer solitario con el Dharr imaginario no fuera la mejor de las ideas, después de todo.

—Ahí tiene, tengo los sitios para firmar ya señalados —le dijo tendiéndole un archivador y una pluma de tinta.

Dharr ojeó los documentos brevemente, pero firmó en los lugares señalados sin mucha duda. Cerró el archivo y se lo devolvió antes de recostarse en su silla.

—Enhorabuena, jeque Dharr, se encuentra un paso más cerca de dejar de ser solterón —bromeó, acordándose de sí misma.

—Hablando de ello, hay algo que creo que puede facilitarme, señorita Fiora.

\*\*\*

—¿Una despedida de soltero? —preguntó, estrechando levemente los ojos.

—Sí, al estilo americano. Si este va a ser mi último hurra, entonces me gustaría que sea algo que recordar. Siendo de Las Vegas, seguro que se le ocurre algo —sostuvo.

La idea se le había ocurrido la noche anterior, mientras volvía a pensar en su conversación. Quizás fuera su último acto de rebeldía, o simplemente una excusa para comportarse tan salvajemente como esperaba la gente de él. Pero si iba, no solamente a atar su vida a otra persona, sino además potencialmente dejar por el camino un enorme pedazote de sus inversiones en la empresa de la familia en el acuerdo, también... Bueno, quería algo de diversión antes de que llegara la hora.

—Por supuesto que puedo, pero esto no es exactamente, ejem, tradicional.

—Supongo que no —se rió—. Pero me piden que ceda un montón, así que deseo una despedida de soltero. No es que esté proponiendo una idea para debatir, señorita Fiora. Le estoy dando

instrucciones para organizarla —dijo, fijando sus preciosos ojos turquesa.

—Por supuesto, mi jeque —respondió. Su voz era calma, pero él sabía que ella luchaba por descartar la desazón de su tono, y eso en ningún momento le dejaba de divertir. Ella tenía su carácter. Él sabía, en cualquier circunstancia, que ella se aseguraría de que todo fuera perfecto, por cuestión de orgullo profesional. Es más, si ella fuera quien planificara el evento, eso aseguraría su participación.

La manera en que sus maravillosos ojos habían palpitado sobre su cuerpo mientras hablaban, no había sido tan profesional. Aunque no diría que le importaba, y para ser honesto, había preparado intencionadamente su sesión de entrenamiento con Sanjay tras la comida. Con matrimonio concertado o no, él no podía evitar ver hasta dónde y cuantas teclas podía apretar con ella.

—Bueno, parece que tengo una fiesta que preparar —dijo, recogiendo sus cosas un tanto tiesa.

\*\*\*

## Capítulo Cuatro

En las semanas que siguieron, Alana dividía su tiempo entre los preparativos de la despedida de soltero del jeque y la ayuda a su madre para pelearse con todos los proveedores de su boda. Su lista de invitados para el evento de Las Vegas afortunadamente era reducida, sólo unas diez personas, pero algunos no eran fáciles de contactar. La realeza aparentemente raramente comprueba los mensajes.

Pero ella había sido imbuida de la tenacidad clásica del abogado desde temprana edad y había recibido la confirmación de nueve de diez, por el momento. Sus hermanos, Faaid y Asam viajarían a las brillantes luces de Las Vegas para reunirse con su hermano mayor, quizás para vigilarlo. Incluso había convencido al jeque Dharr de que invitar al príncipe Jason, el hermano de la princesa Raaniya, promovería el buen entendimiento.

Dharr se entretenía en revisar todo con ella de vez en cuando, incluso yendo tan lejos como para llevarla a comer o cenar, cuando su tiempo se lo permitía. Ella empezaba a temer que las pequeñas llamas de deseo contra las que había estado luchando se convirtieran en un anhelo de sus momentos robados. Alana no pensaba que sus sentimientos fueran exactamente en un solo sentido, ya que cazaba sus ensimismamientos prolongados en ella, durante un instante más largo del debido, o le tomaba la mano para mostrarle algo en el jardín, y no la soltaba.

Se trataba de una situación insostenible y ella lo sabía. Por mucho que hubiera crecido su aprecio por el jeque, la boda estaba sólo a unas pocas semanas. Una vez que llegaran los “sí quiero”, ella estaría de vuelta y fuera de su vida para siempre.

Pero aún le quedaba un poquito de tiempo con él, y en ese mismo instante, su jet privado estaba a pocas horas de aterrizar en Nevada. Era estúpido, pero se sentía algo cohibida de estar sola con él en su reservado mientras discutían los detalles.

—Pronto aterrizaremos. Una limusina nos recogerá en el aeropuerto, por supuesto —informó al jeque Dharr, mientras este permanecía sentado cerca de la ventanilla—. Tengo una suite en ático en el Cosmopolitan, y mi amiga Kelly estará en el club Marquee para asegurarse de que el conjunto de cabañas está en orden. Y he reservado tantas suites como he podido para todos nuestros invitados. Faaid y Asam están en la suite de recepción en caso de que desee un pequeño after.

—Parece que he elegido a la persona adecuada para el asunto —dijo con una sonrisa.

—Nunca he sido alguien que se echara atrás ante un reto, mi jeque —dijo caminando más cerca de él. —También ...—cambió de tercio.

—¿Sí?

—He asignado una línea de crédito al casino por un montante de cinco millones de dólares. Pero está limitado a esa cifra. Hay un límite para el jugador, el casino no le concederá nada más, y no le

permitirá comprar más fichas con cash.

—¿Y en concreto por qué necesita hacerlo? —preguntó con su voz plana.

—Su padre podría haberme dicho, cuando estaba poniendo en marcha esta tarea para él, que perdió algo más que un poquito de dinero en las mesas de bacará —le dijo alzando una ceja.

—Quizás quité importancia a mis problemas con el juego. Tras el accidente, digamos que pasé una racha autodestructiva.

—Bueno —empezó ella —, he visto lo que puede hacer el juego, créame. Sin embargo, no me han contratado para juzgarlo, sólo para hacer de niñera.

—No necesito una niñera, señorita Fiora.

Ella no podía evitar sonreír con sus gruñidos.

—De todos modos, he preparado un límite que satisfaga a su padre, y que me dé la tranquilidad de que no gaste toda su fortuna en una noche.

—Supongo que es sensato —concedió a regañadientes.

Un repentino impacto por turbulencia golpeó el avión, tumbando a Alana hacia delante. El jeque Dharr se lanzó y la tiró hacia sí, sentándola en su regazo. Tenía aún esa sonrisa orgullosa en su cara, cuando ella arqueó una ceja hacia él, esperando que de alguna manera arreglara aquello.

—Bueno, esto no es lo típico. —dijo sarcásticamente.

—Los aviones tienen inconvenientes, supongo —respondió, doblando un hilo de su pelo azabache tras su oreja.

—Me puede soltar en cualquier momento, mi jeque —exhaló.

—No parece con prisa de irse —contraatacó—. Y además, ¿qué pasa si no le dejo ir? —. Olía a aftershave de menta y a colonia de almizcle aromática que despertaba sus sentidos. Los labios del jeque estaban tan cerca de los suyos que podía sentir su aliento, caliente y pesado.

Él se incorporó muy levemente, con su nariz recorriendo la suya, poniéndole la piel de gallina en el cuello. Notó apenas un suave toque de los labios de él en los suyos antes de que sus brazos sujetaran su cintura y ella se fundió en él. La boca de ella encontró la de él y compitieron por arrebatarse en la boca ajena mientras emitía pequeños gimoteos de placer.

Una llamada a la puerta le hizo escapar de él como si hubiese sido golpeada por un rayo. El mismo Dharr parecía como si alguien le hubiera robado algo precioso y retuvo un gruñido.

—Adelante —rugió hacia la puerta.

Sus hermanos Faaid y Asam entraron en el compartimento, aparentemente discutiendo sobre algo. Ella realmente no prestaba atención, y decidió salir antes de que llegara otro episodio de turbulencia.

\*\*\*

El Marquee era un club dentro, más bien fuera, la verdad, del Cosmopolitan. Estaba formado por

varias piscinas refinadas, rodeadas de bares, casetas privadas e incluso bungalows. Kelly había llegado para asegurarse de que las casetas reservadas, las *cabanas*, estuvieran bien surtidas de champagne, exquisitos entremeses e incluso algo de entretenimiento femenino que Alana había preparado.

Había algunas animadoras y bailarinas de striptease, cierto, pero también había contratado algo un poco más picante. Había unas bailarinas del vientre e incluso bailadoras con fuego que hacían parecer a los tragafuegos como artistas callejeros de segunda fila. Además de las mesas surtidas de más champagne, había preparado un bar privado fijado entre sus casetas, provisto de whiskey de primera calidad, vodka, ron y prácticamente cualquier otra cosa que pudieran imaginar.

Alana pretendía ofrecer al jeque lo mejor por su dinero.

La música estaba bombeando y los cuerpos se movían, cuando el jeque Dharr y su séquito entraron en el club. Kelly los recibió en la entrada, vistiendo un bikini negro con una banda verde alrededor de sus caderas redondeadas, que combinaba con sus ojos esmeralda.

—Hey, bienvenida a casa —dijo, apretando a su amiga en un estrecho abrazo.

—Hey, muchas gracias por ayudarme tanto con esto.

—¿Bromeas? ¿Colarme en la fiesta del año? Mierda, sí. Ahora, sígueme a la kasbah —dijo tomando la mano de Alana y bailando de vuelta hacia las mesas

Los invitados se asentaron rápidamente, disfrutando de la bebida y de las mujeres hermosas a su alrededor, así como de la música ensordecedora. Faaid y Asam, se encapricharon de las bailarinas del fuego que giraban sus bastones en llamas alrededor de sus cuerpos escasamente vestidos. Podía verse a los otros invitados dando generosas propinas a sus propias bailarinas.

—¿Quién es el yogurín ese de ahí? —preguntó Kelly.

—¿Cuál? —preguntó Alana, mirando en la vaga dirección en la que su amiga apuntaba.

—El de la túnica, a punto de quemarse por la chica del bikini marrón con el pelo corto —respondió.

—Ese es el hermano de Dharr, Asam. Es el más joven de los tres —gritó sobre la música.

—¿Soltero?

—¿Te he dicho que eres incorregible, Kelly?

—¡A diario!

—Si quieres hablar con él —le dijo a Kelly al oído —chócate con él *accidentalmente* y deja que se presente él mismo. Se podría sentir ofendido si te diriges a él y te presentas, no está considerado de buena educación en su cultura.

—Imita esto —dijo haciendo en broma un breve saludo y saliendo disparada.

Alana vio cómo su amiga tomó un trago de su Sex on the Beach y caminó hacia el jeque Asam. Kelly se tropezó cuidadosamente con él, evitando que prendiera fuego, gracias a Dios, y Asam como su hermano no pudo evitar coger a la mujer que se tropezaba. Miró brevemente mientras empezaban

a charlar y sacudió la cabeza.

Desvió en cambio su atención hacia el solterón en persona. Estaba sentado en uno de los sofás de lujo al aire libre, sorbiendo lo que parecía un cubalibre y mirando a las bailarinas que tenía más cerca. Se deslizó a su lado y se sintió estúpidamente feliz cuando levantó su brazo y lo colocó tras su espalda.

—¿Te lo pasas bien?

—Es magnífico. Has superado mis expectativas —dijo alzando su vaso hacia ella.

—Pero no estás del todo entrando en el rollo de las chicas. No has tenido todavía el típico frote, el lap dance de cualquier despedida que se precie?

—Aún no —le susurró en el oído, mandándole escalofríos por la espina.

—Entonces, he sido muy negligente en mis obligaciones como organizadora de fiestas. Quizás pueda convencer a alguna de las bailarinas del fuego, eso sería algo para recordar, por supuesto —se rió nerviosamente.

—Aquí sólo hay una mujer que ha atizado mi fuego el día de hoy —dijo, guiñándole.

Sintió su sangre recorriendo su piel mientras el calor brotaba por su piel...y otros sitios.

—Esta debe de ser nuestra preciosa anfitriona —interrumpió una voz desconocida.

Alana levantó la vista para ver a un hombre que reconoció únicamente por las fotos. Era el príncipe Jason bin Jasoer, hermano de la novia del jeque Superaría el metro ochenta, con pelo corto recortado con las puntas teñidas de rubio platino. Sus ojos eran de un marrón vidrioso que no acababa de fijarla del todo.

—Príncipe Jason, un placer —dijo poniéndose en pie.

—Cierto que lo es. ¿Me concedería un baile? —preguntó, posando su paso de licor marrón.

—Yo...por supuesto. Si me perdona, jeque Dharr.

El jeque asintió, pero sus ojos se estrecharon, mientras apuraba de un trago su propia bebida y sus ojos no se despegaban de ellos, mientras el príncipe la llevaba a la pista de baile. La música era contundente, rápida y frenética, pero Alana trató de mantenerse a una distancia “educada” del príncipe. Eso no parecía saciar al príncipe, en cambio, ya que lo encontró deslizándose hacia ella como un reptil. Podía oler el whiskey que permanecía en su aliento. Era pesado como una bruma y sus manos se estaban haciendo a sus caderas. No se contentaba con eso, parecía, mientras deslizaba sus manos hacia atrás y abajo tomando su trasero con ambas manos.

Alana mantenía una sonrisa de estuco en su cara, pero se libraba de sus manos abofeteándolas y advirtiéndolo con un meneo “burlón” de su dedo. Se giró, esperando controlar así mejor la situación, pero el príncipe Jason en cambio lanzó su cabeza hacia su cuello, y le puso las manos en el vientre.

—Venga, pequeña, no seas tímida, soy un príncipe y tomo lo que me place. —le farfulló al oído.

Antes de que pudiera separarse de él, sus manos reptaban por su vestido y atrapaban sus pechos por la fuerza. Un alarido de conmoción y rabia se le escapó, mientras le retiraba las manos. Alana

estaba lista para echársele encima cuando de repente, le notó desaparecer.

Se volvió para ver al jeque Dharr de pie con una mano firmemente agarrada al hombro de él.

—Creo que la señorita prefiere que lo impida, Jason.

—¿Por qué? La he visto poniéndose íntima contigo. Estoy seguro de que esta zorra americana preferiría...

—Te lo advierto... —gruñó Dharr.

—¿Tú me adviertes?

La mayoría de la gente podría haber pensado que había sido el jeque el primero en golpear, si no estuvieran de pie donde estaba Alana, pero Jason embistió a Dharr. Dharr simplemente contrarrestó más rápido de lo que nadie podía haber imaginado. Las manos de Alana cubrieron su boca, amortiguando un grito cuando el jeque hundió su puño en el estómago del príncipe y Jason cayó de rodillas, resollando y tratando de tomar aire.

Ya podía ver como los guardias de seguridad se movilizaban y señalaban a Dharr.

Él se agachó al oído de Jason y le susurró.

—No has sido nada sensato, ahora la fiesta se acabó.

\*\*\*

No parecía demasiado sorprendido de encontrar la puerta de la habitación de la suite anexa abierta, y encontrar a Alana de pie contra la jamba de la puerta en uno de los albornoces del hotel.

—Hey, siento que la fiesta se haya agitado tan pronto —dijo, sin que sus ojos encontraran los de él.

—No fue culpa tuya —dijo, invitándola a pasar con un gesto. —Si alguien debiera pedir disculpas, es el príncipe Jason. Si fuera uno de mis súbditos, le haría cortar las manos por tratar de tocarme— gruñó el jeque Dharr.

—Pensaba que era una práctica desterrada —dijo con una leve risa.

—La haría restaurar, sólo para él.

—Es extrañamente tierno —dijo, acercándose al jeque, mientras se sentaba en el enorme sofá gris de la suite. —Aun así, me siento mal porque las cosas se torcieran tan pronto. —Tomó un hondo suspiro y añadió. —Ni siquiera tuviste tu bailecito privado.

—Cierto, pero creo que sobreviviré. —sonrió.

—Bueno, creo que sería negligente en mi desempeño si permitiera que te perdieras cualquier parte de la experiencia —dijo, caminando y colocando su móvil en la base de su equipo estéreo. Al momento, un suave ritmo empezó a llenar la habitación.

Alana quedó en pie ante él, preguntándose brevemente qué diablos estaba haciendo, para quitar el lazo de su bata, dejándola caer para revelar su ropa interior de encaje. No había tenido la menor intención de estar ahí en este punto, pero se había puesto algo bonito para el caso en que Kelly y ella

pasaran por los bares de la zona después. Su creciente atracción por el jeque y su triste toma de conciencia de su propia larga sequía, le habían hecho al menos desear salir por los clubs después de la fiesta. Aún así, nunca ni en sus sueños más salvajes se habría imaginado desvelando su sujetador y bragas turquesa —algo que había elegido cuidadosamente porque sabía que subrayaba sus ojos, un rasgo que Dharr parecía adorar —a su cliente de boda, para quien debía trabajar, más que trabajárselo.

Pero había estado luchando durante más de un mes contra estos sentimientos, y estaba empezando a amar al caballero y a la astuta mente de negocios con la que trabajaba diariamente sobre los contratos prenupciales. Más que eso, sin embargo, había algo salvaje e indómito en él, algo sumergido en el interior de Dharr. Había oído de ello de sus mismos labios, su necesidad de velocidad y de sentir subidones de adrenalina. Ahora lo había notado en acción, esa parte salvaje de él surgiendo de pronto para protegerla frente a las manos belicosas de Jason. Ella también sentía esa llamada, esa parte de ella que Alana daba por sentado que había muerto durante el trabajo infatigable y el tedio de la universidad de derecho.

Y ahora volvía.

Había un fuego que la consumía, y necesitaba aprovechar esta oportunidad única. Mañana, mentirían y lo ocultarían, tenía sentido, pero esta noche, un baile no podía hacer daño. No sería nada más serio de lo que le podría haber ofrecido una bailarina del fuego e igual de provisional. Pero ¿ver a través de los ojos de intenso ámbar del jeque las llamaradas de lujuria sólo por ella? Bueno, esa oportunidad valía la pena, incluso si el hecho, si alguien lo descubría, podía inhabilitarla profesionalmente.

Algo se había quebrado en su interior esta noche, algo que había estado construyendo desde hacía mucho. Entre ese beso del avión, y la manera en la que se dio prisa en defender su honor, ella ya no podía negárselo. Quería darle algo esta noche. Incluso si él no podría ser suyo tras la boda, podía ser suyo hasta cierto punto, al menos por esta noche. Y ella podía ser de él.

Dejó que la música la llenara, las ondulaciones surgiendo de su estómago y subiendo hasta sus pechos, moviéndose al compás. Siguió sus caderas, girando con el ritmo y permitiendo que la energía se transmitiera a sus piernas. Podía notar sus ojos en ella, cuando echó atrás su cabeza y se dio la vuelta, permitiendo a sus caderas mover su culo hipnóticamente.

Se inclinó aún más hacia atrás doblándose hasta que su cabeza estuvo apoyada en el hombro de él, mientras sus manos recorrían su propio cuerpo de arriba abajo como olas. Alana giró su cabeza a la derecha, dejando que su cálido aliento se derramara en el oído de él y entrelazó los brazos en sus hombros. Hacía ondular su vientre ola tras ola, sintiendo su propio deseo creciendo mientras un gemido se escapaba de los labios de él. Giró su cuerpo hacia él, amasando con su suave culo su ingle, mientras se deslizaba hacia atrás contra su cuerpo duro. Su pecho no era lo único que era firme, su miembro la apretaba firmemente y ella se empleó a fondo hacia atrás y hacia delante contra él.

Ella gimió y fue cuando sintió que la tocaba. Deslizándose por los músculos agarrotados de su estómago cosquilleando por sus costillas, sus manos se deslizaron bajo su sujetador al mismo tiempo que sus labios alcanzaban su cuello. Alana imploró su nombre mientras la piel áspera y callosa de sus manos cubría sus suaves montículos de carne cetrina.

Sus dientes cruzaban por la piel sensible de su cuello y la punta de su lengua dejaba un magnífico trazo que provocaba una marea de deseo que surgía de lo más hondo de su cuerpo. Estiró su cuello para capturar sus labios, tomando la lengua de él en su boca con un beso que capturó otro quejido mientras sus gruesos dedos pellizcaban su pezón izquierdo.

—Dharr —siseó, notando que el pensamiento coherente empezaba a escapársele.

Sus manos eran como las de un músico tocando las tensas cuerdas de su cuerpo. La había afinado y ahora los dedos de su mano izquierda se movían como el arco de un chelo para producir finalmente una música hermosa. El grueso dedo medio del jeque separó su femineidad, deslizándose maravillosamente entre sus pliegues y ocasionando en ella una intensa exhalación y gimoteos en tono agudo .

Seguidamente, la ruda piel de su palma presionó contra los rizos oscuros en lo alto de su entrada, moviéndose en lánguidos círculos mientras su dedo entraba y salía de ella, girando contra ese delicioso granito en lo alto de su canal. Moviéndose sus caderas, dando la bienvenida al jeque y tomándolo aún más adentro, devorándolo con sus ganas.

El deseo se arremolinó alrededor de cada nervio del cuerpo de Alana como series de dominó que comenzaran en su granito más profundo e íntimo. La primera de las fichas se derrumbó y pequeñas ondas de éxtasis vibraban por todo su cuerpo, mientras gritaba el nombre de su amante, agarrándolo y apretándolo en su interior. Los gruesos dedos de su jeque la masajearon por dentro, trabajando también los sensibles nervios de su clítoris hasta que ella sintió que su clímax crecía. Un torrente de calidez llenó su tiempo y nuevamente él hundió su cabeza en el cuello de ella, dejando escapar frases ininteligibles.

Este íntimo abrazo, más de lo que había sentido en años, en cierto sentido más de lo que había sentido en toda su vida, era suficiente para llevarle al extremo. Antes, difícilmente se hubiera corrido por juegos como este, pero quizás nunca había tenido un amante tan hábil, alguien que lo hiciera tan bien para traerle las cimas del éxtasis. Las olas de placer fueron in crescendo y gritó su nombre mientras se estremecía sobre su regazo. Todo se desvanecía en una neblina, una sensación como de bruma confusa. Mientras revoloteaba a través de toda esa miríada de sensaciones, lo único que le salía era su propio nombre, una y otra vez, como si rezara a una diosa pagana.

Le gustaba esa idea, como si fuera Artemisa la cazadora en carne y hueso.

Salvaje durante una noche; Alana podía aguantarlo.

Sus alientos llegaron en amplias bocanadas irregulares, mientras se calló cayendo en el sofá junto a él. Inconscientemente, se acurrucó junto a él, que se movió para atraerla más cerca, enlazando

un brazo a su alrededor y tomando su pecho izquierdo mientras la sujetaba de manera casi protectora.

—No creo que sea así que acaba un privado —jadeó

—Lo normal —dijo, aún tratando de tomar aliento — es que el patrón no toque.

—Ni el establecimiento ni la bailarina en cuestión parece que se quejaron.

—¿Alguna queja, mi jeque?

—No, sólo me preguntaba si había que dejar alguna propina extra.

Ella clavó su codo en su pecho y ambos se rieron.

—No, pero me tengo que ir yendo. Si me doy prisa en volver a mi habitación, me puedo duchar antes de que Kelly se transforme en el Sherlock Holmes que lleva dentro y adivine lo que he estado haciendo.

La retuvo ahí atrayéndola hacia atrás al mullido sofá.

—Tienes que quedarte. Quiero pasar la noche contigo, y pensaba que estabas motivada para satisfacer a tu jeque. Después de todo, es así que me llamas —dijo con su voz casi bromeando.

—Ella forzó una risa y se liberó, manteniéndose en pie con sus piernas temblando, girándose para tratar de parecer resuelta.

—Escucha, tengo una noche entera. Le prometía a Kelly, si se lanzaba con Asam, que iríamos y lo daríamos todo en el club del Venetian.

—Así que te vas —la expresión de Dharr se ensombreció —después de eso.

—Especialmente después de eso. —Ella le frunció el ceño, preguntándose si esperaba algo más de esta noche impulsiva. Y se preguntó cómo sería concedérselo, pero tenía que detener todo esto aquí.

Había pasión y fuego entre ellos, pero, al menos por un tanto, se había saciado. Por supuesto, su imaginación traicionera se había preguntado, durante las últimas semanas, cómo sería ser más, tener más de él. Desde que se había metido en este lío, desde aquella primera noche en el Príncipes y Paisanos, ella había tenido sus descabelladas fantasías a lo Disney sobre qué sería estar en la posición de Raaniya y tenerlo cada día, y, especialmente, cada noche. Esas eran las partes menos Disney. Pero ella no era una princesa, sino sólo una organizadora de bodas. Mierda, ni siquiera era la organizadora principal, simplemente una que echaba un vistazo a los aspectos legales. Y no había estado haciendo un trabajo cojonudo esta noche.

No tenía ninguna necesidad de arruinar la reputación de la firma de su padre ni dañar el negocio de su madre. Después de todo, ¿quién contrataría a una organizadora de bodas, cuya hija había arruinado las celebraciones seduciendo al jeque? Si alguien lo descubriera, podría estar poniendo en peligro los futuros tanto de Al-Marasae como de Burhinna, así como su alianza petrolífera. No, esto era una mala idea como acuerdo en curso. Sólo era un lío y eso era todo lo que podría ser, por una noche podía decir que se había sentido como una princesa. Eso sí, una princesa muy picante, pero una princesa después de todo.

No se iba a quedar toda la noche, no iba a darle la oportunidad a Dharr de espabilarse y darse cuenta de lo que habían hecho y de lo estúpido que era. Él era el propenso a las carreras y el que tiraba montones de efectivo en los espléndidos casinos. Aquí alguien tenía que ser el sensato y el equilibrado y tenía que ser ella. Además, no había modo en que ella aguantara esa mirada por la mañana, el horror que sentiría Dharr al despertar y que calaría en su mente para entonces sobria al percatarse del error cometido.

Cortar por lo sano era lo inteligente, y lo mejor para ambas familias.

Dharr simplemente tenía que llegar a percibir esto, pero no parecía estar notándolo en absoluto, por la manera en la que quedaba de pie y cruzaba sus brazos tras ella.

Se fijó mientras se doblaban los músculos de sus bíceps . Le recordó la fuerza desenfrenada y la elegancia con la que le había visto manejar la cimitarra. Era tentador, pero retiró los ojos de él y dio unos rápidos pasos atrás. Empezó a recoger su bata y lazo probablemente con más atención de la necesaria. El colocársela le dio algo que hacer, algo en lo que podía concentrarse. Si miraba para atrás al glorioso espécimen que era Dharr, su resolución flaquearía.

—Escucha, esto sólo ha sido un momento, uno en el que los dos hemos caído, pero no me puedo quedar, y tú lo sabes.

—¿Por qué no?

—La razón más poderosa que se me ocurre —siguió mientras ataba el lazo de su bata con una precisión concentrada —es que Raaniya y toda su familia te matarán. Yo no quiero ser el origen de un maldito incidente internacional.

—No lo vas a ser. Esto es lo que yo quiero.

—Pero lo que tú quieres —siguió argumentando —no es tan importante como lo que quieren dos reyes coronados. Además, esto no debería de haber ocurrido nunca.

—¿Por qué?

—¡Deja de decir eso! Esto no va de nosotros, o de mí —suspiró. —Mira, esto ha sido un error, pero entiendo por qué ha ocurrido. Tú te sientes abrumado y asustado porque pierdes tu soltería, por mucho que no te la hayas tomado en serio.

Él contrajo su mandíbula y sus ojos se ensombrecieron aún más, de un bronce oscuro en vez de ámbar de miel .

—Es mejor que tengas cuidado con lo que dices. Aún eres mi empleada. En cuanto al motivo por el que ha ocurrido, tú eres la que se ha marcado el baile y se ha quitado la bata.

—Sí, soy tu empleada. Y eso —añadió, fijándolo, e ignorando esa última parte intencionadamente —es exactamente el motivo por el que esto no puede funcionar. No formo parte de la realeza, y no soy tu igual. Aún soy solamente la organizadora de tu boda, y lo que tenemos en común no está compensado. Tú dices que quieres hacer el amor conmigo, pero luego me das órdenes al instante siguiente. Nuestras vidas no pueden funcionar así. Nada de esto puede funcionar. Me tengo

que ir.

Se dirigió a la puerta, dolorosamente consciente de que aún llevaba sólo una bata con lencería diminuta. Era un hotel de lujo de Las Vegas y al menos el personal estaba acostumbrado a no decir nada si notaban algo anómalo, o, en este caso, lo descaradamente obvio. Él fue más rápido, sin embargo, y sus pasos eran más rápidos que los de ella. Dharr estaba en la puerta antes de que ella se pudiera escabullir.

Al alcanzarla, fijó ambas manos en los hombros de ella. Le dio la vuelta.

—No puedes irte. No lo voy a permitir.

—¿Por qué? ¿Quieres intentar un final de cuento de hadas? No es así que funciona con nosotros, con lo que se supone que estamos haciendo, nuestro deber con nuestras familias y sus negocios.

Las aletas de su nariz se hincharon, como un toro a punto de embestir contra una muleta roja.

—No tienes que sermonearme sobre deberes. Yo sé más de eso que tú. Se supone que soy el que trabaja duro, el que tiene que asumir el cargo de la empresa. No puedo pasármelo bien cuando me da la gana, no puedo ser el hombre que me gustaría, porque mi padre siempre es dominante como un diablo.

—No puedes ser el hombre que te gustaría porque, admítelo, tú eres más bien el tipo de los viajes decadentes a Monte Carlo y las carreras callejeras, el tipo con el que no se relacionaría nadie sensato.

—No —le corrigió él, rozando su mejilla. —No es cierto en absoluto. Sé todo lo que hay que saber sobre obligaciones porque lo he estado viviendo cada uno de los días de mi vida. Se supone que me tengo que casar con una mujer en la que aún no he puesto mis ojos, por las costumbres y la propiedad, y la mujer con la que quiero pasar mis noches se va por esa puerta porque todo lo que ve es mi título, y en absoluto me concede lo que quiero. ¿Cuándo consigo lo que quiero? He pasado treinta años haciendo lo que quiere mi padre.

Alana estrechó sus ojos al fijarlo.

—Dudo mucho que cepillarse millones en la riviéra francesa o en Las Vegas sea algo que tú padre quiera que hagas.

—Bueno —dijo en su tono grave y amenazante—. He descubierto que tratar de agradar al jeque Azbaar es una tarea imposible. He intentado una última opción para conservar nuestro reino y RPI juntos, pero quizás simplemente quiero lo que quiero.

Ella sacudió su cabeza y se liberó de su abrazo, por mucho que le doliera no sentir más su ternura, su palma callosa en su mejilla.

—Quiero cumplir con mi trabajo y pasar la noche contigo no está en la definición de tareas. A veces, jeque Hassem, no consigues lo que deseas.

Alana había salido por la puerta antes de que pudiera seguir con sus protestas. Era lo mejor para ambos. Lo notarían bastante pronto.

\*\*\*

## Capítulo Cinco

No era sí como se suponía que iba la vida. No era solamente el matrimonio sin amor improvisado para agradar a su padre. Era más que eso.

*A veces, jeque Hassem, no consigues lo que deseas.*

Normalmente sí que lo conseguía. Era uno de los hombres más ricos del mundo y el jeque Dharr Hassem nunca había sido rechazado por una mujer hasta entonces. Había oído historias, por parte de sus tíos, de las hazañas legendarias de su propio padre, como para saber a ciencia cierta que Azhaar nunca aceptaba un no como respuesta. Pero, si debiera ocurrir, siempre contaba con el harén. Su padre había usado el harén a menudo, una costumbre a la que Dharr no había recurrido demasiado para su propio uso. Francamente, jamás había cruzado su mente nada tan bárbaro. Pero ahora, parecía más sencillo que quedarse sin aplacar sus deseos.

Nunca había tenido que luchar por el cariño de una mujer. Una sonrisa burlona, un destello de sus dientes brillantes y, por supuesto, el collar adecuado o un vistazo a la American Express negra eran suficientes. O, al menos, siempre había funcionado con vedettes, debutantes, princesas y, puntualmente, la escort adecuada (de alto standing y muy demandada, por supuesto).

Pero, Alana no era nada de eso. Gracias a la parte libanesa de su madre, parecía como una mujer de Oriente Medio más tradicional, como si se sintiera en casa en los mercados de Marasimaq, como cualquier otro nativo de Al-Marasae. Aún así, no tenía nada que ver con las mujeres que había conocido: tradicional, complaciente y fácil de dirigir. Era mucho más y eso era muy frustrante. Una mujer instruida y una que se tomaba en serio las responsabilidades de la firma de su padre. Hasta ahora nunca había trabajado con una mujer seria, pero estaba aprendiendo rápidamente que no se las podía persuadir con una orden rápida ni mimar con promesas de riquezas y placeres.

Ella era una conquista de otro tipo, iba a tener que descubrir cómo ganársela y hacerla suya. Quizás había sido demasiado severo sobre el harén. Por lo próximo que había estado siempre a su madre Yahira, a él siempre le había molestado la existencia del harén, saber que ella se sentía herida por que prescindieran de ella. Sin embargo, si tenía que vivir una vida pública obligado a Raaniya, quizás podía tener algo para sí mismo en privado, o alguien oculto en ese harén con ojos lo más turquesa que pudiera encontrar.

Dharr tenía que estudiar ese asunto cuando estuviera en casa.

Aunque su sueño era inquieto, lleno de distracciones con sueños sobre la adorable y cautivadora Alana, y sus fabulosamente intrigantes ojos turquesa, Dharr se despertó de un salto. Su decisión, cuando finalmente se dejó llevar por el sueño hacia las cuatro de la mañana, era firme. Había más de una manera de conquistar a Alana, y él la encontraría. Tenía que ser al mismo tiempo creativo y

persuasivo, cosas de las que era perfectamente capaz. Además estaba a punto de convertirse en jeque de Al-Marasae, y nadie estaba fuera de su alcance.

Era con este nuevo ánimo con el que se sentó a desayunar en el Marquee. Era cerca de mediodía, pero el personal había sido más que sumiso en disponer un suntuoso festín de zumos de frutas, frutas tropicales, pasteles, e incluso un chef de desayunos estaba a su disposición. Quizás eso era una exageración, pero si habías crecido en un palacio toda tu vida, había tanto que pedir, y ese era su caso. A menudo y en alto. Sin embargo, podía haber prescindido del chef personal en la terraza si hubiese sabido que tanto Asam como Faaid no iban a aparecer.

Su hermano menor mandó un mensaje sobre una noche épica, y por un momento, Dharr sintió el aguijón de los celos como una picadura. ¿No era injusto si su hermano menor hubiese triunfado con Kelly y disfrutado de una noche de placer, que a él mismo, Dharr, se le había negado con su amiga Alana? Tendría que interrogar a su hermano sobre los detalles más tarde cuando el pajarraco volara a casa. Faaid, en cambio, había recibido una llamada de emergencia de casa. Todo en orden, no era una emergencia por Apocalipsis. Ni la empresa ni el palacio estaban en peligro. En cambio, el pequeño Faruk había robado los animales de peluche favoritos de Denali. Había menos negociaciones en un atraco con rehenes tratado por el FBI que en el delicado equilibrio que Faaid estaba tratando.

El ligón se había esfumado, y el padre devoto estaba ocupado, lo que dejaba al chico salvaje (como lo llamaría Padre) solo.

Tras todo esto, Dharr dio por sentado que desayunaría solo. Lo último que hubiese imaginado era ver la maldita cara de Jason. Hubiese preferido con diferencia la soledad.

El otro hombre no mostró ninguna señal de haberse molestado por el puñetazo de la noche anterior. Sus ojos marrón oscuro estaban brillantes y resplandecientes, como si hubiese dormido durante siglos, y su perilla estaba perfectamente rasurada. Francamente, Dharr estaba seguro de que Jason parecía más entero de lo que estaba. El otro hombre le ofreció una sonrisa asilvestrada y retiró una silla previamente vacía de la mesa de Dharr.

—¿Qué? Ya no pareces tan íntimo con la zorra esa tiesa a la que llamas tu asistente de boda, ¿no?

Dharr agarró su cuchillo de mantequilla y lo afiló contra sí, imaginando cómo figuraría clavado en la yugular de Jason. Esa idea era horrorosamente atractiva. Aun así, sería desastrosa para la diplomacia entre Al-Marasae y Burbinna. Alá sea loado, sí que sería satisfactorio, eso sí.

—No recuerdo haberte invitado a mi mesa.

Jason se rió exageradamente alto, y palmeó la espalda de Dharr. Era más ancho que Dharr, con la constitución de un jugador de rugby y enormes manos como zarpas. Era esta corpulencia que a menudo usaba en su favor el otro hombre. Siempre había sido un matón en su ámbito social, incluso en primaria, y no debería de sorprender al jeque lo más mínimo que quien pronto sería su cuñado pareciera disfrutar de hacer valer ese poder también con las mujeres.

—Somos familia o pronto la seremos. No tienes que cursar una invitación directa. Está implícito, es parte de la nueva y pródiga relación en la que nos embarcamos.

—Es muy generoso por tu parte —contestó impertérrito mientras se servía fruta en su plato. Habría pedido algo de salchicha de pavo también. Algo del tipo adecuado de carne para desayunar daría en el clavo y limpiaría su propia resaca—.bHe estado un tanto atareado. Mi *abogada* iba a volver y ayudarme con la solución de algunos flecos que me quedaban con el mahr. Parece que tu familia se ha tomado muchas libertades.

—Pronto será también tu familia, y eso es lo que debes recordar. Además, sólo es problemático si dejas a Raaniya. Tú eres hombre de palabra, y asumo que eso no será ningún problema.

—Bueno, no está de más tener en cuenta todos los detalles, y asegurarse de que no se va a deslizar subrepticamente ningún tipo de *abuso* de poder en el último minuto.

Jason se llevó la mano al pecho con una fingida conmoción.

—Nunca haríamos eso. Además, el término “abogada” es un tanto generoso. Vi esa faldita que llevaba y la manera en que su blusa resaltaba todas sus curvas. Yo no conozco a ninguna abogada de verdad que vista así. Y no conozco a ninguna especializada en preparar fiestas de despedida de soltero. ¿Tú sí?

Dharr se irritó con esto, y nuevamente su manó asió el cuchillo más firmemente de lo que se consideraba educado.

—Confío en su competencia en otras áreas ajenas a la planificación de la boda y su consejo con las cosas que su madre, la organizadora principal, me estaba llevando. ¿Qué pasa? ¿No te ha gustado el Marquee? Pensaba que habían hecho un trabajo estupendo. Las bailarinas del fuego fueron un detalle creativo.

—Por supuesto, eran encantadoras, pero habría dado cualquier cosa por un baile más largo con la supuesta abogada —insistió Jason, relamiéndose.

Estrechó la mirada con el gesto irrespetuoso.

—Se trata de una abogada y no estaba interesada.

—Pero tú bailaste con ella. ¡Qué horror, Dharr! ¡Qué fuera de lugar para un hombre con nupcias pendientes el bailar con otra mujer tan íntimamente. La tenías horriblemente pegada.

Dharr dio un golpe en la mesa con los cubiertos en la mesa. Chocaron contra el cristal de la mesa con un sonido metálico. La mesa se tambaleó bajo él mientras Dharr surgía en pie.

—No estoy haciendo nada que pueda deshonar a tu hermana. La ceremonia aún no ha ocurrido, y Alana es toda una dama. No habría tenido que interrumpir si no hubieras abusado de ella.

Al instante, Jason se aproximó, destacándose sobre él.

—Retira eso. Lo que hice es la costumbre. Vi a alguien que deseaba, alguien *no comprometido*, y me la llevé. Te metiste en medio sin razón, teniendo en cuenta lo que te cae encima. Me pregunto si te llevaste a la puta de vuelta a tu habitación de hotel y le hiciste cosas que tenga que contar a mi padre y

a mi hermana.

Su mandíbula estaba muy agarrotada en ese momento, suficiente como para que su cuello notara la tensión. Técnicamente habían disfrutado algo más que un baile privado, pero había mantenido los límites suficientemente alejados, y lo que habían hecho no era tampoco *mucho* más de que lo que las bailarinas del fuego habrían ofrecido con incentivos suficientes. Alana era mucho más que común una mujer de la calle y aborrecía los insultos que lanzaba su futuro cuñado.

—Espero que retires eso. Alana no ha hecho nada malo.

—Entonces no tienes nada que temer con el hecho de que yo la persiga. Mierda, y además no deja de tener una gran deuda con mi familia.

Dahrr se quedó quieto.

—¿Cómo?

—Sí, papá quería un abogado en el que pudiéramos confiar también, navegando por este proceso. Yo esperaba que Gabriel Fiora lo llevara él mismo. Después de todo, nosotros resolvimos sus deudas de juego. Siempre compensa tener abogados extranjeros en el bolsillo. Doy por supuesto, al menos, que el jeque Azhaar tiene la misma sensatez —De pronto sonrió—. He estado enfocando el asunto desde el punto de vista erróneo. Quiero decir, todo lo que necesitamos es cancelar algunos cheques a los elementos menos deseables con los que tiene deudas su padre. Esos matones americanos son tan rápidos partiendo las piernas y preguntando después. Es una costumbre que personalmente apruebo —dijo aproximándose lentamente y mirando maliciosamente a Dharr—. Apuesto a que puedo conseguir que Alana se ponga de rodillas a mis pies en nada...con las compensaciones adecuadas.

Esta vez, a Dharr no le importó golpearle en el estómago. Su gancho fue rápido y potente, machacando duro la nariz del bastardo. El fuerte crujido fue una recompensa satisfactoria, como lo era la sangre salpicando su camisa blanca.

—No creo que ahora andes muy compensado.

Jason se agarró su cara aplastada y lo fijó.

—Estás loco —le dijo—. Tu familia necesita este matrimonio. ¿Quién más vas a conseguir con tu reputación? ¿Crees que mi padre y mi hermana consentirán ahora que me has humillado?

Dharr se puso en posición de guardia.

—Te has humillado a ti mismo y a la Casa de Jasoor al hablar tan groseramente de una mujer. Me da igual lo que quiere tu familia o lo que Burbinna lleve a nivel político o comercial. No quiere tener la menor relación con un bruto y asqueroso matón como tú. Si tú eres tan penoso, no puedo imaginar que el resto de la familia sea mejor. Vuelve corriendo a Burbinna y dile a tu padre que los acuerdos están cancelados, y que has perdido eso para Raaniya.

—Te arrepentirás, especialmente si esto es porque quieras la puta americana para ti.

Un segundo golpe, un rechazazo a la mandíbula de Jason, le dejó al otro doblado, y jadeando

buscando tomar aire. Allah, el silencio era una bendición.

—No me importa. Ahora, voy a hacer que la seguridad te expulse

\*\*\*

Lo llamaron a palacio ese mismo día. Dharr estaba seguro de por qué era, pero quería que Asam distrajera a Alana para su propósito. Su hermano, aunque reticente a tener que entrar en contacto con Kelly tan pronto (y ahí tenía que haber una historia), cumplió y así Dharr había embarcado en el jet familiar para volver a Marasimaq.

De joven, volviendo a casa de la mezquita, el tamaño y la escala del palacio ancestral de la familia siempre lo había confundido. Diablos, tener que hacerse una idea de las entradas y salidas de los salones laberínticos del palacio le había llevado años. Aún era propenso a perderse en el ala oeste si no tenía cuidado. Aun así, al hacerse adulto y crecer acostumbrado a su entorno, incluso la opulencia del palacio no lo dejaba intimidado. Sin embargo, de pie ante los minaretes y las enormes cúpulas, Dharr de pronto se sintió como si tuviera siete años de nuevo.

Su padre le producía ese efecto, y siempre lo haría.

Saludó al jefe de la guardia, Nassir, y marchó hombro a hombro con el hombre más bajo hasta el salón del trono. El amplio y lujosamente mullido asiento estaba vacante. En cambio, su padre encorvado sobre su bastón retorcido, se encontraba paseándose por toda la extensión de la sala, o haciendo un esfuerzo tan noble como se lo permitía su artritis. Al segundo de que Dharr entrara en la zona, su padre se le volvió en contra, acariciando su larga barba gris mientras hablaba.

—Explícame el lío que has montado otra vez, Dharr.

—¿El lío que yo he montado? ¿Padre, sabe de qué modo horrible le estaba engañando toda la familia real de Burbinna? Tenían acuerdos secretos en pie con el bufete de Singer, Winchester y Cole. Gabriel Fiora, el abogado principal del acuerdo prenupcial, y el que firmaba el trabajo de su hija, estaba presionado enormemente bajo el puño de Jasoor. Si no me cree, hay media docena de empleados del Marquee que confirmarán exactamente lo que vociferaba Jason. Probablemente, estaban estudiando algún modo para anular el matrimonio tras el acto o manipular el treinta y cinco por ciento de nuestras acciones. Era una encerrona desde el principio, aprovechándose de su ultimátum, y yo no voy a entrar en ella.

—Te enfadaste porque Jason agredió a la abogada-barra-organizadora de bodas. Es estúpido. Es sólo una mujer, hijo —le reprendió su padre apoyándose más pesadamente aún en su bastón.

—No es cualquier cosa, y nos han mentido desde el principio, manipulando todo en su favor. El único motivo por el que se encontró esa disposición fue porque Alana trabajó con la debida diligencia en todo. No me casaré con una chusma manipuladora como esa. Les das un centímetro y enseguida robarían todo RPI y se nos levantarían Al-Marasae con ello.

Su padre pareció considerar la idea brevemente antes de volver a su máscara de enfado y

disgusto de nuevo.

—Y por supuesto, es sólo un efecto colateral muy conveniente, el que puedas escabullirte de cualquier responsabilidad efectiva. Sólo porque el clan Jasoer era deshonesto en sus negociaciones, eso no quiere decir que tengas una excusa para volver a tu vida de playboy. Tu accidente trajo la vergüenza a esta familia. He llegado a este acuerdo, a esta boda, para salvar tu reputación.

—¿Y cuál es el coste de ello? ¿Padre, llegó a echar un vistazo a los contratos o se centró en imponerme su voluntad?

Los ojos de su padre se estrecharon.

—Yo que tú elegiría mejor mis palabras, hijo.

—Todo está ahí, Padre —dijo, tratando de razonar con él. —¿Por qué cree que necesitan tanto de nuestras acciones?

—Como garantía contra tu reputación. Son ricos. Probablemente más que nosotros.

—Pero no es sostenible. Sus pozos de petróleo están menguando. Los rumores andan rondando desde hace años.

—También los rumores sobre ti.

—Padre, he estado pagando por ello desde entonces —rugió. —No me creo que nadie de nosotros tenga que pagar con nuestra subsistencia. Esta boda se lo puede llevar todo.

—Esta boda se celebrará—su padre se detuvo un momento. —¿Cómo no va a celebrarse? Ya se han firmado los contratos.

—Por mí, sí. Pero no por Raaniya. Los espacios de la novia han quedado en blanco. Nadie los ha procesado, y aún no es demasiado tarde para...

—Esto es una locura —interrumpió su padre—. Decreté que os casarais y no pienso volver atrás en lo que se ha decretado. Sería un signo de debilidad. —frunció el ceño y se hundió en un banco, pareciendo cansado y de pronto casi frágil a Dharr.

—En tal caso, que así sea. Me casaré, pero no con Raaniya. —Todo parecía tan sencillo de pronto. Cada problema que había estado revolviendo y volteando la pasada noche, la locura de tratar de contrapesar lo que quería con lo que su padre pretendía de él.

Había más de una manera de conseguirla. Ambos podrían conseguirlo todo.

—Me casaré con Alana Fiora.

\*\*\*

## Capítulo Seis

—¿No ve, padre? Los contratos se pueden mantener. No habría que cambiar nada menos el nombre de la novia —Habían estado discutiendo, parecía, durante horas, pero su reloj le decía que sólo habían sido veinte minutos.

—Y tú crees que esta asistente de boda americana...

—Abogada —tuvo que señalar Dharr de nuevo—. Ella era la que encontró la discrepancia en primer lugar.

—Es una discrepancia de la que se beneficiará enormemente como jequesa. ¿Qué le va a impedir divorciarse de ti y ganar más aún de nuestra empresa?

—No. Creo en ella —dijo Dharr, sin dudar en absoluto.

—Estos americanos —su padre balanceó la mano — se divorcian a la hora de comer y se casan para la cena.

—Ella no. Lo sé —Él ni siquiera sabía cómo conseguiría que aceptara antes de nada—. Habla nuestro idioma —dijo, intentando otro rumbo—. Conoce nuestras costumbres, ha demostrado que está comprometida con nuestros intereses examinando el mahr tan de cerca. Y es americana.

—Yo no cuento eso exactamente a su favor —dijo su padre con un ceño fruncido.

—Pero nuestros inversores sí —dijo, sabiendo que ahora tenía un argumento vencedor—. Tenemos tantos inversores americanos que para ellos saber que uno de ellos está alineado con nosotros, les daría una sensación de seguridad, ¿no cree, padre? —Se echó atrás, alzando sus manos—. Esta no es mi decisión, padre. Sólo añadiré que, aunque su bufete fue contratado por la familia Jasoor, me hizo saber a mí la influencia que tenían en el mahr.

—Sigue siendo un mahr que la beneficiaría enormemente —dijo su padre tras un rato.

—Pero ella no sabe eso —Ella podría tener otras ideas, tras aquella noche en su habitación, pero que él la tomara como su novia no estaba entre ellas. Él no tenía la menor idea de cómo convencerla para que aceptara su lugar en la mezquita.

—Alana Fiora será tu novia —dijo su padre, casi con agotamiento—. Queda decretado.

Quizás ese era el modo. Un decreto. Una orden. No era algo que podría imponer por teléfono con ella en Las Vegas. Quizás sería mejor esperar que ella llegara con Asam. Sería más complicado negarle al decreto del jeque en el palacio.

\*\*\*

—Asam, estoy contenta de que me ayudaras a ocuparme de los invitados y te aseguraras de que todos volvieran bien al aeropuerto, pero no estoy muy segura de para qué hago todo este viaje a Al-

Marasae otra vez —dijo Alana, ajustando sus gafas de sol a su nariz.

No había bebido tanto la pasada noche. Dios, deseaba que fuera así de sencillo. Habría sido mucho mejor si podía justificarse pensando que aquel último baile de la noche había sido sólo la borrachera. No lo fue de ningún modo, pero no sabía por qué la necesitaban de nuevo en el palacio. Todo el papeleo sobre el mahrr, al menos en lo relativo a Dharr, había finalizado antes de la fiesta de soltería y ella estaba segura de que los detalles de la familia Jasoor se resolverían con el final de la fiesta.

Por supuesto, estaba fenomenal llevar el papel principal de abogado de a pie, en un caso por una vez, después de todo el trabajo paralegal, pero este no era un trabajo que quisiera prolongar nada más. Alana había sufrido una desafortunada pérdida de juicio la pasada noche y, sinceramente, lo último que hubiese querido era trabajar al lado de Dharr. Había mucho que pretendía él de ella y, francamente, demasiado que ella deseaba de él, que no podrían obtener.

¿Por qué diablos la necesitaba de vuelta en Oriente Medio? No había nada más que se necesitara de sus servicios y debería de haber algo que tuviera que hacer para Singer, Winchester y Cole que ella tuviera que hacer en casa en Las Vegas.

Asam pareció congelarse un tanto mientras ajustó su cinturón y se alzó para ayudarla con el de ella. Incluso si ambas reputaciones, la de Asam y la de Dharr, los precedían y la imagen de la familia Hassem, antes de ellos, era menos que cristalina, ambos hombres actuaban como auténticos caballeros. Ella se preguntó si alguna vez se asentarían como hizo Faaid, y si abandonarían todas sus otras locas pasiones infantiles. Era una buena idea para ellos, al menos, una esperanzadora. Claramente su padre esperaba lo mismo o de lo contrario nunca habría hecho tales proclamaciones y promesas de gran alcance para que las oyera todo el mundo, sobre Dharr y sus nupcias pendientes.

Entonces nuevamente, dada la feroz manera en la que el jeque la besó apenas la noche anterior, algo de lo que aún ella se avergonzaba, Alana se dio cuenta de que había mucho que hacer para calmar la naturaleza de Dharr Hassem.

—Mira, yo soy el hermano menor. Faaid es el Sr. Responsabilidad y Dharr es el que ha sido designado para llevar realmente RPI, pero yo sólo soy suficientemente espabilado para saber que, cuando padre tiene una orden, no hay que cuestionarla. No lleva a ninguna parte. Doy por supuesto que hay algunos flecos en el contrato de matrimonio que necesitan ser aclarados. Todo lo que sé con seguridad es que tienes un jet de lujo a tu disposición para un viaje y tenemos una copia del adelanto de *The Force Awakens* para tu placer de espectadora.

—En realidad, no soy ninguna fan de la ciencia ficción —dijo ella, frunciéndole el ceño a Asam. Las palabras de él parecían ligeras y sencillas como siempre lo habían sido, pero estaba sentado tan rígido que la impresionaba. Había algo que Asam no le estaba diciendo, pero no podía imaginarse qué era. Dios, ¿era su culpa? ¿Había derivado el pequeño altercado entre Jason y Dharr en más papeleo todavía entre las familias? Eso sería una locura. Después de todo, había sido la familia

Jasoor que necesitaba las acciones y la oportunidad de tener mejores reservas de petróleo a su entera disposición. También, incluso si no era algo que la cultura de su madre respetara, ella había sido la agredida y toqueteada contra voluntad. En todo caso, Jason y su familia deberían excusarse, en lugar de llamar para más resmas de papeleo y contratos—. En serio, todo parece un tanto fuera de lugar. ¿Estás bien?

Asam suspiró y se sirvió unos dedos de Scotch.

—La verdad es que pienso que me cargué todo anoche con Kelly. Ella y yo estábamos disfrutando de verdad juntos, liándola buena.

Alana sonrió mientras encontraba el eufemismo apropiado.

—Quieres decir haciendo buenas migas.

—Sí, eso también —dijo él, echándose hacia atrás mientras despegaban del suelo—. Creo que yo había bebido un poquito de más y había una bailarina del fuego que estaba siendo muy simpática..

—Y tú hiciste algo de lo que te arrepientes—acabó Alana por él.

—Pues sí. Mucho. Sólo era un poco de diversión, besuqueos con la bailarina, pero Kelly lo vio y me he dado cuenta esta mañana de cómo me lo podía haber pasado mucho mejor si simplemente hubiera pasado el tiempo con ella. Traté de llamarla y pedirle disculpas, pero ella me evita —acabó miserablemente.

Alana se encogió. No podía dar mucho apoyo aquí. Conocía a Kelly desde el instituto. La chica era una de las chefs más exigentes de Las Vegas y comandaba cocinas con un suspiro. No podías llegar tan lejos sin ser ferozmente determinada y tenaz como el infierno. Aún había cosas que Alana había hecho en el instituto, que Kelly le recordaba diez años después. Si Asam la había liado tanto y tan pronto, podrían pasar años antes de que Kelly aflojara.

Si es que lo hacía.

Aun así, había habido un resplandor en el ojo de Kelly la primera vez que espiaba a Asam. Quizás aún había esperanza para esos críos locos, si su mejor amiga sabía sobreponerse. Alana podría tener tiempo para preocuparse de eso, tras descubrir qué otros obstáculos tenía que salvar en las semanas finales antes de la boda real.

Un paso adelante y dos para atrás —murmuró para sí misma, alcanzando una botella de Perrier para el viaje.

—¿Qué?

—Sencillamente pensaba que había superado todos los tejemanejes de Marasimaq. No es que tu tierra no sea encantadora (por Dios, es algo salido de un cuento de hadas), pero tengo muchas más cosas que hacer. No es ninguna ofensa a tu familia, pero no me endeudé para pagar mis estudios de Derecho simplemente para vagar por un destino exótico... o incluso un palacio.

—No tengo por qué sentirme ofendido por eso, pero podrías descubrir que la vida del palacio tiene mucho más que ofrecer de lo que podrías haber imaginado —contestó Asam.

Ella suspiró y enlazó sus dedos por la filigrana de plata fina de su collar.

—Quizás es precisamente eso lo que temo.

\*\*\*

Una vez que hubieron aterrizado en el palacio, se sintió confundida al encontrar una mujer mayor dándose prisa para saludarla. No era exactamente una abuela, sino que probablemente rozaba los cincuenta. Tenía pelo largo moreno, subrayado por una mecha gris en la sien derecha. Sus ropas eran claramente reconocibles: los bombachos lila claro, la bandolera dorada y púrpura, y el largo y fino velo sobre los ojos. Era una del harén. Alana nunca se había encontrado con ninguna del harén. Estaban allí principalmente por Azbaar, aunque su salud le impedía visitarlas a menudo a día de hoy, por lo que había oído. Había visto estas mujeres al pasar, por supuesto, pero no tenían nada que ver ni con la preparación nupcial ni con los deberes legales, así que nunca había tenido que hablar con ellas directamente. Ni ellas le habían hablado.

Su corazón empezó a palpar fuertemente cuando la otra mujer le concedió una profunda reverencia, fijando sus ojos en ella. Algo en ese gesto hizo que su corazón diera un salto en el pecho. No estaba segura de lo que quería decir, pero aun así estaba tan alejado de sus otras experiencias que sabía que había algo que estaba completamente confundido.

—No entiendo. ¿Qué significa?—. Se volvió a Asam, pero él simplemente miró para otro lado. Se volvió a la mujer y le preguntó la misma cuestión delicadamente, en árabe.

La mujer le hizo otra reverencia y le contestó en ese mismo idioma. Alana era hablante pero no siempre de forma fluida; el vocabulario regional y los dialectos se le escapaban. Así que quizás había oído mal. La mujer no podía haber dicho lo que creía que pensaba que había oído.

Recogiendo las expresiones de su madre en su mente, preguntó del modo más educado posible una aclaración.

—No entiendo. ¿Qué acaba de decir?

—Lo siento, mi jequesa —replicó la mujer mayor, su voz como una voz ronca de alto—. Puedo hablar más lentamente. Mi nombre es Basheera y deseo que venga conmigo. Le aseguro que el harén ayudará a nuestra reina a parecer lo mejor posible para el banquete de esta noche.

Eso no era nada tranquilizador. Confusa, Alana se llevó una mano a su boca.

—¿En serio? Debe de haber algún error —se volvió a Asam—. ¿Me están confundiendo con Raaniya?

Asam evitaba mirarla.

—Quizás deberías de ir con ella y descubrirlo.

—Yo no voy a ir al har... —Su voz le abandonó cuando notó a dos de los guardias más grandes desplazándose para flanquearla. Impresionada, fijó a Asam—. En nombre de Alá, ¿qué está pasando aquí?

Asam siguió evitando mirarla, pero al menos tuvo la decencia de encogerse con su tono abrupto.

—Lo siento. Mi padre y Dharr han cambiado de planes. Raaniya ya no es la futura novia.

—¿Y eso qué tiene que ver con... —se paró un momento, dándose exacta cuenta de lo que tenía que ver con ella—. Esto es una locura.

—No lo es. Ha sido bien concebido. Han decidido que tú encajas mejor —dijo, por fin encontrando la mirada de ella.

—¿Y yo no tengo nada que decir aquí? —preguntó, tratando de alejarse pero encontrando algo duro clavándose en su costilla—. ¿Vais en serio? —preguntó, prácticamente escupiendo su odio al más alto de los dos guardias, un hombre con una larga barba rizada que le llegaba hasta mitad del torso—. ¿Me apuntas con un arma?

—Nunca se usaría contra ti —tartamudeó Asam, intentando sonreír y fracasando miserablemente—. Es sólo que los guardias notan que es mejor que no te escapes. Es mejor que vayas con Basheera. Te enseñará todo. Te maquillará y el banquete será delicioso.

—Ah, eso mejora las cosas —escupió—. ¿Quieres decir el banquete al que estoy obligada a ir porque de repente me caso con tu hermano, diga que sí o que no? —Apenas había conseguido aferrar el concepto y aquí estaba, diciendo las palabras: forzada a casarse, a punta de pistola, incluso.

Asam tragó con dificultad y miraba sus zapatos.

—Esta es la manera que padre ha decretado. Es imposible discutir con él.

—Soy abogada. Encontraré la manera —dijo, incluso mientras sentía las piernas desfallecer con la pistola presionando su costado.

—Se te va a tratar bien, y tú misma lo has dicho —Asam intentó sonreír, nuevamente sin éxito—: este es un palacio precioso con todos los lujos que te puedas imaginar. Eres... eres como la princesa de un cuento de hadas.

—No —resopló, empezando a caminar tras Basheera mientras los guardias no le dejaban ningún tipo de elección—. Estoy en *La bella y la bestia*, y no voy a desarrollar ningún síndrome de Estocolmo de empatía, no ¡cuando me han engañado y secuestrado! —gritó por fin, preguntando si alguien en el palacio podía oír, o le importaba. Pero este era el palacio de él. Por supuesto, nadie movería un dedo ante el encarcelamiento de una mujer si era él quien lo hacía.

Asam estaba a sus pies.

—Alana, siento que estés de vuelta aquí, porque me caes bien de verdad, pero te prometo que no es tan terrible como crees.

—No puedo volver a casa y no puedo mantener mi trabajo, con estos acontecimientos. ¿Mi familia sabe algo? —preguntó mientras le llevaban bajo el gran arco y hacia el ala oeste del palacio.

Asam asintió mientras la alcanzaba a su altura.

—Tu madre está organizando la boda, eso por supuesto.

—Estupendo, quizás pueda conseguir algún descuento. Pueden reutilizar los mismos planes de

cuando iba a ser Raaniya —se burló—. Déjame sola —dijo roncamente, decidiendo que ya no le quedaba energía para quejarse o discutir. Esperaría. Seguiría para adelante, y ya esperarí.

Le llevó cerca de veinte minutos deslizarse por suficientes pasillos para llegar a las estancias principales que albergaban a las chicas. Alana se paró y dudó ante la puerta, de algún modo agradecida de que los guardias y Basheera fueran suficientemente amables como para dejarla tomar aliento antes de obligarla a que todos los demás le fueran presentados.

—Bueno, espero que todas nos llevemos bien —dijo, incapaz de ocultar la amargura, incluso en su árabe chapurreado—. Una vez que sea “jequesa”, supongo que compartiré a Dharr con el resto de las chicas.

Basheera agitó su cabeza. Hizo que los abalorios de su pelo tintinearán como si se chocaran entre ellos—. No. La mayoría de las del harén viven aquí, pero ya no las necesitan, no con Azhaar tan enfermo. Sólo porque el jeque ya no nos necesita, eso no quiere decir que seamos expulsadas. Todas las mujeres de aquí son acogidas durante todo el tiempo que requieran. Es su casa.

—Bueno, yo tengo una casa, y no está aquí —resopló encorvando sus hombros un tanto, mientras los dos guardias se reían con la intensidad de su acento. Había practicado a menudo con su madre, pero aún se podía ver que había nacido en Estados Unidos cuando hablaba—. ¿Y yo no puedo hacer eso? ¿Irme a mi casa?

Basheera frunció el ceño y le dio una palmadita en el hombro de Alana. No era justo ser desagradable directamente con Basheera o incluso los guardias. Eran sólo peones, igual que Alana, ahora mismo. Lo que pidiera la familia real, estaban *todos* obligados a cumplirlo. En su caso particular, aún era medio americana, y su muerte o prisión —si alguien la descubriera —al menos causaría conmoción. Era improbable que Dharr le hiciera algo en la vida, a parte de prepararle la mayor encerrona de toda su vida. Si Bashhera se uniera a ella en sus quejas sobre Azbaar, o los guardias se dieran la vuelta y la dejaran escapar, entonces sus propias vidas estarían en peligro.

Esclavos, a montones.

Le hacía bullir la sangre de sólo pensar en ello.

—Sé que estás nerviosa. Estás aquí con una nueva categoría —dijo Basheera suavemente—. Yo estaba estupefacta en mi primera semana en el palacio, pero ahora esta es su casa, mi jequesa, y yo la cuidaré. Le doy mi palabra.

—No eres tú con la que estoy enfadada —dijo Alana, mientras las puertas se abrían ampliamente ante ella por uno de los guardias—. ¡Oh, uau!

Tenía que silbar ante la amplitud que se le presentaba. La estancia principal del harén era realmente una gigantesca estancia abovedada. Su techo mediría fácilmente más de quince metros de altura y grandes franjas de tela de seda de colores brillantes colgaban de unos hilos tendidos alrededor de toda la sala. Creaban un campo de jade, turquesa, fucsia y oro brillantes. Mientras caminaba a través de las barreras de colores brillantes, ella notaba que las intersecciones de las

sábanas creaban pequeñas habitaciones independientes, realmente no más grandes que la habitación del clásico colegio mayor americano, pero aún así muy cómodas para vivir. Había camas individuales, así como espléndidos almohadones de seda esparcidos por todos lados. Las joyas y vestidos adornaban los pequeños muebles, en su mayor parte mesillas, y había ocasionalmente instrumentos musicales, tambores pequeños y liras.

Y también estaban las mujeres. En su mente, Alana siempre esperaba que un harén contara con cientos de jóvenes, apenas salidas del instituto y riendo entre ellas con voces estridentes. Había muchas menos mujeres que eso, quizás no más de una docena. Unas pocas eran jóvenes, de su edad, más o menos, aunque ninguna parecía más joven, ni nada parecido a la edad del instituto. La mayoría eran mayores, como la misma Basheera, y Alana entendió la verdad de las palabras de la otra mujer. Este era un sitio donde se permitía vivir en el lujo y confort a las mujeres mayoritariamente retiradas, para que pudieran vivir aún una vida por encima de la que podrían haber tenido en sus pequeños pueblos de Al-Marasae o en un trabajo más sencillo en Marasimaq.

—Lo cierto es que esto es realmente bonito ...hizo el gesto a la prodigalidad a su alrededor. ¿Voy a quedarme aquí?

Basheera sonrió, un bajo trino en su registro de alto.

—Oh, no, mi jequesa, usted se quedará con Dharr. Después de todo, solamente sus aposentos son adecuados a la realeza, de la que va a formar parte. Ahora, preparémonos para el banquete. Su maquillaje y uñas no van a estar listas.

—Sí, claro. Mi novio tiene que quedar satisfecho —dijo en un gruñido bajo—. No veo la hora de verlo—. Sus uñas se hundían en sus palmas.

\*\*\*

## Capítulo Siete

Dharr nunca pensaba que fuera posible que Alana lo sedujera más de lo que había logrado con el baile privado de la pasada noche. Ella había sido arrebatadora, simplemente con su ropa interior de puntilla que había dado paso a sus espléndidos y voluptuosos pechos, y cuerpo ondulante. Sin embargo, Basheera se había superado con el maquillaje. Había visto a las mujeres mayores preparar a las más jóvenes durante años, normalmente para agradar a su padre o a Faaid, antes de que su hermano tomara una mujer para él. Pero este era el mejor trabajo de la líder del harén.

El largo pelo azabache de Alana estaba enlazado a su espalda entretejido en un lazo de satén amarillo y subrayado con broches de diamante y plata. La mayoría estaban diseñados en forma de mariposa. Sus cautivadores ojos turquesa brillaban como estrellas y su belleza estaba realzada triplemente por la sombra de ojos que los contorneaba. Sus labios, en forma de arco de Cupido, eran de un deslumbrante tono de rojo intenso, y su espléndida piel de bronce contrastaba con el amarillo canario maravillosamente con la prenda de dos piezas que llevaba. Los pantalones eran anchos y con vuelo, adornados también con zafiros e hilo de plata, mientras que la bandolera era pequeña, apretando apenas un poco para contener su amplio escote. Su apariencia se completaba con un largo medallón con una piedra de ámbar en el centro colgando tentadoramente entre sus pechos.

Su miembro se puso duro, y Dharr reajustó sus pantalones solapadamente para tratar de ocultar su excitación mientras permanecía en pie. Sólo era previsible y adecuado que estuviera en pie mientras una dama entraba en el salón de banquetes. Eso quedaba fuera de discusión cuando la dama en cuestión iba a ser la próxima reina del reino.

La sonrisa de Dharr era amplia cuando le concedió una muy competente y practicada reverencia.

—Mi jequesa, esta noche luces muy radiante.

Lo miró fijamente, y de luego se giró hacia los guardias, antes de moverse lentamente al lugar más alejado de la mesa de cuarenta sillas. Dharr estaba seguro por las miradas que ella le lanzaba, de que si no hubiese sido por Nassir y sus más fieles subordinados que vigilaban las salidas, Alana ya se habría escapado para entonces.

—Luzco como Basheera me ha ayudado a lucir. Nunca llevo todo este maquillaje, y me siento casi como si un loro hubiese explotado en mi cara.

—Te aseguro que te queda magnífico. Quizás deberías haberlo explorado antes, y no simplemente limitarte al pragmatismo legal.

Ella frunció los labios hacia él, pero no siguió con esa línea de pensamiento. En cambio, cruzó sus brazos sobre su pecho y movió la cabeza.

—He oído la palabra “banquete” de Basheera y esperaba que se tratara de un asunto

multitudinario

Él se preguntó si esperaba eso, una multitud en la que perderse, pero él no permitiría eso esta noche.

—Quería el salón todo para mí. Estoy seguro de que tienes algunas preguntas para mí, al tratarse de unas disposiciones tan repentinas. Alana golpeó con sus palmas contra la mesa con una fuerza impresionante, suficiente para dejar el servicio temblando y la vajilla de plata tintineando.

—No es sólo *repentino*. Es decepcionante. Me has mentido, me has traído a un país extranjero, me estás reteniendo contra mi voluntad, y me vas a convertir en tu esclava sexual.

La expresión de Dharr se ensombreció y, cuando habló, moduló su voz en un tono grave y peligroso.

—No me quieras tantear hasta ese punto, Alana, mi joya. Tú serás jequesa de todos tus dominios, con una vida que pocos podrían ni soñar. Difícilmente serías una esclava.

—Pero no estoy aquí de propia voluntad, y tú tienes la última palabra sobre cuándo y dónde voy, sobre lo que puedo hacer. Mi vida giraba sobre el derecho, mis amigos y mi familia en Las Vegas. ¿Y ahora? —resopló, con sus dientes centelleando casi peligrosamente mientras hablaba—. Ahora estoy aquí atascada como una muñeca viviente, acicalada y vestida para tu diversión.

—Esto es lo mejor para nuestras dos familias.

—Dudo muchísimo de eso —dijo, retirando la sopa a un lado tan pronto como la asistente de la cocina se la presentó—. No tengo hambre.

—Probablemente la tendrás y entrar en huelga de hambre no te hará ganar tu libertad.

—No pienso que nada consiga eso, ahora que has tomado una decisión —le lanzó como respuesta—. Al parecer, ¡ha habido un decreto!

Dharr suspiró. No podía culparla por esa ocurrencia. Y no dejaba de ser verdad. Ella había venido para ayudar a rellenar unos acuerdos que él estaba obligado a completar y que su padre había más o menos prometido al mundo entero con su vocerío y declaraciones. Mientras que sus fortunas y reservas eran fuertes, su padre no lo era. Su reputación en la comunidad era menospreciada, y tanto él como Asam habían hecho tanto por perder el favor del mundo entero y peor, de las otras ramas nobles dentro de Al-Marasae. Una boda estabilizaría todo, y una con una mujer que le importara era mucho más agradable que estar amarrado a Jason y su familia, brutos como eran. Él no era ningún bruto. Él se lo demostraría.

—Aprenderás a amar esto. El palacio tiene más de 1800 metros cuadrados de lujo. Hay sala de bolos, cines, piscinas interiores y exteriores, y tantos otros placeres que antes sólo has vislumbrado. Aquí serás adorada como una reina. ¿Qué más puede uno desear?

—¿Quieres decir a parte de tener mi propia autonomía? ¿Tener algo que decir sobre mi futuro y tener una verdadera carrera? ¿Cosas como esas?

—Tú misma admitiste que tu carrera estaba atascada. Por eso era que trabajaste para tu padre en

primer lugar. Además, no me denigres rotundamente. Yo no soy el único que te ha estado usando.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó, con su tono encrespado y sus ojos como nubes de tormenta.

—Tu padre. Jason tenía razón en hacerme saber esta mañana que tu padre tenía una deuda bastante importante en alguno de los casinos de la ciudad. La familia Jassor estaba amañando las cosas para asegurarse de que conseguirían los mejores porcentajes posibles de las disposiciones ocultas del mahr. No creo que contaran con tu debida diligencia y habilidad en encontrar cada detalle. —Le concedió una sonrisa indulgente, preguntándose si realmente apreciaría el cumplido.

Ella meneó la cabeza.

—¿Hablaste con Jason?

—Sí, fue más que irritante e insultante.

—Pero mi padre...—sus ojos se fueron ensombreciendo—. Supongo que era estúpido y naif pensar que había dejado el juego.— Mantenía su mirada en su propio regazo—. Se trataba de prestamistas sin escrúpulos, ¿no?

—No conozco los detalles —dijo Dharr, consternado por su tristeza. La había visto enfadada, pasional, alegre, pero nunca triste.

—Entonces, dime lo que sabes.

—Jason dijo que lo tenían en el bolsillo de su familia debido a una deuda que tenían con un “elemento muy poco aconsejable”. —No le dijo el resto de las asquerosas divagaciones de Jason, sus ideas de ponerla a sus pies. Iba a ser su jequesa. No se iba a arrodillar ante ningún hombre... excepto, posiblemente él—. Se resolverá —dijo abruptamente, esperando acabar con el tema de conversación, para alejar esa desagradable tristeza de sus ojos—. Y esto va a funcionar para los dos. Sinceramente, la dinastía Hassem no necesita enlazarse con semejante chusma pendenciera. El *príncipe* —se burlaba de la palabra —dijo cosas horribles sobre ti y tu honor, y padre y yo usamos esta flagrante falta de respeto para romper el contrato. Eso es todo lo que hay. Así, mucho mejor. Sus pretensiones sobre los porcentajes en el mahr básicamente eran usura.

—No voy a discutir esos dos puntos, pero... —entonces ella cruzó su mirada con él, aún con aspecto triste y bastante perdido—. Debe de haber varias princesas de Oriente Medio o indonesias para tu elección. Raaniya no era la única elección. No sé cómo he podido acabar arrastrada en medio de todo esto.

Dharr se puso en pie entonces, y anduvo hasta la silla de ella. Alcanzándola, tomó su mejilla y mantuvo su mano ahí, a pesar del odio de su expresión.

—Porque eres inteligente y hermosa, y también tienes ascendentes de Oriente Medio. Eres una americana que puede tranquilizar a algunos de nuestros socios inversores, sin ser una extraña a nuestra cultura.

—Yo no soy musulmana practicante, y tú eras la primera persona en decir que mi acento es un

poco cochambroso. ¿Y qué era lo demás? ¡Yo no *quiero* hacer esto! —escupió, reemplazando la tristeza por un odio nuevo.

Él estaba contento de ello, contento de ver que volvía su fuego. Se rió y se agachó para besarla. Al principio, Alana dejó la boca clausurada, cerrada firmemente. A él no le importó, su ansiosa lengua era más que capaz de traspasar la barrera de sus labios. Finalmente, la lengua de él encontró la suya, acariciándola y tentándola hasta que finalmente Alana respondió, derritiéndose en su silla hacia atrás. Dharr envolvió sus dedos a lo largo de la larga trenza de su pelo y la llevó hacia su hombro antes de dejar que su mano lo abandonara para deslizarse hacia abajo hacia su pecho. El primer roce de su dedo índice en su pezón y ella chilló en alto y saltó en pie.

—¡No! Puede que me hayas traído aquí, pero ¡no soy tu juguete sexual de turno!

—Nunca diría eso —dijo—. Pero es poco sensato estar en desacuerdo con tu jeque.

—También es poco sensato raptar a alguien de casi el otro lado del planeta —respondió ásperamente—. Esta noche no duermo contigo.

—Bailaste para mí la pasada noche. Grandes hordas de Alá, hiciste mucho, mucho más que eso. Ahora, no hay otro compromiso en el camino, nada más de lo que tengamos que preocuparnos por respeto a las apariencias. No tienes que luchar contra tu deseo —dijo, enfatizando este punto recorriendo con sus dedos sobre la carne tibia de su vientre.— Ambos sabemos que lo sientes.

Ella podía notar que su piel temblaba, pero su voz era firme.

—Pero quiero tener la posibilidad de elegir.

—Eso tuyo es muy americano. Hay otras tradiciones, más antiguas —dijo él, agachándose para susurrar en su oído. Le llevó cada gramo de autocontrol que tenía para no lamerle el anillo del lóbulo de la oreja también. Ella era siempre tan tentadora—. Sólo porque el matrimonio está concertado eso no significa que no tenga que haber pasión o quizás amor.

—¿Amor? —se echó atrás y lo abofeteó—. ¡No te atrevas a usar esa palabra! Si me amaras, no me habrías mentido y quitado mi elección. —Se echó otro paso atrás y levantó su barbilla—. Sé que Baheera dijo que estaba lista para dormir en tus aposentos, pero me vuelvo a las estancias del harén. No soporto verte la cara.

—Yo decido dónde duermes.

—Entonces cantaré una canción de borrachos toda la noche hasta que acabes deseando que no estuviera en tu habitación, te robaré las sábanas y no pararé de pegarte patadas en la espinilla. Ya vas a ver lo bien que vas a dormir.

Y ese era el fiero espíritu occidental en ella que lo había estado intrigando, y que había removido sus propias pasiones desde el principio. Por supuesto, venía con la astilla clavada de su propia independencia, pero podría ganar por agotamiento. Ninguna mujer de la tierra se le había resistido al jeque Dharr Hassem y Alana no sería distinta.

Ninguna lo era.

Sin embargo, había pasado por muchas cosas, y seguramente tendría jet-lag. Además, ambos tenían que atender detalles de la boda al día siguiente. Lo último que necesitaba era tener ojeras por oír canciones desafinadas al oído.

—Puedes ir con Baherra esta noche —dijo, antes de atraerla hacia él, suficientemente pegada a él como para notar su rígida erección a través de los pantalones—. Pero pronto serás mi novia en todos los sentidos. Necesitas reconciliarte con eso.

\*\*\*

## Capítulo Ocho

El sueño de Alana era intermitente. Esperaba tener pesadillas sobre estar atrapada en el palacio o incluso sobre el primer encuentro con Azbaar, el jeque imponente en su trono que nunca había llegado a conocer. Pero nada de eso pasó por su mente. Cielos, ni siquiera los recuerdos de las manazas de sobón de Jason clavándose en su piel la perseguían en sueños. No. Eran mucho más terribles y personales. Eran sobre su padre y los malditos tiburones prestamistas con los que se había visto envuelto.

¿Cómo podían haberlo sabido su madre y ella? Su padre siempre había disfrutado un poco de las máquinas tragaperras, pero claramente tenía que haber ido mucho más lejos los viernes por la tarde. Fue nombrado socio en la firma, pero había estado allí durante treinta años y era uno de los abogados más influyentes. Tenía un buen salario, pero sus deudas debían de haber sido considerables, para caer en el radar de la Mafia y luego acabar envuelto en una intriga internacional.

En sus pesadillas, ella imaginaba imbéciles vestidos de seda derribando su puerta y arrastrando a su padre fuera a punta de pistola, o también que se levantaba para descubrir su cabeza apoyada en el sofá como homenaje macabro a *El Padrino*. Todo esto se repetía como un bucle toda la noche, y todo esto era un terrorífico recordatorio de que su padre necesitaba ayuda urgente. Su propia servidumbre era el precio para mantenerlo a salvo y entero esta vez, pero necesitaba ir a Jugadores Anónimos o recibir terapia, o caería en manos los tiburones otra vez, y Alana estaría atrapada al otro lado del mundo en Al-Marasae e incapaz de salvarlo.

Ella no quería que su vida fuera esto, quedar reducida a un juguete y trofeo de un hombre al que casi no conocía. Por mucho que se sintiera atraída por Dharr, el encantador hombre de negocios al que había estado asistiendo. Alana estaba frustrada por Dharr, el futuro jeque. Había dado por sentado muchas cosas por ella, había creado la vida que quería y la había arrojado a ella al lugar correcto. Aun así, si todo esto evitaba que su adorado padre durmiera con los peces, merecía la pena. Era un precio que pagaría una docena de veces. Pero, ¿qué pasa si no fuera suficiente para salvarlo la próxima vez?

Quizás hoy podría suplicarle a Dharr hacer una llamada de teléfono. ¿No tenían derecho todos los prisioneros a eso?

Se preguntó qué habrían preparado para hoy. Alana esperaba que pasaran unos pocos días antes de que la forzaran a encontrar el jeque Azhaar y la jequesa Yahira, aunque eso sería mejor que la obligación de dormir en la cama con Dharr. Sí, se sentía atraída por él. Dudaba si había alguna mujer viva que pudiera ver sus anchas espaldas y esos cautivadores ojos ámbar y dominarse, al menos una mujer heterosexual. El hombre era puro sexo, pero el matrimonio y una vida juntos estaba basado en

algo más que placer y deseo salvaje de críos. Mucho más. Necesitaba confiar en él y, tras las últimas veinticuatro horas, la confianza era lo último que se había ganado Dharr.

Cuando la sábana alrededor de su recinto se retiró, Alana esperaba ver a Basheera ahí para acompañarla a empezar su día. En cambio, mientras, pestañeaba hacia los molestos rayos del sol, Alana vio a su madre. Las lágrimas cayeron por sus ojos, mientras se apresuró a abrazar estrechamente a su madre. Enterrándose en la melena castaña de su madre, Alana lloró un tanto.

—No estaba segura de si te iba a volver a ver.

—¿Verme otra vez? Intenta dejarles impedírmelo. Aún estaba aquí fijando los arreglos para Raaniya. Te puedes imaginar mi impresión cuando me dijeron esta mañana que viniera a la estancia del harén para rescatarte porque habías remplazado a Raaniya como la novia. ¿Qué pasa? ¿Te raptó, simplemente?

—Bueno, volé de vuelta y luego...—

—¡Por eso dejé el Líbano! Las maneras antiguas me ponían enferma — continuó su madre, retirándose de ella y calmándose .

—Ya lo sé, y mira —empezó Alana

—No, escucha. No sé si tú has perdido la chaveta o si el príncipe Dharr lo ha decretado. Si él te ha hecho esto, entonces llamo a la ACLU y todos los abogados amigos de tu padre allá en casa. Si tenemos que conseguir al gobernador o alguien del Senado para hacer una llamada, lo haremos. Si piensan que no vamos a luchar por esto, han elegido la familia equivocada —acabó su madre, respirando pesadamente al llegar al final.

Alana pestañeó como si todo empezara a iluminarse sobre ella. Su madre no sabía nada más que ella sobre las deudas y problemas de su padre. Si ella admitía que todo esto era parte de un chantaje, esencialmente, entonces su madre necesitaba saber qué información reservada tenían los Hassem en torno a su padre, o, como parecía, tenía la familia Jasoor. Pero Dharr conocía su secreto más profundo y guardado, algo tan incontrolable que ni ella ni su madre tenían la menor noción al respecto. Mientras su padre necesitara ayuda, Alana quería una oportunidad para llamarle o mandarle un email sobre ello, para animarle a sincerarse por sí mismo. No quería descubrirlo ella y luego compartir su mayor vergüenza con su madre de primera mano.

Eso arruinaría a su padre, incluso si su juicio aparentemente había estado seriamente perjudicado durante años.

En cambio, Alana forzaba una sonrisa plástica en su cara y abrazaba a su madre una vez más.

—Estoy en el harén porque quería mantener algo de intimidad y misterio hasta nuestra luna de miel. También es verdad. Hubo una chispa tan buena en la fiesta de despedida de soltero. —*Eufemismo brutal*—. Y además hubo cierto comportamiento violento por parte del hermano de la antigua novia, y Dharr canceló la boda y ... ¡Todo cuadraba tan bien! Yo sólo estaba nerviosa de decírtelo yo misma.

Las mentiras sonaban huecas y mezquinas a sus propios oídos, pero Alana siguió mintiendo durante todo el tiempo, esperando que su madre se tragara sus argumentos. Ella simplemente no podía soportar decirle a su madre que todo lo que ella y su padre habían trabajado por los dos se había esfumado, no podía abrir el cajón de los secretos de su padre así como así.

Con todos los defectos de su padre, le debía más.

Su madre agitaba la cabeza como si la ayudara a darle un sentido a la evolución de los acontecimientos.

—Cariño, ¿hiciste algo para romper el otro compromiso?

—No, prometo que no. Simplemente habíamos trabajado tan bien juntos las pasadas semanas, y cuando pareció evidente que la otra familia no era adecuada, bueno, ya había algo ahí.

¿Por qué ir a por ello, ya que los plazos del jeque Azhaar eran tan reducidos? —Estas eran las mismas racionalizaciones que Dharr le había suministrado la pasada noche, y Alana se odiaba por usarlas ella misma también. Pero no quería preocupar a su madre. Simplemente pasa por esto, ayuda a tu padre, y luego llámale pronto y fuérsale a entrar en rehabilitación antes de que sigan problemas mayores. Quizás, ella incluso lo agarraba antes de que la farsa llegara a su conclusión.

Ella simplemente no podía asustar a su madre y cortar en rodajas a su padre; ninguna hija leal podría hacerlo.

Quizás entendía el deber filial más allá de lo que creía posible, al menos ahora a la fría luz del día.

—No es eso... quiero decir, si él realmente te importa... —Su madre parecía estar luchando por encontrar las palabras—. Esto es tan repentino.

—Tengo casi veintiocho años y ¿no era la abuela Aziz la que comentaba el otro día cuánto deseaba tener nietos?

Su madre entrecerró los ojos y frunció el labio inferior.

—La abuela Aziz también decía que necesitabas encontrar un marido en cuando dejaras el instituto y que los deberes del hogar y la casa serían suficientes. Nunca la has escuchado hasta ahora.

—Entonces, quizás simplemente noto que esto está bien, como algo superior a él y a mí. ¿No puedes aceptarlo de una vez?

—Creo que aquí hay algo que huele mal—. Su madre entrecerró los ojos, buscó la cara de Alana, pero Alana mantuvo la sonrisa—. Pero eres mi hija y te amo —dijo finalmente—. Si realmente es esto lo que quieres, entonces te ayudaré a acabar los planes de boda y a apoyarte en todo lo que pueda, pero tienes que ser honesta, cariño, ¿es la vida con Dharr lo que quieres?

En realidad esta era una pregunta fácil de responder. Si se hubiese dejado a las cosas seguir su curso, con los acuerdos con Raaniya abandonados, entonces, sí, esto era exactamente lo que habría querido al modo de las fantasías de las princesas Disney. Alana simplemente no estaba segura de cómo tomarlo en realidad. Pero incluso en realidad, Alana podría haberse visto cayendo en algo más

que la lujuria con Dharr, si hubiese estado libre. Y si él no le hubiese arrebatado su propia libertad.

—Él es exactamente todo lo que siempre he deseado.

*Sólo tenía que habérmelo pedido antes.*

\*\*\*

En cuanto entró en el salón de banquetes de nuevo, Alana sintió su corazón que se aceleraba. La pasada noche, habían compartido un beso aquí y, a pesar de su resolución y enfado, se había permitido ceder a su abrazo. No toda ella podía evitarlo. Esa pasión que surgía a través de cada acción de Dharr la atraía, le debilitaba las rodillas y sus labios se fruncían casi por sí mismos. Pero tenía que permanecer fuerte. Sabía quién era y lo que quería por sí misma. Incluso si tenía que agradar a Dharr, incluso si no podía huir, ella no iba a ceder toda su capacidad de decisión. Iría a la cama del jeque cuando decidiera —si es que lo decidía—, y mientras tuviera que ser su esposa, nunca sería pusilánime.

Si Dharr hubiese querido alguien más sencillo o más manejable con el que tratar, entonces se habría mantenido a distancia de una chica de Las Vegas y aún más de una abogada.

Aun así, había algo exquisito en acceder para encontrar a Dharr, ataviado en una camisa de seda de Oxford que abrazaba cada músculo esculpido y con una barba de un día puntuando su barbilla. Era una vista incluso más apetitosa que las porciones surtidas de tarta delante de ella. Como si el cabrón pudiera leer su mente (o quizás ella era demasiado obvia), Dharr se relamió sus propios labios y le concedió una reverencia jocosa.

*Tú crees que conmoverme es todo lo que necesitas. Te equivocas mucho, Dharr. No has ganado esta guerra, no de corrido.*

Ella y su madre hicieron una profunda reverencia y concedieron un saludo acostumbrado en árabe. Lena Fiora podía estar furiosa y aún bastante recelosa por todo el cambio de acuerdos, pero también era infaliblemente educada y, como siempre, las costumbres tenían que seguirse.

Dharr les sonrió benévola y caminó a zancadas hacia su lado de la mesa. Agachándose, besó a ambas en las mejillas.

—No necesita tales formalismos, Lena, pronto seremos familia política. Si esto es demasiado trabajo o demasiado incómodo, siempre podemos modificar las disposiciones con otra organizadora. Simplemente le pedí que continuara porque ya estaba aquí, y pensé que le gustaría continuar el trabajo ya iniciado.

—¿Otra organizadora para mi hija? Por supuesto que no. Quiero asegurarme de que Alana esté *protegida*. —dijo enfatizando la palabra — y de que lo que he previsto se lleve a cabo exactamente como esperaba que se hiciera. No eludo mis deberes, mi jeque —acabó su madre, sin despegar los ojos en ningún momento de la cara de Dharr.

Dharr no se encogió, pero ella podía notar que el aviso apenas disimulado de su madre lo había

impresionado profundamente. Él tomó la mano de Alana en sus labios y besó su dorso.

—Señora Fiora, le aseguro que lo único que yo quiero es proteger a Alana.

—Espero que eso sea cierto. Tengo unas pocas cosas que comprobar con su madre, pero volveré. Vosotros os deberías poner manos a la obra.

—¿De qué se trata?

—De asegurarse de que tendréis la tarta correcta para la fiesta —dijo su madre antes de deslizarse fuera de la puerta.

Alana se sintió liberada. Era duro disimular que ella estaba flotando en una nube de amor, entusiasmada de estar allí. Era suficiente mantener la máscara para preservar la dignidad de su familia, pero si no necesitaba mantener todo a niveles de felicidad constante de las Mujeres Perfectas, ayudaba a ahorrar energía. Abandonó su sonrisa.

Pero Dharr la mantuvo.

—Bueno, ya has oído a la organizadora. Mejor nos ponemos con ello.

—No me puedo creer que me hayas convencido para todo esto —bufó.

—Ya hemos tratado eso. Una vez que la familia Jasoor estaba fuera de la ecuación, tomamos disposiciones para garantizar que las deudas de tu padre estuvieran cubiertas. Mi padre y yo ayudamos a salvar a tu Gabe.

—Sí, pero intercambiarlo por los próximos cincuenta años de mi vida es un precio un tanto excesivo —dijo sentándose en la mesa e ignorando intencionadamente una silla que él había retirado para ella.

—¿Así que qué tenemos que degustar?

Dharr sonrió con suficiencia y empezó a hablar.

—En realidad, mi joya...

—Eso no era una invitación a un doble sentido, te lo prometo —acabó, tomando el primer tenedor y clavándolo en una tarta amarilla con fruta en el interior. Las porciones estaban glaseadas y eran naranja brillante y amarillo y supuso que quizás fuera algún tipo de tarta de piña.

Dharr la siguió.

—¡Qué dulce!

—Sí, lo sé. Empalagoso, y no de mi gusto.

—¿Entonces, qué tal este? —sugirió, tomando una amplia porción de ganache de chocolate oscuro—. Esto parece como si fuera más allá de decadente— y él acarició la palabra mientras llevaba el tenedor suavemente a los labios de ella.

Alana tragó de golpe antes incluso de abrir la boca para aceptar el pedazo. Notó cierto calor en su piel, así como un hormigueo, y notaba cierta humedad entre sus piernas. No, tenía que permanecer fuerte. Esto era algo por lo que estaba pasando para mantener las apariencias. No era por placer, no importaba cómo la atravesaran esos maravillosos ojos ámbar.

—Creo que va a abrumar a los invitados —dijo rápidamente—. Además, a veces cierta gente tiene, hum, reacciones adversas al chocolate. —Su respiración era irregular, tomando aire mientras hablaba, y Alana esperaba que su cara no se hubiese puesto escarlata.

Con amplia sonrisa, la miró de un modo que debería de estar prohibido en cualquier país. Era una expresión que lograba para el jeque lo que quería, y por el modo en la que la blandía, Dharr lo sabía.

—Entonces, quizás podemos probar esto —añadió, pasándole otro tenedor lleno.

Ni miró antes de aceptar y el sabor que explotó en su lengua le hizo gemir, a su pesar —dulce, agrio, pero sólo con la justa cantidad de algo picante como nuez moscada. Era celestial para sus papilas gustativas.

—¿Esto? ¡Esto está impresionante!

—Es un pastel tradicional de higo y especias. Siempre ha sido mi preferido, pero no estaba seguro de que te gustaría.

Ella frunció el ceño y retiró su silla.

—¿No es esto lo último de lo que deberías preocuparte? Ni siquiera preguntaste, Dharr.

Simplemente, chasqueaste tus dedos y “que se ponga por escrito y que se cumpla”. Yo no soy ese tipo de chica. Yo *valgo* más que eso.

—Supongo que no tenemos nada que hacer simulando hablar de pasteles—. Se puso también de pie y se aproximó a ella. Podía olerlo, su aroma que mezclaba su propio almizcle embriagador con la canela y la cúrcuma del aire. Pero no caería en ello, no esta vez.

—Alana, pienso que te mereces todo el reino y el evitar por poco un incidente internacional. Y es por eso que te he elegido.

—¿Y dónde queda mi posibilidad de elegir? —Alana se levantó y dejó que sus labios casi tocaran su oído—. Créeme, mi jeque, aún no conoces mi verdadero valor. Pero lo harás —dijo, mientras salió como una furia fuera del salón de banquetes y fuera para unirse a su madre.

\*\*\*

## Capítulo Nueve

—Es inasible —gritaba, mientras paseaba delante de su hermano en la sala de teatro.

La boda era en menos de una semana. Hasta ahora, habían elegido el pastel, cambiado el diseño de la decoración, encontrado el primer baile y mantenido la fachada correcta para la madre de ella. Pero no importaba cuantos besos tiernos compartían —y había habido más de uno en la pista de baile, o cuando podía notar él que aún ella lo deseaba físicamente, tanto como lo había hecho durante el baile privado, si no más, ella aún se volvía gélida en cuanto notaba sus muros debilitarse.

Dharr no estaba seguro de cómo conseguir que lo viera como lo había hecho en el Marquee. ¿Era a causa de su ventaja en su propio territorio? ¿El país de la libertad y todo eso? A ella le gustaba seguir con lo de su preciosa libertad y su posibilidad de elegir... ¿cuando él estaba intentando darle todo lo que podía desear!

Sí, podía tomarla por la fuerza. Por las costumbres de Al-marasae, tenía pleno derecho a ella la noche de bodas. Pero quería que fuera ella quien viniera por él. Alá misericordioso, él quería que ella lo alcanzara. No era tan satisfactorio ni excitante si la coerción era un ingrediente. Conseguir una mujer podía ser un reto excitante, uno que siempre había conquistado, pero no tenía ni idea de cómo escalar los muros de Alana y se iba a acabar cansando de su actitud.

—¿O sea que va así de bien, hermano? —lo amonestó Asam.

—No te rías. No entiendo qué estoy haciendo mal. Le he ofrecido todo en una bandeja de plata y no importa lo que le prodigue, me echa como si se sacudiera basura de encima. ¿Qué le pasó a la mujer con la que flirteé en el Príncipes y Paisanos o la mujer que encontré tan seductora en Las Vegas?

—Bueno —continuó Asam, prestando atención sobre todo a la pantalla y manteniendo su avatar vivo en *Halo*. Su hermano podía haber jugado de modo un poco más conservador; los botones no funcionaban mejor si tú los atascabas y seguro que hacía que los controles se desgastaran antes—. Le has puesto encima la presión de un juicio sumario.

—Las disposiciones de padre me forzaron a hacerlo.

—Lo sé, lo sé. La tradición y los planes familiares dictaron esto, y yo tampoco puedo conseguir que padre me escuche. Si esto es el edicto, es el edicto oficial. Ella tiene familia libanesa, así que intelectualmente tiene que entender esto. Pero tienes que verlo desde su punto de vista.

—Exacto. No entiendo por qué tiene sus garras en alto.

—¿De verdad que no? —preguntó, maldiciendo cuando un extraterrestre le cortó la cabeza—. ¡Mierda! De todas maneras, ahora que tengo que empezar la partida —se volvió a su hermano —, ¿quieres que te lo diga tal cual simplemente? La arrastraste del otro lado del océano con una mentira

y no le dejaste irse. No hay suficientes diamantes de Cartier para probarle que realmente la quieres. Si fuera del tipo que se compra con algo brillante, de todas maneras tú no la querrías.

No podía discutir eso. Había presentado a Alana con varias antiguas reliquias de la familia y ninguna había amortiguado ese fuego en sus ojos. ¿Le hubiese gustado lo contrario?

—¿Entonces, qué sugieres?

—Es por esto que yo soy mejor con las mujeres —ronroneó Asam, sus ojos oscuros brillando de júbilo. El ego engreído de su hermano menor hacía poco para mitigar el enfado y la frustración de Dharr.

—Tienes cinco segundos para escupir tu idea o te despellejo, zopenco. Además si fueras tan dotado para ellas, Kelly y tú no habrías chocado y acabado antes del segundo día allá en Las Vegas.

Asam suspiró.

—Es el don del sabio. Puedo ayudar a señalar los fallos en las relaciones de los demás. Como la mayoría de los superpoderes, no siempre funciona para mis propios fines.

—Bueno, yo tengo una grieta abierta en mi relación y chorrea sangre. Odio parecer desesperado...

—Estás desesperado, querido hermano.

—Estupendo, pero sigo odiando parecer desesperado delante de ti. Lo toleraría si pudieras ayudar. ¿Cuál es tu magnífica solución?

Asam se encogió de hombros y sorbió su café.

—Tienes que mostrarle algo especial, y no puede ser diamantes brillantes. Tiene que ser algo que a ella realmente le importe... muéstrale que a ti también te importa, hermano. Esa es tu solución.

—Eso no es... exactamente un plan terrible.

—Como te dije, un sabio.

—Entonces eso significa que el resto de ti es un idiota. Podré aguantarlo.

\*\*\*

Al menos la conexión internet era fabulosa en el palacio. La había encontrado mucho mejor que la conexión de Singer, Winchester y Cole de la oficina. Era una pequeña consolación durante su cautiverio. Cuando lanzó Skype, era un agradable desahogo ver los ojos verde brillante de Kelly junto con su amplia sonrisa.

—OK, así que ¿cómo es que oigo en *E! News* que te casas con el soltero más pretendido del mundo pero no me entero por mi sucedáneo de mejor amiga?

Ella se mordió el labio mientras miraba a la puerta. Nassir estaba ahí con su mirada de águila, la misma de siempre.

—He tenido algunos de mis canales vigilados. Esta es la primera vez que me han permitido usar

Skype y he tenido que facilitar tu nombre, mi mejor amiga, primero con Dharr y luego con seguridad del palacio —acabó, esperando que Nassir oyera esta parte.

Su amiga estrechó sus ojos.

—“Permitido” suena como si no tuvieras mucha elección en el asunto. ¿Estás bien?

—Sinceramente, no sé cómo estoy—con su voz grave y abatida. —Pensaba que volvía para dar unas puntadas a las últimas exigencias de la familia Jasoor para el contrato final y, de repente, me transformo en la princesa de las *1001 noches* —dijo, gesticulando con el kaftan de seda violenta que llevaba.

—Iba a preguntar sobre eso. La imagen que llevas es nueva. No la puedo ver exactamente en el juzgado ni en ningún sitio del estilo. Quizás en una fiesta de Halloween muy salvaje, o quizás en el Sahara, pero esto me parece un poco extremo. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Lo que pasa aquí es que me he visto reclutada como nueva jequesa, y no es esta exactamente mi elección.

—¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué?

—Bueno, cuando un jeque pide algo y ya te tiene en palacio, no hay mucho que puedas hacer al respecto —admitió.

—Pero no entiendo.

—Hay algunos favores que hizo por mi familia, cosas que me obligan a ellos, y de las que no puedo hablar porque no es exactamente mi propia historia —siguió Alana, situando su cabeza en sus manos—. Sencillamente, me siento atrapada, Kelly.

—Pero él te gusta. O te gustaba. Era obvio para mí. No hay tanta química en una investigación de laboratorio, bonita. Tú claramente le entraste con ganas en la piscina y dondequiera que fuerais después de que tumbara a Jason en el Marquee. Además, ¿dónde vas a heredar miles de millones de dólares y, literalmente, ser una princesa. ¿Qué puede tener eso de malo?

—Tú no eres tan frívola.

—No, pero a ti claramente te gusta, y ahora tienes esta increíble oportunidad.

—Forzada a tener esta increíble oportunidad. Y esto no es como obtener una dulce oferta de trabajo. ¡De hecho, ni siquiera puedo tener un trabajo! No puedo practicar el derecho aquí. Pasé cuatro años machacándome el culo en la previa y tres en la universidad de derecho y todo este tiempo en la oficina para nada. ¿Qué sucedería si te casaras y supieras que nunca ibas a poder cocinar de nuevo? ¿Que todo lo que tienes que hacer es sentarte, ser mona y eso lo resolvía todo?

Kelly miró horrorizada.

—¿Dijo eso?

—No en tantas palabras, pero su madre dejó caer que no sería apropiado para la próxima jequesa hacer lo que hago cuando cenamos la pasada noche. Y él no la corrigió.

—Bueno, quizás eso puede cambiar con el tiempo. Para ser honesto tú estabas básicamente

haciendo trabajo de apoyo y paralegal.

—Y si tú no pudieras hacer un flambé o batir una mousse, al final, te volverías loca —  
contrarrestó Alana.

—No puedo negarlo —suspiró Kelly—. Pero hay algo entre vosotros dos. Recuerdo pensar que era una lástima que no pudierais estar los dos juntos y ahora... Alana quizás esto simplemente tenía que suceder.

—No veo claro cómo.

—Él sólo se comprometió con esto después de que tú pasaras la noche en su habitación. Quizás descubrió, sea lo que sea que hicisteis...—

Alana se ruborizó.

—Un baile privado con frote. Eso fue todo lo que hicimos. No llegamos hasta el final. ¡No pasé la noche entera!

—Pero quizás eso significaba que era suficiente para él para querer probar para siempre. Esto es torpe y loco, pero vosotros trabajasteis bien en el contrato juntos, compartís parte de una cultura, y defendió tu honor como un genuino caballero de la Mesa Redonda. Quizás estés asustada de renegociar tu plan de vida por algo mejor.

—Esto no es una película, Kelly. Yo no soy una heroína cabezota rechazando al señor Perfecto. No me han dado elección y —apretó los ojos mientras los cerraba—. Esto no es como yo imaginaba que se resolviera mi vida.

Kelly consideró eso y ofreció a su amiga una sonrisa de entendimiento.

—Yo siempre pensé que acabaría en un cinco estrellas de Nueva York. Me encanta trabajar en el casino, pero siempre me vi como una chica de Manhattan, alguien que podía escapar del país sin árboles con toneladas de sol. Pero estar ahí era increíble. Llevo un sitio y, en Nueva York, me habría llevado décadas. Aún consigo ver a mi mejor amiga diariamente.

—No ahora que me he ido —corrigió Alana.

—Te echo en falta una locura, pero he estado pensando sobre esto un rato. Alana, creo que me reconcilié con ello aquella primera vez que me llamaste por Skype por lo de tu jeque.

—No es mi jeque.

—¿Ah, no? —Kelly suspiró—. Todo lo que digo es que las cosas no salen siempre como quieres, pero eso no significa que no salen. Igual estoy loca, pero tenía un presentimiento sobre vosotros dos desde el principio y ahora aún es más fuerte. Pienso que Dharr tenía sus motivos y no es que sea algo malvado, y, incluso más importante que eso, el que no esté planeado no quiere decir que no valga la pena. Mierda, creo que si nos limitamos a lo que queríamos y nunca tuviéramos sorpresas, acabaríamos arrepintiéndonos.

—¿Pero qué pasa si simplemente me convierto en una princesa mimada, alguien que nunca hace nada por sí misma? No quiero ser simplemente la acompañante del jeque Dharr Hassem. Me gusta,

pero me gusta más poder elegir.

—Tienes elección. O aprendes a disfrutar esto y te dejas llevar, y dejas de preocuparte por lo que piensa el mundo o su familia, o simplemente te amargas por ello. Alana, corazón, esto podría ser maravilloso si dejas que llegue. Sólo tienes que dejar que te empape.

—¿Dejar que me empape el qué?

—El amor, tonta.

—Kelly, esto no es amor. Esto es... Ya sabes, lo peor es que pienso que podría haber llegado ahí si... si me hubiese dejado llegar ahí.

—Complicado. Nunca te dejas llevar hasta allí, así que, ¿por qué se iba a llevar el premio gordo?

—¡Kelly!

—Te conozco desde hace más de una década. Te conozco cuando alguien se te acerca. Tus garras de pronto surgen y la mayoría se alejan encogidos. Él no lo ha hecho, e igual eso es jodidamente alarmante, pero deberías de saber que no es normal. Se ha tragado todo lo que le has echado encima, y conociéndote, es bastante. ¿Tú crees que un hombre hace eso por simple deseo? Hay mucho más ahí y lo sabes.

¿Tenía razón Kelly? ¿Había estado tan centrada en su odio, en su dolor, que estaba ciega para ver de qué iba esto? Era una teoría, después de todo, una que podía probar. Alana suspiró, y se acomodó su pelo oscuro detrás de las orejas.

—Bueno, se supone que tiene una salida misteriosa planeada, quizás podría envainar mis garras por esta noche.

—Quizás, y si hicieras eso, podrías empezar a pasártelo bien — metió baza Kelly —. Vale, ¡vaya hora! dejemos las bromas. Voy a empezar a preparar una fiesta de un 50 aniversario, y aquí es muy muy temprano aún. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero —dijo Alana, cortando la comunicación.

Probablemente, Kelly tenía muchas fantasías de princesas rondando su cerebro, pero también tenía su parte de razón. Estar atascada en Al-Marasae era sólo tan malo como ella dejara que fuera, y por esta noche Alana iba al menos a intentar encontrar terreno común. ¿Quién sabe dónde podría llevar la cosa?

\*\*\*

Aparentemente el tratar de seguir la corriente significaba que ahora estuviera mirando a los enormes ( y ligeramente prominentes) dientes de un camello gigantesco. El animal la miraba a su vez con unos fríos ojos marrones y escupió un espléndido escupitajo a pocos centímetros de sus babuchas.

— ¿Esto va en serio?

—Yo siempre voy en serio, mi tesoro —dijo Dharr—. Has estado encajonada en el palacio

demasiado tiempo con todo lo de los planes que teníamos pendientes. Has pasado un tiempo en Al-Marasae, pero ni siquiera has podido realmente explorar el terreno.

—Este monstruo tiene pinta de querer comerme, escupirme, o igual las dos cosas a la vez —dijo, ajustando el dobladillo de sus pantalones de harén (¿qué mejor nombre para estas cosas?)—. No es que no tengamos coches ni otros transportes hoy en día. Mierda, ¿tenéis algunos árabes? Al menos no parecen dispuestos a bombardear escupitajos a kilómetros de distancia.

—No te va a pasar nada. Hay una pequeña sorpresa preparada en el oasis que queda a pocos kilómetros de aquí. Mira, hace siglos, caravanas enteras de estos animales nos ayudaron a conquistar y reclamar estos territorios. ¿Quieres recorrer los pasos que recorrió un antepasado?

—Si trae incluido el escupitajo de camello, me decanto por declinar la oferta —respondió, aún echando un vistazo a la enorme bestia con dudas—. ¿Puede darme una coza?

—Es un camello, no un caballo —corrigió Dharr, balanceándose sobre la silla con un movimiento ágil. Era suficientemente alto para que no le causara ninguna dificultad saltar sobre el lomo del camello. Ella envidiaba eso. Claro, debía de medir más de uno noventa en lugar de su uno sesenta y ocho, como mucho. El jeque sonreía, con sus dientes blancos brillando al sol del mediodía. Ofreciéndole la mano, esperó que la tomara—. Encima, no me digas que tienes miedo de una aventura.

—No le tengo miedo a nada.

*Bueno, igual a la intimidación emocional. O eso piensa Kelly.*

—Entonces, demuéstrole —dijo Dharr.

Ella se dejaría llevar hoy, ¿no? Guardaría las garras.

—Con mucho gusto, mi jeque —dijo tomando su mano. Por un momento, la conexión era tan intensa, como si la electricidad estuviera rasgueando todo su cuerpo. Era tan tentador. Alana parpadeó, aturdida durante más que ese momento, y sólo consiguió montarse en el lomo del animal, cuando la educada tos de Dharr le ayudó a recordar su entorno.

—¿Estás bien?

—Estoy lista —dijo, rodeando con sus brazos su cintura. Le había prometido a Kelly que lo intentaría, y de ninguna manera iba a sufrir una contusión por caerse de un dromedario. Ciertamente era una ventaja poder apretar su mejilla contra su espalda y dejarse arrastrar por el aroma terroso de la canela. Y de la cúrcuma.

\*\*\*

—Mira, ni siquiera te has muerto hasta ahora.

—Eso no suena como si tuvieras demasiada confianza en mi seguridad —le amonestó Alana. Estaba a punto de lanzarle otra pulla cuando alcanzaron una duna del horizonte. Cuando el camello descendía la colina, fue capaz de llevarlos a lo que parecía otro mundo.

—¡Uau!, ¡es precioso!

Precioso se quedaba corto como palabra para describir lo que tenía ante ella. El oasis que había prometido estaba ahí y, ahora que el sol había empezado a ocultarse, proyectaba un reflejo dorado y ocre sobre la superficie quieta del agua. Las palmeras que crecían en el borde hacían enano el terreno llano circundante, y sus amplias ramas creaban más sombra de la necesaria para el sol del atardecer que se despedía. Pero la sorpresa más asombrosa era una amplia tienda de seda al estilo beduino, decorada con patrones geométricos entrelazados. Su tonalidad verde menta contrastaba con los marrones sosos del desierto en derredor.

—¿Has traído todo esto aquí para mí? —preguntó, resbalándose del camello hacia los brazos de Dharr.

Se resbaló en su bajada y provocó que cayera en el amplio pecho de él. Nuevamente, la canela y la cúrcuma la impactaron profundamente, al igual que el musgo latente, esa masculinidad de él. Le prometía mucho más, si sólo pudiera dejarse llevar, más tiempo dedicados a holgar en la arena con los miembros enlazados y piel contra piel. Si sólo se dejara llevar...

No, eso era demasiado.

Dejarse llevar, para empezar, la había empujado hacia territorio inexplorado, dado un cheque a Dharr que Alana no estaba segura de poder encajar ella misma. Pero él desprendía un aroma tan irresistible, y era siempre tan sencillo rendirse con él.

Siempre lo sería.

Entonces, ella se echó atrás, soltando su aliento en jadeos irregulares. Claramente, Alana no era la única afectada por su proximidad. Ante ella, Dharr estaba mirándola, transfigurado, con sus ojos ámbar penetrando en ella como si fuera la cosa más maravillosa que hubiese visto nunca, como si pudiera adorarla solamente con sus ojos.

—Lo...lo siento. Es más sobresaltado bajar de un camello que subirse a él.

—No pasa nada, tesoro —dijo, agachándose suficientemente como para dejar un beso dulce en su sien.

—No me importa el contacto. Es lo más cerca que hemos estado durante una semana.

Asintió y se retiró del todo de él. Era más sencillo pensar así, o al menos eso era lo que ella se dijo.

—Pero también nos llegamos a rozar en el baile.

Él tomó su mano y empezó a llevarla hacia el seno de las tiendas.

—Pero era como bailar con una estatua de mármol, estabas tan rígida. Creo que prefiero esta versión mucho más.

—Y disfruto de las sorpresas agradables. Algunas hasta ahora han sido un tanto ... han sido chirriantes —admitió Alana, mientras abrían las cortinas de la tienda. Sus ojos se abrieron de par en par ante el festín de humus, cordero, dátiles y suntuosos vinos preparados ante ellos. La impresionó

no poco dada la infame reputación de su jeque de no aceptar todo tipo de cosas. No sólo había sedas en el suelo, sino también pieles, que hacían que la arena del desierto fuera agradable. Al sentarse por primera vez, Alana dejó escapar un murmullo de aprobación al notar la piel delicada contra su piel.

—¿Es esto conejo?

—Algo de visión y otros pelajes, sí. — propuso. —He pedido todo lo posible para hacer que esta noche sea especial.

Alana sonrió, y se retiró el pelo hacia atrás de su hombro.

—Podría haberlo notado con todo este mundo fantástico junto con las velas maravillosas. Si se cae una sola de estas, ya tenemos montado un grave problema a la parrilla.

Él sonrió, con un sonido grave y seductor que hizo que su vientre se ensanchara, y un latido empezara entre sus piernas. Sentándose a su lado, él rozó su espalda.

—Te protegería, y te tomaría en brazos para llevarte rápido.

—¿O sea que serías mi bombero, vaya?

—Me gustaría intentar ser tu caballero con armadura brillante. Lo dijiste una vez y me gustó la imagen.

—Bueno, igual tú eres más bien Shahriar y yo soy tu Sherezade —contrarrestó—. Raptada para entretenerte.

—Esto entre tú y yo —dijo, enlazando sus dedos con los de ella—. Es más que entretenimiento, y es más que salvar la reputación política de mi familia.

—¿Y para ti es divertido? —añadió en tono calmo y tranquilo. Tras su diálogo con Kelly, estaba intentando seriamente evitar enredarse en acusaciones. Su tristeza y frustraciones estaban ahí, pero podía oír en el tenor de la voz de Dharr, la sinceridad de sus palabras. Esto la mantuvo alejada de sacar las pullas y la actitud defensiva que tenía durante la semana—. ¿Es eso?

Él se agachó y besó su garganta, con su lengua mojando el punto pulsante de su cuello.

—Es mucho más que eso. Sé que ha sido un tiempo muy corto, pero nunca me he sentido tan conectado a una mujer como me pasa contigo. Y nunca me he sentido tan enamorado.

—Nos conocemos desde hace un mes, y no ha sido en la mejor de las circunstancias —admitió, odiando como sonaba su voz de desesperada y susurrante. Pero nunca podría ser tan fuerte como le gustaría con él—. Es imposible que pueda ser amor. Tú sueltas cualquier cosa.

—Sé que sí lo es.—dijo, interrumpiéndose suficiente como para sacar un pedazo de papel de su bolsillo. —Te amo, incluso si te debates para creerlo, y quiero probártelo.

—No te entiendo —dijo, desplegando el papel con manos temblorosas y ensanchando los ojos al leer el documento—. Esto es de uno de las mejores clínicas psiquiátricas de Las Vegas. Yo...

—Le estoy pagando a tu padre un tratamiento para su adicción al juego. He dado un bonus generoso a Singer, Winchester y Cole por sus servicios, y les he dicho que se debe todo destinado a recompensar los aplicados servicios de Gabe y Alana Fiore. Esto le concede suficiente tiempo para

dedicar unos pocos meses a superar sus problemas de adicción en un establecimiento alejado de la tentación. Sus socios no permitirán ni siquiera que eso quede en su registro. Esta vez, entre las maquinaciones de los Jasoos y mis propias ofertas, hemos conseguido hacer que los problemas de tu padre desaparezcan. Pero tú tienes razón.

—La adicción nunca se para por sí misma — dijo, su voz temblando de alivio y gratitud. Todas las pesadillas de su padre la acosaban y ni siquiera había conseguido hablar con él por Skype. —Esto es demasiado.

—El coste no es nada para mi familia, pero quiere que sepas lo serio que soy de verdad. Te amo y quiero que seas feliz y estés segura. La mejor manera que podía pensar para ello era estar seguro de que tu padre no vuelva a caer en las manos de los mafiosos. No puedo garantizar que esto no le volverá a ocurrir, pero considero su recuperación positiva como mi siguiente prioridad tras la boda y agradarte. Si necesita ir una docena de veces para vencerla, o mudarse a otro bufete a una ciudad completamente alejada...lo que sea necesario para probarte que él me importa.

—¿De verdad?

—Es tu padre y tú lo amas. Un día, y espero que pronto, será el abuelo de mis descendientes. Sólo quiero que estés feliz, Alana, y creo que tú puedes ser muy feliz aquí, venerada como la joya que eres.

Las lágrimas caían por sus mejillas y no tenían nada que ver con la frustración y la tristeza que la habían acosado últimamente. Estos fardos parecían haberse ya retirado, como si por primera vez en días podría respirar de nuevo.

—Sólo quiero la vida que había planeado, y esto no estaba en absoluto dentro de mis previsiones.

—Entonces, tesoro, déjame mostrarte lo bueno que puede ser lo imprevisible —dijo, agachándose hacia adelante y rodando su lengua por la suave piel de su cuello, trazando florituras delicadas por todo su cuerpo. —Eres una diosa encarnada. No bromeo sobre lo mucho que te adoro y venero tu perfección.

—Yo no soy esa chica —dijo , tumbándose en la suave piel de conejo. La comida ya estaba olvidada. Estaba claro que ninguno de los dos estaba hambriento de comida ahora mismo. ¿De otras cosas? Bueno, ella ya estaba tan húmeda y dispuesta, y podía ver el bulto de su erección en la tela de sus finos pantalones de algodón blanco. Estupendos para aguantar el calor del desierto, pero aún mejores para dar a una chica un vistazo de lo que quería ver. — Yo no soy especial.

—Mentira —dijo él, ayudándola a quitarse una bandolera. Eso expuso sus pezones oscuros al húmedo aire de la noche. Ya estaban endurecidos del aire libre. —Tú vales más que cualquier pozo de petróleo, tú haces palidecer las joyas de la corona de mi palacio.

—Yo...

—Tú eres deslumbrante, cariñosa y espléndida. Alana, y hay muy pocas princesas o nobles que

se te comparen. Créeme. Y las he conocido a todas.

—Me importas tanto. Simplemente estoy tan asustada; esto no es nada que hubiese pensado nunca que tendría.

—Tú te mereces las sorpresas, el confort —dijo.

Eso fue todo, el fin de las palabras, mientras trazaba delicados círculos sobre su pecho, su lengua golpeando finalmente con ritmo furioso sobre su pezón izquierdo. Se convirtió en un rígido pico y la humedad inundó su centro, escurriéndose entre sus piernas. Cuanto él hacía, la dejaba tan increíblemente dispuesta para él, tan increíblemente excitada y rendida. Sólo habían llegado a los dedos hasta ahora y, mientras no estaba lista para el acto entero, y una parte de ella quería reservarlo para su noche de bodas en unos días, Alana sabía que necesitaba sentir una conexión profunda con él. Esto era un pacto, la prueba de que su amor estaba fundado en algo perdurable y puro.

Él se preocupaba por ella, su felicidad y su familia, y ella nunca había encontrado a un hombre que la cautivara tanto.

Ya no tenía mapas, y Alana ahora se daba cuenta de cuánto se había internado en territorio inexplorado mientras su prodigiosa, diabólica lengua serpenteaba por las delicadas curvas de su ombligo. Ella gimió, con un grave sonido gutural que se escapó de su garganta con desenfadada urgencia, y que empujó sus caderas en alto. Sus instintos más básicos ya sabían cómo ella quería que acabara todo. Ella quería ver lo atrevida que podría ser su lengua.

Como si él estuviera leyendo sus pensamientos, Dharr colocó cada una de sus dos grandes manos a un lado de sus caderas. Sus palmas amplias y ligeramente callosas agarraron su piel firmemente. Ella se maravilló ante el tamaño de él, y lo fácilmente que sus dedos cubrían la mayor parte de sus caderas.

—¿Puedo, mi tesoro? —preguntó con voz burlona

—Si te paras ahora, mi jeque, seguro que me muero.

—No queremos que pase eso. Qué pérdida tan lamentable sería —dijo, retirando hacia abajo la seda suave de sus pantalones de harén, exponiendo la extensión de su piel y sus suaves curvas. —¡Qué hermosa! —murmuró, casi como una letanía, antes de llegar más abajo y desplegar sus labios más íntimos. La lengua de él recorrió los delicados pétalos de su femineidad y ella tembló con el abrazo, con su cuerpo estremeciéndose y sus nervios encendidos por las dulces caricias de su lengua.

Los anhelantes dedos encontraron también su recompensa, y sus yemas fueron acariciando su pierna descendiendo hasta cosquillear la piel de su trasero.

Gimoteó nuevamente y sus ojos se expandieron cuando los labios de su amante envolvieron la preciosa perla de su núcleo. Chupaban allí con precisión tan dulce, que el fuego desenfrenado propagándose por ella se convirtió en un auténtico infierno. Alana gritó mientras se corría, su placer borrando todo su pensamiento racional hasta que finalmente quedó tumbada ante su amante, temblando y gimoteando de satisfacción.

Dharr la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

—Te amo, mi pequeño tesoro, no lo dudes nunca.

Tanta emoción pura y sincera llevó lágrimas a sus ojos nuevamente, pero por muy a gusto que se sintiera y asegurada, no aguantaría zambullirse de nuevo, no podía dar voz plena a todas las emociones que la recorrían.

—Te quiero tanto, mi jeque, más de lo que nunca llegarás a imaginarte.

Él se paralizó por un solo instante antes de seguir acariciando su espalda.

\*\*\*

## Capítulo Diez

El vestido era la cosa más espléndida que se había puesto nunca. Como concesión a su lado italiano, el jeque Dharr Hassem le había permitido elegir su favorito de una colección de vestidos de diseñador. Ella llevaba un elegante Vera Wang, hasta el suelo en crema pálido con cola larga. Estaba decorado con diamantes y rubíes reales, bordados en el corpiño por la propia diseñadora. La única pista a su origen de Oriente Medio en su conjunto era el velo que llevaba sobre los ojos, hecho en un estilo más tradicional y cayendo muy abajo de su cara. Contrastaba fabulosamente con el intenso sombreado de sus ojos.

Por primera vez, hasta ella percibía el brillo turquesa de sus ojos que Dharr tendía a alabar poéticamente. Parada ahí frente al espejo, era la primera vez que se sentía como la reina que sería un día una vez que su matrimonio hubiera finalizado. Por fin se sentía como una princesa. Alana no estaba segura de qué suponía para ella exactamente, pero por vez primera estaba entusiasmada de ver el camino por el que le llevaba la vida.

Oyó una tosecilla educada detrás de ella y se dio la vuelta, esperando a su madre, Basheera y la madre de Dharr, Yahira, que atravesaban la puerta. Estaban sus asistentes, después de todo, junto con Kelly, quien, la última vez que la había visto, estaba peleándose con Asam. La verdad es que había una historia cada vez más intensa, pero ella aún no estaba segura de cómo Asam y Kelly lograrían enderezar las cosas. Quizás, si todo funcionara con Dharr —y Alana esperaba fervientemente que fuera así— entonces ella y Dharr podrían devolverles sus esfuerzos por juntarlos.

Sin embargo, nadie de estos entró por la puerta de su estancia.

No, era el jeque Azbaar Hassem, el líder actual de Al-Marasae, aunque su salud fatigada pronto finalizaría su mandato. Muy pronto, debería cederle a Dharr la guía o, francamente, el cáncer que devoraba sus pulmones lo sobrepasaría. Le acababan de revelar hasta qué punto estaba enfermo.

Alana se puso rápidamente en pie y realizó una profunda reverencia al que pronto sería su suegro.

—Mi jeque, lo siento. No tenía ni idea de que vendría a verme. Esperaba a todos mis amigos y a mamá. ¿En qué puedo ayudarlo?

Él se apoyó pesadamente en su bastón y tosió hacia ella.

—Quiero que canceles todo.

—¿Perdone? Usted y su hijo son los que me trajeron aquí. Yo soy quien trata de reconciliar toda esta tortura que me trajo la vida, pero lo intento porque me importa muchísimo su hijo, y francamente, tras pasar tiempo aquí, me importa su país. Al-Marasae necesita reputación estable y pienso que puedo ayudar a restaurar el honor de la corona. Estoy haciendo esto por la gente, y por

Dharr, especialmente por él.

—Lo que necesita es una chica musulmana de sangre puramente musulmana, una que de verdad siga nuestra fe y conozca nuestras costumbres. Desde luego que no necesita una americana entrometida y que habla árabe con un embarazoso acento de principiante. Él no necesita una *cazafortunas*.

—Yo no elegí esto — gritó ella, encogiéndose cuando se dio cuenta de que su voz estaba subiendo de volumen. —Yo no lo elegí. Pero ahora sí que lo quiero, y puedo servir a su hijo y a su reino. ¿Por qué no quiere que lo haga?

—Yo técnicamente no puedo parar esto, no sin salvar la cara, pero tú sí que puedes. Puedes irte ahora y volver a tu casa. ¿No te gustaría eso? Porque o eres una puta *cazafortunas*, y manipulaste a mi hijo en el Marquee y trabajaste duro para echar abajo el acuerdo que había sellado por beneficio personal, o bien eres un bulto —él resollaba, golpeando con su vara retorcida en el suelo.

—Más bien, esto último. Las cosas simplemente ocurrieron así. Lo prometo.

—Entonces, incluso si eso es verdad.

—Lo es —dijo aproximándose y cerrando sus brazos sobre su pecho.

—Aun así, y no lo dudo, al ser tú medio americana, todo el mundo en Al-Marasae siempre creerá lo contrario, que tú estás tratando de quitarnos nuestro país.

—Les mostraré que soy mucho más que eso.

—No, si yo tengo algo que decir, mi *jequesa*, dijo escupiendo esa última palabra como una maldición —Siempre susurraré a mis siervos y conocidos...a todos, y ellos siempre pensarán que eres la puta que debes de ser. Quédate aquí, y siempre serás el hazmerreír, nunca la mujer de carrera que dices ser. ¿Merece mi hijo la pena?

Ella se paró, una respuesta cortante se atascó en su garganta. Esto era todo lo que la había estado asustando, todo lo que la desgarraba la mente y el alma. Tras la maravillosa noche que habían pasado en la tienda, ella había deseado intentar aceptar que un nuevo futuro era posible incluso si era desconocido y espantoso. ¿Y ahora? Ahora sus pesadillas eran ciertas. Incluso si hiciera un millón de cosas como *jequesa* y empezara negocios y obras de caridad, incluso si fuera capaz de practicar la abogacía al mismo tiempo, hiciera lo que hiciera, el viejo jeque y sus leales denigrarían su nombre. El país y otros muchos fuera de él la verían siempre como una especie de mujer trofeo o amante artera, alguien que usaba su sexualidad para triunfar.

Esa vida sería en la que se había empleado de manera tan dura, esa reputación de la que estar orgulloso estaría hecha jirones.

Ese cabrón de Azbaar lo vería, y, para ser honesto, no estaría del todo equivocado. Ella estaba abandonando la excitación y los escalofríos de los juzgados —en cualquier circunstancia —para convertirse en una reina. Una parte de ella estaba abandonando el trabajo duro y estaba abrazando el lujo.

—No está en serio. Seré la madre de sus nietos. Soy la mujer que hace feliz a su hijo.

—Entonces, mi hijo está loco, estoy tratando de parar sus errores, incluso si requiere arruinar el nombre de su consorte en círculos privados. Veo lo que eres, una mestiza, y nunca aceptaré tu lugar en mi palacio, ni lo harán los más próximos a mí. Me encargaré de ello. Así que —dijo resollando ante ella— o te vas ahora al aeropuerto en el coche que te está esperando o arruinaré cuanto eras o aspire a ser. Tienes diez minutos —dijo con una voz grave y amenazadora antes de desplazarse cuidadosamente fuera de la estancia.

Ella se sentó con un golpe seco en el banco que quedaba ante ella. No importa lo que quisiera ella o Dharr, ella no podría competir con Azhbaar, no podría vivir con años de humillación y suspiros asquerosos, y, en lo profundo, ella sabía que ella nunca sería feliz dándole la espalda a su carrera. El viejo jeque era insuperable por su astucia, incluso con amor genuino y puro entre ella y su hijo. Así que Alana no podría quedarse.

Desesperada, se cambió para ponerse ropa más tradicional y atrapó sus pocas posesiones. Tenía que irse antes de quedar atrapada en una pesadilla en vida. Era para mejor. Las lágrimas caían por sus mejillas, se apresuró hacia el salón y hacia las estancias del jeque Azbaar. Ella tomaría el vuelo y salvaría tanto su reputación como su salud mental.

\*\*\*

La boda se había trasladado al gran salón de baile del palacio. Era también en deferencia a la herencia diversa de Alana. El mullah officiaría y la ceremonia sería culturalmente y religiosamente musulmana en su mayor parte, pero ella había insistido en estar en el palacio, tanto porque era diferente a lo planeado para Raaniya como porque le parecía menos apabullante para ella, o eso había dicho Alana.

Era uno de los cambios más importantes, junto con su traje de diseñador, así como la canción sonando por toda la estancia, la tradicional marcha de bodas americana.

Se esperaba a más de mil personas, desde familiares a socios comerciales y algunos de la élite financiera mundial, y habían vuelto hacia el fondo del salón de baile, esperando que la novia apareciera. Pero mientras los compases de la canción seguían y la confusión creció entre susurros preocupados, Dharr sabía que algo iba mal.

La novia no llegaba y se le rompía el corazón en un millón de pedazos.

\*\*\*

Él se dio prisa hacia sus estancias antes de que la multitud hubiese bajado hacia el salón de baile. Cuando llegó allí, todo lo que encontró fue a Baheera en lágrimas y a Lena con la boca abierta frente al vestido de novia y todo lo demás que había dejado. Los únicos objetos que faltaban eran la cartera de Alana, el teléfono y un par de pantalones de harén y una blusa de caftán. Pero fue su propia madre quien se dirigió rápidamente hacia él, abrazándolo.

—Hijo, ha dejado una nota.

Él frunció el ceño y miró con descrédito la letra de la misiva. Era su caligrafía. Había bromeado con ella suficientemente durante los largos días repasando los contratos y las notas que había hecho para sí misma a voleo. Sí que había escrito esto, aunque no estaba seguro de si de propia voluntad.

Aclarando su garganta, leyó en alto:

*Querido Dharr, lo siento. No puedo hacer esto. Ahora sé que nunca quise ser una reina y que el cuento de hadas tenía que acabar en algún momento. Tú te mereces mucho más y yo sólo soy apta para una vida ordinaria.*

*Alana*

No había ningún “te amo” ni “siempre tuya”. Era todo tan repentino y abrupto. Él sabía que ella había estado luchando con su aceptación de la situación, pero nunca habría sospechado que tras la noche que había pasado con ella, con su lengua explorando cada dulce sabor de su cuerpo, que después de todo eso podría escaparse. Había sentido casi como si sus almas se hubiesen tocado entonces. Sí, ella no había dicho que también lo amaba, pero se notaba todo tan honesto y crudo entre ellos, como si estuvieran de vuelta en el Marquee con la atracción burbujeando entre ellos.

¿Había sido todo una actuación?

—Esto no tiene ningún sentido.

—Claro que tiene sentido —dijo Kelly entrando en tromba en la habitación y mirando a la madre de él—. ¿Tú lo sabías?

—¿Saber qué? —preguntó su madre, agarrando como reflejo el collar de oro de su cuello—.

Yo estoy tan sorprendida como los demás.

—Vi a tu esposo salir de aquí, e intenté entrar, pero Alana había echado el cerrojo a la puerta.

Cuando conseguí abrir, salió corriendo gritando tan alto que habrías pensado que habían disparado a su perro. Repito: ¿qué diablos está pasando aquí?

Los ojos marrones de su madre estaban abiertos y preocupados, y Dharr confiaba en ella, sabía que nunca hubiese querido que ni él ni Alana sufrieran.

—No, no tenía ni idea que Azbaar tenía la mínima intención de hablar hoy con Alana, mucho menos de hacer que se enfadara. Sé que ha sido recalcitrante con los cambios, pero en ningún momento me había dicho que tuviera ningún plan como este.

—Entonces supongo que el papaíto adorado se volvió un canalla que le destrozó el corazón a Alana —escupió Kelly mirando a Dharr.— Si quieres tener un final feliz de verdad, te sugiero que hables con tu padre.

—Con mucho gusto —dijo, saliendo rápidamente de la habitación y corriendo a toda velocidad a las estancias privadas de su padre. El viejo jeque estaba al teléfono, hablando rápidamente sobre las disposiciones finales. Acabó su llamada abruptamente, y se volvió con una sonrisa hacia su hijo.

—Bueno, Dharr. Lo siento por lo mal que ha ido la ceremonia.

—Eso es basura —dijo él—. Qué curioso. Kelly vio todo. Amenazaste de algún modo a Alana.

—¿A la puta? —dijo—. Qué curioso. Sólo le di a tu novia ruborosa una dosis de la verdad. Ella nunca será una de nosotros, y siempre será la puta interpuesta y la *americana*. Meramente le recordé que cada día, cada conversación, cada *susurro* que oiga detrás de su espalda será sobre ella y qué poco adecuada es ella para gobernar.

Lo alcanzó y golpeó en la cara a su padre. El viejo hombre se tambaleó y escupió unos pocos dientes. Era una nimiedad comparado con la deuda que les debía a Dharr y a Alana, un pobre pago en dolor por el daño que había ocasionado.

—No, a ella no se le tratará así. Una vez que nos casemos, tomaré el trono, padre. Los más ancianos del gobierno lo permitirán porque tú eres débil y encontraré los doctores que declaren hasta qué punto eres senil a causa de tu enfermedad. Después de todo, ya estás viendo estafas y cazafortunas, donde no las hay.

—No serás capaz —resolló su padre, mientras sus sonidos sibilantes sonaban como los siseos de una serpiente—. Nunca me lo quitarás.

—Tú casi me lo haces. Tu tiempo, tus maneras... están acabadas. Voy a traer a Alana a casa y si en algún momento descubro que has tratado de difamarla, entonces tendré que declararte un peligro para el estado y te pudrirás en los calabozos. Ni intentes presionarme con eso. Eres viejo y estás equivocado, padre, y ahora ya no tienes ningún poder.

—Vaya quejas más atrevidas.

Atrapó el cuello de la túnica de su padre y lo acercó a él, levantando fácilmente del suelo al anciano y la cáscara de su cuerpo.

—Este soy yo cuando soy bueno. No tengo aversión al parricidio. Si en algún momento hieres de nuevo a Alana, la haces llorar, te golpearé hasta la muerte, lentamente —dijo Dharr, con su cara a centímetros de la de su padre. —Tú me has dicho lo decepcionante que soy durante toda mi vida, bueno, ahora, estoy enfermo de verte. Así que, sé inteligente, quédate tranquilo y disfruta de los lujos que tienes, viejo.

—Yo...

—No, ahora es mi ley y mi momento. Así, Azbaar —dijo, omitiendo deliberadamente el título que su padre ya no tendría más derecho a llevar. —Dime, donde está o no te gustará cuando mis nudillos te lo pregunten.

Su padre se estremeció con su apretón y a Dharr le impresionó lo patético y retorcido que era su antecesor. ¿Por qué había pasado tanto tiempo luchando con el yugo de las expectativas?

—El aeropuerto. Preparé un jet privado para que ella volviera a Las Vegas. Hijo, por favor, no me hagas daño.

Empujó a su padre al suelo.

—Ni siquiera te dejaré llamarme eso de nuevo, Azbaar, nunca más.

Con eso, se dirigió como una exhalación al asfalto, esperando que pudiera alcanzar al jet.

\*\*\*

## Capítulo Once

Alana no podía dejar de llorar. Intentaba distraerse con el ruido del motor mientras el jet arrancaba o con un sorbo de Scotch para calmar los nervios. Ni siquiera pensar en lo feliz que sería al visitar el centro de tratamiento de su padre y ver su cara por vez primera en un mes podía interrumpir el torrente de desesperación que la devastaba. No era suficiente. Tanto como temía por su cordura y su reputación si se casaba con Dharr, por su propio valor como persona, Alana sabía que dejarlo era la cosa más dolorosa que había hecho en la vida.

Era como amputar un miembro, y tratar de apartar el dolor era tan efectivo como poner una tirita encima de un herida enorme en carne viva.

—Dharr, perdóname.

—¿Qué hay que perdonar? —dijo una voz familiar, mientras subía las escaleras hacia la cabina. — Has estado holgazaneando media hora, mientras descubrí lo que había dicho papá, y cancelé tu itinerario.

Alana pestañeó hacia él, no del todo segura de que fuera verdad del todo. Seguro que ella había estado imaginándose esto, que su caballero en armadura brillante hubiera llegado para salvarla de nuevo.

—No puedes ser real.

—Dharr se plantó en pocas zancadas junto a ella y se arrodilló.

—Soy muy real, tesoro. Kelly oyó la mayor parte y tuve una conversación muy *persuasiva* con mi padre. Llegamos a un entendimiento.

—¿De qué tipo? —preguntó ella.

—Voy a ser el jeque en activo de ahora en adelante, y si quiere mantener su culo traidor fuera de las mazmorras, entonces no volverá a decir una mala palabra de mi reina. Sé lo que quería hacer contigo, hasta qué punto ansiaba la oportunidad de humillarte y difamarte —añadió Dharr, alcanzando a rozar su mejilla—. Jamás lo permitiré. Nadie te dañará jamás, ni un monstruo sobón como Jason ni un viejo murciélago avaricioso como mi padre. Vuelve a casa, Alana.

—Pero todo el mundo debe de creer realmente que soy una cazafortunas. Llegué aquí y le eché a la verdadera novia de su contrato legal y dejo mi carrera para convertirme en jequesa. Tu padre podría estar planeando agitar las llamas, pero eso es lo que todos piensan de mí.

—¿Es eso lo que quieres, entonces? —preguntó.

—No, por supuesto, no quiero que la gente tenga vía libre para seguir riéndose de mí. Por eso tengo que irme. Soy una entrometida, incluso si no quise, si no quisimos, arruinar la unión Jasoor-Hassem.

—Yo fui quien quiso. No siento ningún amor por una mujer que no he llegado a conocer y ningún respeto por una familia de asuntos oscuros y de una bestia zafia de hijo. Si todo lo que realmente necesitas para sentirte pertenecer a esto es tener autonomía, podemos resolver eso. Tú puedes aprender por ti misma las leyes de Al-Marasae. No somos de ninguna manera Arabia Saudí. Tenemos una floreciente generación de mujeres profesionales. Si quieres ser abogada aquí, también podrías serlo.

—¿Incluso si hay recepciones que atender y mi marido es rey? Nadie me tomaría en serio.

—¿A quién le importa lo que la gente piensa? —dijo—. Siempre hay opciones —añadió Dharr, colocando una mano en su corazón—. Necesitas seguir lo que sientes, y yo te protegeré del resto. Ahora, ¿qué es lo que quieres?

Ella estaba respirando con dificultad, su pecho jadeaba y su pulso batía con ímpetu. Sabía lo que quería, quizás lo sabía desde tan pronto como su primera cena juntos o desde la primera vez que espío esos espléndidos ojos ámbar.

—Te quiero, Dharr, y siempre te he querido.

—Oh, Allah, tesoro, no tienes ni idea de cuanto he deseado oír eso.

Ella salió de su asiento entonces y se tumbó frente a él, desplegada y dispuesta en el suelo del jet. Sólo estaban los dos, pero enseguida ella fue poseída por el ardiente deseo del que no podía desprenderse. Lo necesitaba, lo necesitaba ahora dentro de ella.

Desprendiéndose de los pantalones y de sus bragas de algodón, Alana, lo miró y pasó sus dedos por la seda y brazaletes de su bandolera.

—Te amo, Dharr.

—Dilo otra vez, tesoro. ¡Más fuerte! —le ordenó.

—Te amo, Dharr.

Él bajó la cremallera de los pantalones de su traje y ella se relamió al apreciar su tamaño, finalmente expuesto a la luz y listo para entrar en ella.

—Yo también te amo, Alana, siempre.

—Entonces, muéstramelo —dijo ella, su voz como un suave gimoteo de desesperación.—Te necesito.

—Con gusto —dijo él, introduciendo cuidadosamente su miembro en su angostura.

Ella siseó ante la corpulencia y calor de él, disfrutando del modo en que el placer crecía en su interior mientras su miembro llenaba su femineidad. Dharr mecía sus caderas lentamente al principio, incluso mientras besaba sus párpados y sus mejillas. Ella entendía eso. Tras todos sus altibajos y su extraño debut, él quería tomarse su tiempo para venerarla, tal y como había hecho en la tienda, pero esto era más que eso. Más grande.

—Por favor, no te eches atrás. Te necesito ahora—dijo, con una voz como el quejido enfebrecido de un animal, más que su propio yo razonable—. Por favor, hazme el amor.

—Como ordenes, mi jequesa —dijo él, con sus caderas sacudiendo contra ella, con su miembro sumergiéndose en lo más profundo de su interior.

El placer era como magma fluyendo por sus venas, como un volcán explotando sobre ella. Cerró sus ojos y gozó sólo de las sensaciones—el batido de su propio corazón en su oído, el sudor de su amante como si goteara sobre ella, el olor de él, tan fuerte y embriagador. Su ritmo no vaciló, sólo se intensificó mientras la penetraba una y otra vez. Finalmente, tras sentir como si todas sus venas estuvieran quemándose, él se corrió, inundando con su semen su seno.

El éxtasis de esa calidez en su interior era suficiente para provocar que perdiera el control en su propio placer, sus gritos como único sonido saliendo de la cabina.

—Para siempre —dijo él, besando su frente incluso cuando se retiró de ella. —Mi jequesa, queda hecho para siempre.

—Sí.

\*\*\*

## Epílogo

—Papá, es estupendo. Estoy tan contenta de que tu terapia vaya bien. Ya sabes, voy a empezar mi propio bufete aquí en Marasimaq, hum, después de ciertas consideraciones. Quizás es hora de trasladarse aquí y ser Hassem y Fiora, lejos de todas las tentaciones.

Su padre se rió al otro lado.

—Quizás. Siempre he querido ser un socio con nombre.

—Diablos. Si quieres puede ser Fiora y Hassem, seré magnánima.

—Pensaré sobre el asunto, corazón. Tu mamá y yo te visitaremos la semana que viene. Es eso lo único de lo que habla todo el rato. Está tan emocionada, pero ya sabes cómo es.

—Esto quiere decir que no puede aguantar sin verlo todo, ¿no?

—No sabes bien. Corazón, sé que me llevará un tiempo reconstruir todo como te gustaría, pero no podría estar tan orgulloso como tú. Tú eres mucho mejor que tu viejito. Siento que haya... yo nunca debería haberte mentido sobre nada de esto, no debería haberte ocultado mis problemas ni debería haberte metido en esto. No sé ni cómo puedes hablarme.

Ella suspiró al otro lado del hilo.

—Papá, te amo y ya has conseguido ayuda. No puedo esperar a verte aquí —dijo, acariciando la extensión creciente de su abdomen. —Sé que el pequeño Gabriel tampoco puede.

—¿De veras? ¿No es ese también un nombre demasiado americano para el próximo jeque?

Ella se rió, su gozo demasiado grande para contenerlo.

—Primero, fue idea de Dharr. Le caes mucho mejor que su padre, y quiere llamar a nuestro hijo bajo la cita “el buen abuelo”. Segundo, no importa cómo ocurrió, no estaríamos juntos si tú no hubieras insistido en que yo llevara el caso. Saliste ganando.

—No puedo aguantar, pero voy a tener que comprar ahora todo con monogramas.

—¡No me lo estropees!.

—Es el heredero de un imperio petrolífero. Va a obtener increíbles regalos solamente de Yahira. A ver cómo lo gestionas, corazón —dijo entre risas. —Te quiero, nena.

—Los dos te queremos, papá —dijo, acariciando su barriga otra vez—. Tanto—. Con lo que colgó la llamada y paseó lentamente hacia la oficina de Dharr.

Vale, corrección. Lo intentó. A casi siete meses, Alana se sentía la mayoría del tiempo como una especie de ballena varada en la playa. Sin embargo, a Dharr le encantaba, entusiasmado con cómo resplandecía. Vale, sí. Ahora mismo, se sentía como si un buen viento le rozara la espalda como en una parodia grotesca. Ella amaba al pequeño Gabriel, pero le gustaría que llegara sólo un poquito más rápido.

¿Ya es la hora de comer? —preguntó su marido, cerrando la pantalla de su portátil. —¿O es que he sido galardonado por un cameo de la mejor familia que cualquier tío pudiera desear?

—Un poco de la columna A y mucho de la columna B — ronroneó ella, agachándose hacia su despacho—. El cocinero ha preparado dátiles, y estaba pensando en alguien para que pueda suministrármelos directamente a mano.

—Lo que sea por mi reina —dijo él, y luego, en un segundo momento, se acercó y besó su estómago. Ella se rió del modo en que sus labios cosquillearon su vientre a través de la tela de su caftán. —De hecho lo que sea por los dos.

Ella se rió y se colocó bajo su brazo que rodeó sus hombros. Empezaron a caminar algo más lento de lo normal hacia el salón de banquetes.

—Y nosotros sin duda lo creemos, mi jeque, y siempre lo haremos.

**¡FIN!**

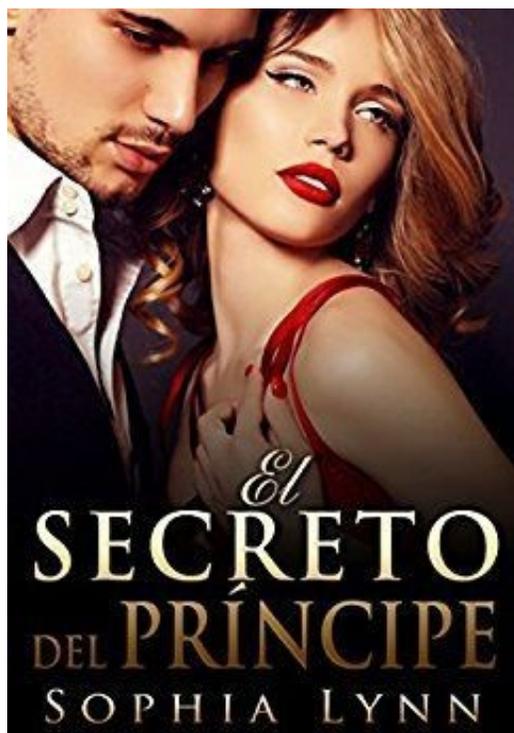
**[PINCHA AQUÍ](#)**

**para suscribirte a nuestra newsletter y conseguir EXCLUSIVAS actualizaciones en todas las ofertas, adelantos y novedades!**

**OTRA HISTORIA DEL JEQUE QUE TE PUEDE GUSTAR**

## **El Secreto del Príncipe**

**Por Sophia Lynn**



**[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)**

**para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones**

**EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!**

# **El Secreto del Príncipe**

**Por Sophia Lynn**

**Todos los Derechos Reservados. Copyright 2015-2016 Sophia Lynn.**

**[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)**

**para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones  
EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!**

## Capítulo Uno

Philip Andreoli estaba poniendo todo de su parte por ignorar al fanfarrón que tenía a todo el bar revolucionado, pero lo cierto es que cada vez le costaba más. El hombre, de esa complexión rubicunda propia del norte de Europa y la tez ligeramente quemada por el sol debido a su estancia en Mónaco, estaba proclamando en voz alta que los pilotos monegascos eran unos inútiles, que se verían sobrepasados por las fuertes pendientes del circuito y que, lógicamente, acabarían en los últimos puestos de la clasificación. Hasta su mujer se había aburrido de sus despotriques y se había marchado a la mesa de apuestas en busca de compañía más grata.

Philip sabía que lo mejor sería ignorarlo, pero no pudo evitar acercarse al extranjero y darle unos golpecitos en el hombro. El hombre lo miró entrecerrando unos ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Qué pasa?

Philip esbozó una sonrisa, consciente de su aspecto. Era alto y delgado, y aparentaba menos de los treinta y tres años que decía tener. Seguramente pensara que era uno de esos niños de papá aficionados a las carreras. Alguien a quien no había que tomarse muy en serio.

—Veo que tiene una opinión muy formada de los pilotos monegascos. Imagino que es consciente de que esta carrera lleva celebrándose en las calles de la ciudad más de trescientos años. Un detalle que, en mi opinión, nos da algo de ventaja.

El hombre soltó un sonoro bufido.

—¡Más a mi favor! ¡Eso precisamente es un lastre! Están acostumbrados a ir a un ritmo demasiado lento. Ahora se enfrentan a pilotos de todo el mundo; hombres que han corrido por las pistas más peligrosas del mundo. Créame, los expertos apuestan por los pilotos suecos o, si me apura, por el equipo noruego.

Philip contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. Como sospechaba, el tipo no era más que un fantasma.

—Lo siento, pero mi orgullo patrio me impide darle la razón—dijo—. El príncipe financia al

equipo monegasco. Creo que tengo claro donde residen mis lealtades.

El extranjero resopló con desprecio.

—¡Bah! ¡El príncipe! Un engreído con dinero. ¿Qué merito tiene invertir en el equipo si luego no es capaz de subirse a un coche de carreras?

Philip parpadeó un par de veces. Su madre solía decirle de pequeño que tenía una habilidad especial para meterse en problemas y un demonio en el hombro que le susurraba maldades. Justo como en aquel preciso instante. Y eso que estaba haciendo todo lo posible por contenerlo. Las cosas habían cambiado. Ya no era un mocoso que no quería hacer los deberes.

—Me temo que no estoy de acuerdo —dijo. Y la cosa habría quedado ahí si el hombre no hubiese continuado.

—Tiene todo el dinero del mundo. Nunca ha probado su valía. No hay sitio para esa clase de personas en el ámbito deportivo profesional.

De repente se le ocurrió algo. El demonio que llevaba al hombro soltó una carcajada.

—¿Va a ver la carrera? —le preguntó Philip con educación.

El hombre frunció el ceño.

—Claro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Estupendo. Voy a decirle lo que quiero que haga, caballero: se va a quedar aquí y va a ver la carrera que está a punto de comenzar. Me encargaré de que beba todo lo que quiera, invito yo, siempre y cuando no retire la mirada de la pantalla. ¿Queda claro?

Si el hombre advirtió un ligero tono de amenaza en la voz de Philip, el alcohol que ya había ingerido evitó que lo registrara.

—Vaya, muchas gracias. Sin rencores, ¿no?

—Sin rencores —contestó Philip amablemente antes de darse media vuelta y marcharse. Tenía un par de cosas pendientes y, dado que la carrera empezaba dentro de una hora, tendría que actuar con rapidez.

\*\*\*

El bar se quedó en el más absoluto silencio cuando se anunció el comienzo de la carrera. En

Mónaco se guardaba un profundo respeto por las carreras de coches. Aquella, además, era de las importantes. Se anunció el nombre de los pilotos y sus patrocinadores y, tras informar que habría un

Algunos protestaron en voz alta. Mario Benezetti era el favorito del público y uno de los pilotos más intrépidos del mundo. Otros, en cambio, esperaban pacientemente a que anunciase quién sustituiría al famoso Benezetti.

El piloto sustituto apareció sobre el asfalto con un traje para carreras Nomex de color negro. Era alto, delgado y se movía con decisión. A la presentadora tardaron en comunicarle la identidad del misterioso piloto, por lo que probó diciendo algunos nombres al azar mientras tanto. Cuando le comunicaron su identidad, abrió los ojos de par en par y tardó unos segundos en transmitirlo a la audiencia.

—Y hoy tendremos como piloto para Mónaco nada más y nada menos que a Philip Andreoli, ¡el príncipe de Mónaco! —El público se puso en pie y jaleó a gritos, pero la presentadora fue más cauta—. El príncipe Philip lleva sin participar en una carrera desde que su padre le cedió el trono hace cinco años. Por aquel entonces era piloto a nivel nacional pero, ¿ha vuelto a practicar desde entonces? ¿Qué le ha llevado a participar en una de las carreras más importantes del año?

«Hastío y ganas de fastidiar», podría haber dicho Philip.

Sabía que si sus padres aún no se habían enterado, no tardarían en hacerlo. Probablemente incluso antes de que la carrera terminase. Se imaginó a su madre soltándole la bronca mientras su padre lo miraba apretando los puños. Como si aquello le preocupase en aquellos momentos.

«Si no querían que gobernase el país a mi manera, que no me hubiesen puesto a cargo de él», pensó sonriendo para sus adentros.

Todos esos pensamientos se esfumaron en cuanto se metió en el coche.

—Hola, muñeca —murmuró mientras ponía las manos sobre el volante.

Conocía bien aquel coche. Había participado en el diseño, así que aquella máquina tan suya como de los ingenieros que la habían fabricado. Sabía perfectamente la potencia que había bajo el capó y la estabilidad que se había sacrificado para conseguir aquella energía. Para manejar el coche

era necesaria una mano firme y rápida; de lo contrario, el resultado sería catastrófico.

Aceleró el motor y se dirigió a la línea de salida. Notaba cómo el corazón le latía a toda velocidad y su pulso ascendía a causa de la emoción. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hecho algo así, aunque sus escoltas seguramente no estuviesen de acuerdo.

Ya había influenciado el concepto que tenía la gente de la monarquía. Mónaco se estaba acostumbrando a tener un príncipe que se daba la gran vida y para el que la diversión la proporcionaban los coches deportivos y las mujeres. Un príncipe capaz de mantenerse firme como un soldado tras pasar cinco días de fiesta en un yate.

La pista se extendía ante él. Serían cuarenta vueltas; muchas menos de las que estaba acostumbrado a hacer cuando aún competía como piloto. Aquello indicaba que tendría poco tiempo para recuperarse si no salía a toda velocidad. Tendría que salir disparado en cuanto bajaran la bandera.

«Como si eso fuese un problema», pensó mientras esbozaba una sonrisa. Hacía mucho que no le soltaban la correa.

La bandera cayó, el coche de Philip salió disparado de la línea de salida, y soltó una carcajada.

\*\*\*

—¿Y... esto es lo que usted entiende por una modesta casa en la playa? —preguntó Margot mientras observaba el terreno. Si empezaba a reírse, ya no podría parar.

El hombre que la había recogido en el aeropuerto la observó con curiosidad.

—Así es. Se trata de una de las propiedades más sencillas de nuestro cliente. Tiene otras en la ciudad mucho más lujosas y con más comodidades.

El chalet era como mínimo dos veces más grande que la casita en la que Margot se había criado. Estaba situada en una zona extensa y deshabitada junto a la playa y desde el proche que había en la parte trasera se podía bajar hasta la orilla. Se trataba de un edificio de estilo mediterráneo con paredes encaladas y altos ventanales. La luz entraba en todos los rincones de la casa. De repente, Margot se sintió como en casa.

—Pues a mí me parece preciosa —dijo ella—. Entonces, lo único que tengo que hacer es vivir

aquí, ¿no es así?

El hombre asintió.

—Tiene el dossier informativo junto al resto de cosas que le he entregado. Creo que ahí vienen reflejadas todas sus responsabilidades. Tendrá que hacer alguna que otra tarea poco importante de mantenimiento, pero en general, solo necesitamos que viva aquí. Todo el trabajo de jardinería, reparaciones y mantenimiento correrá a cargo del servicio. Su trabajo será...

—Vivir aquí a tiempo completo y hacer de la casa un lugar habitable. Entiendo.

El hombre la miró detenidamente y con severidad por encima de sus gafas rectangulares.

—Ha de saber que no es un trabajo fácil. Es hermoso, no se lo niego, pero exige soledad. No le pedimos que lleve una vida monacal, aunque la comparación es bastante apropiada. Un portavoz de la empresa se pasará de vez en cuando por aquí para ver cómo va todo y asegurarse de que se encuentra sola.

Margot negó con la cabeza.

—Pero sigue sin decirme quién es el propietario de la casa.

El hombre arqueó una ceja.

—Señorita, ya le he dicho que el propietario no es miembro de ninguna *familia de la mafia monegasca*. Más allá de eso, ¿qué otra cosa quiere saber?

A Margot se le escapó la risa al ver cómo la imitaba. Cuando la agencia se puso en contacto con ella no pudo evitar preocuparse. Tal vez se hubiese pasado con las preguntas, aunque luego le dijeron que no pasaba nada, que demostraba ser una persona con iniciativa.

—Supongo que ya me ha dicho todo lo que necesito saber. ¿Va a quedarse un tiempo antes de volver a la ciudad?

El hombre negó con la cabeza apesadumbrado.

—Me temo que aún me quedan cosas por hacer. Mejor la dejo sola. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—Nada más —contestó ella—. Muchas gracias.

Aquello no era del todo cierto. Cuando cerró la puerta tras él, se sentó en el sofá y, por unos

instantes, no supo cómo reaccionar.

—¿Dónde me he metido? —preguntó en voz alta a la casa. Sabía que el hombre no le habría sabido responder a aquella pregunta.

Irse a vivir allí le pareció una idea fantástica cuando estaba intentando recomponer las piezas de su vida en Boston. Cuando Pete se marchó y se llevó con él su círculo de amigos, estaba desesperada por encontrar algo que la sacase de la rutina. Sus cuadros no se vendían. Recordaba cómo la propietaria de la galería de arte había sacudido la cabeza con consternación la última vez que Margot apareció por allí para dejarle otro cuadro.

—No pintas *mal*, querida —le dijo la mujer, levantando las manos en un gesto de impotencia—. El problema es que... es más de lo mismo, y supongo que la gente está ya un poco cansada.

Cuando regresó a casa, se puso a mirar las láminas y entonces comprendió exactamente lo que Ophelia quería decir. Los cuadros eran buenos, pero se había estado repitiendo sin darse cuenta. Fue entonces cuando encontró la oferta de casera y no se lo pensó dos veces. Después de todo, llegados a ese punto, no tenía nada que perder.

En aquel momento, mientras paseaba por el salón diáfano y pasaba las manos por los electrodomésticos a estrenar, se preguntó qué sacaría de aquella experiencia. Hacía un mes que había cumplido veinticinco años. Era una joven menuda de pelo negro que llevaba recogida en una coleta cortita a la altura de la nuca. Cuando sus ojos de color ámbar no centelleaban de rabia, desprendían una dulce calidez. Era una artista y una soñadora, pero estos dos últimos años con Pete no se había sentido como tal.

—Bueno, para eso he venido —se dijo con decisión.

No había traído mucho equipaje. Dejó las dos maletas pequeñas en la habitación que le habían preparado y sacó del equipaje de mano un cuaderno nuevo y un lápiz. Ya se pondría más tarde manos a la obra. En aquellos momentos, solo tener el lápiz en las manos hacía que se sintiera bien. Dudó por unos instantes. Entonces salió al porche y contempló la posibilidad de sentarse en una de las sillas antes de decidir hacerlo en las escaleras que llevaban a la playa.

—¿Quién me habría dicho hace un año que acabaría aquí? —dijo, bajando la voz. Sintió una

fugaz punzada de arrepentimiento, pero se obligó a apartar aquel sentimiento. Se imaginó deshaciéndose de él y dejando que desapareciera en dirección al mar, arrastrado por la cálida brisa marina—. Este es el comienzo de una nueva etapa —se prometió a sí misma, y empezó a dibujar.

## Capítulo Dos

Maria Coppela era una mujer alta de cabello negro que solía llevar recogido en un moño tirante. Cuando miraba a Philip como estaba haciéndolo en aquél momento, se sentía como si estuviese a punto de ser devorado por un dragón. Aquello no significaba que le cayera mal. Todo lo contrario. Era de los pocos miembros del personal de palacio que le hablaban con sinceridad. Como era evidente, eso significaba que si decía que se había metido en problemas, con toda seguridad tenía razón.

En aquellos momentos, la agente de prensa de palacio parecía a punto de arrancarse el pelo a tirones, pero se limitó a agarrar el teléfono móvil con una fuerza inusual.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —le preguntó, apretando los dientes.

—He estado fuera toda la noche pasando un buen rato con unos amigos —le dijo, encogiéndose de hombros—. No veo dónde está el problema.

—Te has ido de fiesta con una de las mujeres más ricas del continente —le dijo ella—. La princesa Alicia, según el personal a su servicio, aún se está recuperando...

—Alicia siempre ha tenido una facilidad pasmosa para emborracharse —dijo Philip con nostalgia—. Cuando estábamos en Oxford, siempre tenía que llevarla a caballito de vuelta a la residencia porque era incapaz de aguantar la bebida.

La mirada que le lanzó Maria le indicó que le importaban bien poco sus entrañables recuerdos de la princesa de Eistherwal.

—La prensa no habla de otra cosa, y ya hay rumores de todo tipo: desde un compromiso en secreto hasta un bebé.

Philip arqueó una ceja.

—Puedo asegurarte que nunca he tocado a Alicia. Para mí es como una hermana pequeña.

—¿Y qué me dices de su asistente personal y de su amiga?

Philip esbozó una sonrisa felina.

—Ah, bueno... Es que un caballero nunca debe rechazar las peticiones de una dama, y menos si son dos las que te piden lo mismo...

Maria puso los ojos en blanco.

—No sigas, haz el favor. O, ya puestos, ¿por qué no me dejas tranquila durante una buena temporada?

Philip parpadeó un par de veces.

—Vaya, qué directa...

—Pues sí. —Maria asintió—. Sinceramente, entre esto y todos los comentarios que hay a tu alrededor, lo mejor para los dos y para mi salud mental sería que desaparecieras durante un tiempo.

Philip frunció el ceño.

—¿Qué comentarios?

—Lo típico. Que eres una desgracia para la familia real monegasca, que vas a hacer que te maten y vas a terminar con la dinastía, que estás pisoteando todo lo que les es querido a los habitantes de Mónaco... Ya sabes.

—Me desvivo por este país —dijo Philip acaloradamente—. He trabajado por mejorarlo en todos los aspectos: desde la educación a la inmigración, pasando por el cuidado de las personas mayores y...

—Ya lo sé —replicó Maria—. Recuerda, yo soy la que redacto las notas de prensa. Es solo que en los círculos más conservadores se han llevado las manos a la cabeza cuando se han enterado de tu noche de pasión con la princesa Alicia, así que ahora hay muchos fuegos que apagar.

—¿Y te resultaría más fácil apagarlos si me quitase de en medio?

Maria asintió con alivio.

—Eso es: desaparece del mapa y no vuelvas por aquí durante una temporada —le dijo—. Y no hablo de que te vayas a Londres y traslades allí tu comportamiento libertino. Para nada. Vete a un sitio tranquilo, ponte a ver la tele, descansa... Ya me entiendes.

Philip levantó las manos en señal de rendición.

—Me marcharé mañana a primera hora. ¿Te parece bien?

Maria le dedicó una de sus poco habituales sonrisas. Un gesto que transformó su rostro fácilmente olvidable de funcionaria en otro sorprendentemente atractivo.

—Sí. Te avisaré cuando puedas salir de tu refugio.

Cuando Maria se marchó, Philip se permitió sentir algo de lástima por sí mismo. Después de todo lo que había hecho por su país, todavía quedaba gente que pensaba que no podía hacer un buen trabajo si seguía disfrutando de la vida. La situación solo hacía que se volviese más terco. Si creían que aquello era llevar un estilo de vida salvaje, es que no habían visto nada. Durante sus años en Oxford había sido un auténtico gamberro, aunque por suerte la mayoría de sus hazañas no habían llegado a su país.

Se estiró y se puso a dar vueltas por el ático como una pantera enjaulada.

Tal vez fuese buena idea quitarse de en medio durante una temporada. Este último año se había sentido como si hiciera las cosas por inercia. Incluso cuando se lo pasaba bien —y había llegado a pasarlo muy bien— se sentía oprimido por una sensación de aburrimiento y frustración.

Contempló por la ventana la silueta de Mónaco y sacudió la cabeza. Amaba su ciudad. Si había llegado al punto de que le aburría, es que era hora de cambiar de aires.

Le había preguntado a Maria que si había pensado dónde debería marcharse, pero ella se había encogido de hombros.

—Tienes propiedades por toda la costa y alguna en las montañas. Escoge cualquiera. Por mí, como si la eliges tirando un dardo.

Philip no tenía un mapa de papel a mano, pero sí disponía de uno en el teléfono móvil. Cuando lo abrió, contempló los puntos dorados durante unos instantes. En aquel momento no le apetecía irse a la montaña, así que tocó uno de los puntos de la costa al azar. En la pantalla apareció una sencilla casita en la playa; la verdad es que se trataba de un lugar bastante tosco para lo que estaba acostumbrado. Quizás le viniera bien para escapar de todo aquello y relajarse sin más.

Hizo los preparativos necesarios para que lo recogiese un coche por la mañana, y se dispuso a hacer las maletas.

Aunque técnicamente estaba en el exilio por mal comportamiento, no podía evitar sentir algo

de emoción ante la idea de marcharse.

«Tal vez sea buena idea ser una persona diferente durante una temporada», pensó con una sonrisa.

\*\*\*

Margot había adoptado la misma rutina durante los últimos cuatro meses. Se levantaba cuando salía el sol y, con frecuencia, salía a nadar en el mar. Lo cierto es que todavía le costaba trabajo acostumbrarse al placer que suponía estar a tan solo unos pasos del mar. Un mar que parecía llamarla. Una vez se duchaba y tomaba el desayuno, se ponía con las tareas de la casa. Normalmente no tardaba más de una hora. A Margot seguía dándole la impresión de que estaban pagándole por no hacer nada, pero el hombre que la había contratado había sido muy claro:

«Su trabajo consiste en vivir en la casa y mantenerla habitable», había dicho con severidad. «No intente hacer más, para eso están los profesionales».

Margot había visto que los jardineros y el personal de limpieza iban una vez por semana. El hombre tenía razón. Se movían con la seriedad y la dedicación de una tropa del ejército, así que ella hacía todo lo posible por no entorpecerles el trabajo. Así, una vez terminaba con las tareas que tenía asignadas, tenía el resto del día entero para ella, por lo que sus dibujos estaban despertando de nuevo.

Ya había pintado varios cuadros en los que había experimentado con los azules y los verdes de la costa. Una de las veces había subido hasta el acantilado con su cuaderno de bocetos para capturar el perfil escarpado de las rocas. Estaba haciendo ejercicio, estaba creciendo, estaba feliz.

Y sola.

Eso no podía evitarlo. Durante el día podía mantenerse ocupada. A veces caminaba tres kilómetros hasta el pueblo más cercano para sentarse en una diminuta cafetería y leer un libro. Sin embargo, por la noche, cuando lo único que se oía era el sonido de las olas golpeando las rocas, la soledad hacía su aparición. No quería volver con Pete, ni mucho menos, pero deseaba la compañía de otra persona; alguien que la rodease con sus brazos. Cada vez que se veía contemplando la idea, sacudía la cabeza con energía.

«Ya me preocuparé por eso más adelante», decía. Después de todo, tampoco es que hubiese

muchos hombres llamando a su puerta.

Una mañana se despertó con ganas de trabajar con lápices acuarelables. Le gustaba la sensación alternante de libertad y control que ofrecía ese medio, así que cogió los materiales y se marchó a la playa. Jugó con los colores durante lo que parecieron horas y, cuando levantó la vista, se dio cuenta de que el estómago le estaba gruñendo y que debería ir en busca de algo de comida. Cuando recogió todas sus cosas, se levantó un aire fresco que le erizó el vello. Un rato antes había observado que había más gris que azul en el cielo, otorgándole al color una sombra más plana y ligeramente amenazadora.

Iba de camino a la casa sin pensar en nada, cuando de repente se dio cuenta de que había un coche aparcado en la puerta. Era un elegante Bentley clásico que hizo que le entrasen unas ganas locas de dibujarlo. Del interior del coche salió un hombre igual de bello.

Margot no solía referirse a los hombres como «bellos»; pero, sin lugar a dudas, ese lo era. Se trataba de un hombre alto, con el cuerpo esbelto y atlético de una escultura griega. El pelo, cortado a la moda y de color castaño, lo tenía ligeramente ondulado e, incluso de lejos, se intuía que sus facciones eran elegantes y serenas.

Pero estaba mirando la casa como si fuese suya, y eso sí que no estaba dispuesta a aceptarlo. Ya había echado de allí a más de un agente inmobiliario en busca de un fondo butre. Cosa que, al parecer, también tendría que hacer hoy. Se disponía a acercarse a él y decirle que se largara, cuando recibió un mensaje de texto en el móvil. Era del hombre que la había contratado.

*El dueño de la casa llega hoy. Haz que se encuentre cómodo. Llama a un taxi para que te lleve al pueblo cuando él se instale.*

Margot suspiró para sus adentros. La casa no era suya; lo sabía. Pero no pudo evitar sentir que invadían su intimidad cuando vio al hombre mirando la casa de manera posesiva.

*Recuerda las instrucciones. Ofrécele todo lo que necesite; acompáñalo al pueblo. Todo saldrá bien. Seguramente se vaya dentro de un par de días, y todo volverá a la normalidad.*

El hombre levantó la vista cuando Margot bajó las escaleras que llevaban al jardín de la entrada con el material de dibujo bajo el brazo.

—Hola, querida. ¿Te importa llamar a tu madre?

A Margot la descolocó tanto la pregunta, que no pudo evitar decirle la verdad.

—Mi madre lleva ocho años muerta...

El hombre se quedó horrorizado, y ella dispuso de un momento para confirmar que sí, que aun cuando acababa de quedar como un idiota, era muy atractivo.

—Vaya, esto era lo último que quería que pasara —dijo después de una larga pausa—. Y veo que tampoco eres una adolescente como pensaba, ¿verdad?

Ella le sonrió.

—No.

—Ah, entonces debes de ser la casera de la que me ha hablado mi empleado.

—Bingo —le dijo ella alegremente—. Soy Margot McReady, la persona que ha estado cuidando de la casa. ¿Y tú eres...?

Él pareció algo sorprendido por la pregunta. Margot estaba preparándose para oír el típico: «¿No me conoces?», cuando vio que tan solo esbozaba una ligera sonrisa de disculpa.

—Philip Santiago —contestó, y extendió la mano—. Lamento mucho haber mencionado a tu difunta madre y haber asumido que eras una adolescente.

—Perdonado —dijo ella, apretándole la mano. Le gustó la forma en la que se la estrechaba. Era un apretón cálido y firme, pero que no se alargaba hasta el punto de resultar incómodo—. Espero que, como casera de una de tus propiedades, acabes recordando de mí algo más oportuno que a mi madre y mi falta de altura.

Ella se ofreció a llevarle la maleta, pero él se negó. Había llegado con un equipaje aún más ligero que ella: lo llevaba todo en una elegante bolsa de viaje. A pesar de ser el dueño de la casa, Margot no tardó en darse cuenta de que nunca antes había estado allí.

Ella le ofreció una breve visita guiada por la casa. Le enseñó el jardín, el jacuzzi, la habitación principal y otras instalaciones que pensó que le gustaría conocer. Él caminaba detrás de ella mostrando un correcto aire de interés, y Margot se preguntó quién sería realmente.

No parecía un ejecutivo en busca de vacaciones, lo cual era una pena porque la casa era el lugar

perfecto para hacer una escapada y, a juzgar por la bolsa de viaje tan pequeña que había llevado, tampoco parecía que tuviese planes. Sencillamente parecía feliz de estar allí, cosa que ya hacía que le cayese bien. Le gustase o no, había empezado a ver la casa como suya, y su aprobación la llenaba de orgullo.

—Si te pregunto una cosa, ¿me despedirás? —le dijo de repente.

Había puesto agua hervir para preparar algo de té y así combatir el viento sorprendentemente frío que se había levantado. Philip la miró sorprendido cuando le puso en la mano el vaso de té rojo. Le dio un sorbo y esbozó una ligera sonrisa antes de contestar.

—Bueno, dado que no soy el que te ha contratado, dudo que pueda despedirte.

—Pero eres el hombre para el que trabaja el hombre que me ha contratado, así que podrías complicarme la vida si quisieras, ¿no?

Él la miró sorprendido, algo ofendido, y arqueó una ceja.

—¿Por qué no me dices qué te ronda la cabeza? Ya hablaremos luego de despedidas.

—Es que no quiero que me despidan —dijo ella, esbozando una amplia sonrisa—. Quiero llevarme bien con Dios y con Satán.

Philip soltó un suspiro.

—Creo que así no es el dicho —le dijo—. En fin. Seguramente me arrepienta de esto, pero bueno: adelante, pregunta.

Ella respiró hondo.

—¿Quién eres realmente?

Él la miró con cautela.

—Ya te he dicho cómo me llamo...

—Ya, claro. Si creyese que solo por llamarse Philip Santiago uno podría conseguir una casa en la playa tan bonita como esta, yo también me cambiaría de nombre. ¿Eres el creador de una cafetera súper chula capaz de hacerlo todo? ¿Has heredado un montón de dinero o algo por el estilo?

Él la miró fijamente. En aquel momento se dio cuenta de que sus ojos eran de color verde claro. Dada su complexión olivácea, habría pensado que tenía los ojos marrones. Aquel color pálido

la cogió por sorpresa.

—¿Por qué no intentas adivinarlo? —preguntó él—. Si aciertas, te lo digo.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Anda, un juego de adivinanzas. Vale. Veamos...

—Tienes tres oportunidades. Si no aciertas, me tienes que enseñar qué hay en el cuaderno que llevas bajo el brazo.

—¡Ja! Te ha salido el tiro por la culata. Te lo habría enseñado de todas formas. —Margot se quedó pensativa por unos instantes—. Vale, a ver: ¿eres una estrella de cine? Te pega. El hombre que me contrató me dijo que no eras de la mafia, que fue lo primero que pensé.

Philip tuvo que contener una carcajada.

—No, pero gracias por el cumplido. No soy una estrella de cine, no. Una vez actué en una obra del colegio, pero si no recuerdo mal, solo tenía cuatro frases.

—Vale. No eres una estrella de cine. A ver. —Margot lo miró de arriba abajo. En cierto sentido, se alegraba de que aquello le hubiese dado la oportunidad de echarle un buen vistazo a un hombre tan atractivo.

—¿Eres una estrella del deporte?

Su actitud le hizo pensar por un momento que había acertado.

—Mmm, ¿qué entiendes por «estrella del deporte»?

—Una persona que vive de ello.

—Ah, entonces no. Lo siento.

Siguió estudiando todas las opciones que tenía en la cabeza que le permitirían a un hombre tan joven ser el dueño de una casa como aquella y, por lo visto, de muchas otras. Podría ser un genio de la bolsa, un millonario de la tecnología, un miembro de la realeza, un magnate del petróleo... Un millón de cosas.

—Vale, último intento... ¿Un político?

Él negó con la cabeza y esbozó una breve sonrisa.

—Qué va. No me han elegido para desempeñar mi puesto. Bueno, supongo que el secreto sigue

conmigo un poco más.

Ella hizo un mohín.

—Podrías decírmelo de buena fe.

—Podría, sí. Y tú podrías cumplir tu parte del trato y enseñarme lo que tienes en el cuaderno.

Margot se lo pasó.

—Que sepas que eres tú el que ha salido perdiendo —dijo ella alegremente—. Te habría enseñado el cuaderno si me lo hubieses pedido por favor. He vendido mi trabajo, no me da vergüenza enseñarlo.

A pesar de la valentía con la que se lo había dicho, no le quitaba la vista de encima mientras él observaba los dibujos. El cuaderno estaba prácticamente completo y, aunque intentaba hacerlo disimuladamente, analizaba su expresión para intentar adivinar qué estaba pensando.

Él miró por encima los dibujos y las acuarelas, asintiendo al ver los paisajes marinos y algunas de las figuras abstractas que había dibujado.

—Parecen bailarinas —dijo, señalando uno de los garabatos que solía hacer antes de ponerse a dibujar.

—Lo son —le dijo ella, satisfecha al ver que las había identificado—. Ese día estaba viendo un programa de danza en la tele. Es bueno capturar el movimiento.

Él se quedó callado hasta llegar a una página que había casi al final, una cuya existencia había olvidado por completo. Si hubiese recordado que estaba en el cuaderno, lo habría pensado dos veces antes de enseñárselo a Philip.

Había realizado el boceto con un lápiz de mina blanda, pero ocupaba media página. Una mañana, al levantarse de la cama, vio su reflejo en el espejo de cuerpo entero de la habitación. Cautivada por el efecto del tejido de las sábanas y las curvas de su propio cuerpo desnudo, había capturado el momento antes de que se le olvidase. No era una pieza erótica. Todo estaba cubierto o esbozado de manera que tan solo sugería su cuerpo. Sin embargo, aquello era precisamente lo que hacía que resultase sugerente y atrayese la atención a la curva de sus pechos, la silueta de su cuello y el pelo ensortijado que caía sobre sus hombros.

—Este es muy bonito —señaló él. Para su sorpresa, no había rastro de lascivia en su mirada.

—¿Tú crees? —le preguntó Margot con cautela—. Hace tiempo que no hago dibujos

anatómicos.

—Me gusta la elegancia de las líneas —dijo él, señalando el dibujo—. Son limpias y suaves.

Decididas.

—Me recuerda a tu coche —soltó Margot de repente—. Él la miró con extrañeza, y ella se lo

aclaró—: Tu coche es precioso. En cuanto lo vi, me entraron ganas de dibujarlo.

Philip soltó una leve risa.

—Puedes hacerlo cuando quieras —se ofreció—. En mi opinión, la base de una buena obra de

arte es la belleza y la elegancia de la modelo. Como en esta pieza, por ejemplo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que acababa de decir. Era un cumplido tan sutil y tan

educado que podría haberlo ignorado si hubiese querido. Lo que le sorprendió es que no quiso

hacerlo. Quería perderse en sus ojos de color verde y pedirle que le explicase con más detalle qué es

lo que le gustaba del dibujo. Entonces se obligó a salir de aquella ensoñación, a sabiendas de que no

iba a hacerle ningún bien. Aquel hombre era tan rico que podía vivir como un rey, y ella era

básicamente una casera con pretensiones.

—Cierto —admitió—, aunque me temo que voy a tener que cortar esta conversación sobre el

arte y las modelos de los artistas. Tengo que llamar a un taxista para que me lleve al pueblo.

Philip parpadeó un par de veces.

—¿Y eso?

—Para darte privacidad y que puedas hacer lo que sea que hayas venido a hacer. Me han

reservado una habitación en una posada del pueblo, así que no tengo de qué preocuparme. Lo único

que tengo que hacer es llamar a un taxi.

Justo cuando acababa de decir aquella frase, un trueno sacudió la casa y una lluvia torrencial

empezó a caer sobre ellos. Margot levantó la vista hacia el cielo con consternación. Un cielo que

parecía haberse oscurecido en cuanto ella retiró la mirada.

—Me parece que eso no va a ser posible —dijo Philip, como pensando en voz alta—. Me dí

cuenta al salir del coche. Nos espera una tormenta torrencial. Nadie del pueblo va a venir a recogerte en coche. Ahora mismo todo el mundo estará demasiado ocupado cerrando las escotillas para que no entre agua.

Margot se mordió el labio, nerviosa, y dirigió la mirada a la lluvia que aporreaba el suelo a través de la ventana.

—Podría ir andando. Lo he hecho muchas veces cuando hace bueno.

La risa que emitió Philip fue como un ladrido seco.

—No. De eso nada. Estas tormentas son horribles. Además, el viento tiene mucha fuerza. Como mínimo, acabarás calada hasta los huesos antes de que hayas dado cuatro pasos. Quédate. No soy tan cruel como para echarte en mitad de una tormenta.

Margot quiso aceptar la oferta en cuanto se la hizo. Quedarse en una posada, por muy agradable que fuera, no le apetecía tanto como hacerlo en aquella casa tan acogedora. Aun así, apenas conocía al hombre que la había invitado.

—No quiero molestarte —le dijo—. Si quieres, puedo irme a mi habitación. No oirás ni pío de mí.

Philip sacudió la cabeza.

—No. Para serte sincero, tengo razones de sobra para alegrarme de que la tormenta no permita que te marches.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Eso ha sonado un pelín amenazador...

Él soltó una carcajada y levantó las manos.

—Mis motivos son totalmente inofensivos, te lo prometo. La verdad es que soy un exiliado.

—¿Perdona?

—Para ser lo más claro y discreto posible... Digamos que he... enfadado a ciertas personas de mi círculo. Me han dicho que lo haría todo mucho más fácil si... ¿cómo decirlo? Si desapareciera durante una temporada. Este terreno es uno de los más remotos de todos los que poseo, así que parecía perfecto para esa finalidad.

Ella lo observó pensativamente.

—Así que eres un chico malo, ¿no? —le preguntó. La sonrisa de Philip adquirió un aire arrepentido.

—Un poco —reconoció él—. Aunque veo que sigues intentando sacarme información y ya has perdido tu oportunidad, mocosa. Pero sí, soy una vergüenza a quien han mandado a reflexionar sobre sus pecados durante una temporada. La verdad es que, aunque me había preparado para estar solo, no puedes hacerte una idea de lo que me alegro de haber encontrado a una interesante artista con la que pasar el tiempo. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, tanto si decides entablar conversación conmigo como si no. Si no te sientes cómoda, puedes retirarte a tu habitación; pero, si te parece bien, podemos disfrutar de la compañía del otro sin más.

Ella se rió porque, efectivamente, *había* vuelto a intentar averiguar de quién se trataba. Era un juego divertido, pero lo que le habían dicho cuando la contrataron también era cierto. No era un mal hombre y aquello era lo único que importaba.

—De acuerdo. Me parece un buen trato. Cuando pase la tormenta podemos retomar las negociaciones. Hasta entonces, ¿te apetecen unos tallarines con dientes de dragón? Tengo los ingredientes para prepararlos y serían el acompañamiento perfecto para una noche como esta.

\*\*\*

Curiosamente, los tallarines con dientes de dragón estaban deliciosos y picaban un poco. Mientras tomaba la cena que Margot había preparado, Philip no dejaba de lanzarle miradas furtivas. Después de haber pasado un tiempo con ella, le parecía totalmente absurdo haberla confundido con una adolescente.

Era bajita y delgada, pero sus caderas y su figura eran increíblemente femeninas. Se movía con destreza y no paraba de hablar mientras cocinaba los tallarines con gracejo y energía. De repente cayó en la cuenta de que probablemente era la primera vez que veía cómo una mujer hacía de comer.

Casi todo lo que comía provenía de las manos de cocineros profesionales, bien porque formaban parte del personal de palacio o bien porque trabajaban en restaurantes de primer nivel. Había algo fascinante en verla cocinar, en cómo calentaba el aceite y freía las especias. Tras hacerlo,

le colocó un plato de tallarines picantes por delante que desprendían un aroma delicioso. Después de probar los primeros bocados, tuvo que echar mano del agua, lo cual hizo que Margot soltara una carcajada.

—¿No te gusta la comida picante? Lo siento, debería haberte preguntado. Puedo prepararte otra cosa si quieres.

Él le indicó que no con un gesto de la mano.

—No, a lo mejor me cuesta al principio, pero está bueno. Déjame que me acostumbre al sabor.

Ella asintió y se puso a degustar su plato con evidente placer. No era capaz de decidir si era realmente hermosa. Desde luego, atractiva sí que era. Muy mona. No su tipo, eso sí. Prefería a las rubias altas y de belleza glacial. O a las pelirrojas espigadas.

Sin embargo...

Cuando se puso de pie para cortar la fruta del postre, se dio cuenta de que su mente volvía al dibujo que había visto en su cuaderno. No había duda de que se trataba de ella. Recordó las suaves curvas de su cuerpo y la emoción tan pura que transmitía la pieza. Había cierta vulnerabilidad y rebeldía en aquellas líneas. No pudo evitar pensar que sería igual si la viese desnuda.

Philip se obligó a pensar que aquella mujer no era una de sus típicas conquistas. En cierto modo, era su empleada y no era justo mirarla así. Lamentablemente, aquella decisión duró el tiempo que ella tardó en volver con el postre.

—Listo —dijo con orgullo mientras ponía el plato sobre la mesa—. He comprado manzanas en el pueblo, y mira que están buenas, pero es que la miel es increíble. Se la compro a un hombre que tiene paneles de colmenas un poco más al interior. —Había cortado las manzanas en láminas con esmero antes de ponerlas en el plato. Luego las había rociado con miel—. Adelante, atácalas.

La mezcla era dulce y ácida a la vez; lo cual creaba un contrapunto perfecto a los tallarines picantes. Se disponía a decírselo, pero cuando levantó la vista se dio cuenta de que le habían caído unas gotas de miel en la mano. Con una naturalidad pasmosa, se lamió las gotas de miel con la rapidez de un gato. Tan solo percibió un atisbo fugaz de su lengua rosada, pero tuvo que cambiar de postura.

Margot tenía algo que hacía que no pudiera apartar la mirada de ella. No se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente hasta que ella levantó la vista.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Philip un momento después—. Lo siento, estaba distraído pensando en lo buenas que están las manzanas con miel.

—Ah, es uno de mis postres favoritos —dijo ella. Cuando sonreía, se le formaba un hoyuelo adorable en la barbilla—. De vez en cuando también me gusta echarle un pelín de guindilla, sobre todo cuando estoy resfriada.

—Cómo te gusta la guindilla, ¿eh? —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Yo creo que paso, pero gracias por enseñarme esta combinación. Me ha encantado.

—Bueno, puedes agradecermelo fregando los platos —dijo ella repentinamente—. Aquí no hay lavavajillas.

Él parpadeó un par de veces.

—¿Perdona?

—Los platos —añadió ella—. Yo preparo la comida y tú friegas los platos. Así funcionan las cosas.

Ella asintió. Tenía una forma muy particular de decir las cosas. Era como si, al decirlas, de repente se convirtieran en realidad. No estaba seguro de haber conocido a alguien como ella. La realza no actuaba así, pero desde luego había algo imperioso en su tono y en sus gestos.

—De acuerdo —dijo él, sorprendido por su docilidad mientras esperaba de pie a que se llenase el fregadero de espumosa agua caliente.

Si pensaba que iba a marcharse a otra parte de la casa mientras él fregaba los platos, estaba equivocado. Se sentó a su lado, sobre la encimera, al parecer dispuesta a continuar con la conversación.

—Gracias por permitir que me quede —le dijo—. Estaba dispuesta a buscar una habitación, pero... es curioso, pero en los meses que llevo aquí me he sentido como si estuviera en casa.

A Margot se le escapó una risa nerviosa. Por el rabillo del ojo, Philip vio cómo se colocaba un

mechón de pelo detrás de la oreja y, por un instante, sintió una necesidad tan intensa de acariciarle el pelo que casi pensó que lo había hecho. Tuvo que sacudir la cabeza para despejarse.

—Me alegro de que haya sido tu casa al menos durante una temporada. Eso hace que me guste todavía más. Es la primera vez que vengo.

Ella esbozó una leve sonrisa. En cuanto él terminó de fregar los platos, fue como si hubiese tomado una decisión.

—Ya se ha hecho de noche. ¿Quieres que te enseñe una cosa? Es un sitio muy especial.

Hechizado, se secó las manos y la siguió hasta el salón. Mientras iba de camino, pensó irónicamente que hacía mucho tiempo que no hacía un trabajo de ese tipo. Aquella chica ya había conseguido sacar de él cosas inusuales. No tenía ni idea de lo que quería enseñarle, pero la seguía con interés.

Margot se sentó en el sillón y le indicó que se acercara. Cuando Philip se colocó a su lado, señaló el techo.

Comprobó sorprendido que había un pequeño tragaluz. Era raro, de forma circular. Le costaba imaginar que dejase pasar la luz de alguna forma especial a menos que el sol estuviese situado directamente sobre él.

—Ahora. ¿Lo ves?

Por un momento, Philip no tuvo ni idea de a lo que se refería. Pero, de repente, la luz golpeó el cristal y apareció un reflejo con forma de estrella.

Ella asintió cuando vio que se había dado cuenta.

—Un día me subí a una escalera para verlo bien. Es solo un cristal tintado normal y corriente. La hoja de vidrio del centró está hecha de algún material brillante, por eso atrapa la luz así. Llevo meses sentándome en este sillón para dibujar y ver la tele, pero lo descubrí hace solo unos días.

—Es hermoso y, por qué no decirlo, un poco raro —admitió él, estudiando la ventana—. Algo que resulta fácil pasar por alto a menos que prestes atención, que mires bien.

—Y si lo haces, encuentras una estrella a la que seguir.

Margot le sonrió. Fue un momento fugaz que hizo que no pudiese evitar devolverle la sonrisa.

Durante aquella hora, había olvidado que en realidad era una empleada; alguien que había contratado su familia para que cuidase de la casa.

Se recordó que establecer una relación con Margot, por muy atractiva que resultase la idea, abocaría por seguro a una compleja red de complicaciones.

«No», pensó mientras la miraba observando la ventana, «lo mejor será evitarlo».

## Capítulo Tres

Aquella noche, en la soledad de su cuarto, Margot fue incapaz de conciliar el sueño. Por alguna extraña razón, no podía dejar de dar vueltas en la cama, y no tardó en darse cuenta de que era a causa del hombre que dormía a solo unos pasos. Por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza aquellos hombros anchos, la forma tan elegante que tenía de moverse, la manera en que brillaban sus ojos verdes.

«No te dejes llevar por las emociones, chica», pensó. «Primera regla del juego: saber quién está prohibido. ¡El hombre que podría ser tu jefe está en lo más alto de la lista!».

Aunque lo cierto es que no parecía su jefe. Era como si lo conociese de toda la vida. Alguien con el que se había sentido cómoda desde el primer momento y que le hacía sentir bien. Margot se acordó de lo que le dijo una vez una amiga que creía en la reencarnación:

«A veces, cuando amas a alguien con tanta intensidad en una vida, ese deseo y esa necesidad de estar juntos se traslada a la vida siguiente. Os cuesta separaros el uno del otro. Tal vez nunca seáis capaces de hacerlo. Por eso, atraídos con la fuerza de la gravedad, giráis el uno alrededor del otro a través del tiempo».

Margot se burló de la idea en aquel momento, pero ahora le parecía menos absurda. No podía negar que había algo que la atraía hacia Philip. Había percibido la electricidad entre ellos. En el fondo esperaba que le hubiese pedido que acostara con él.

Aunque en realidad no sabía qué habría hecho si lo hubiese hecho. Cada fibra de su cuerpo la habría empujado a decir que sí. Decidió entonces que se alegraba de que no se lo hubiese pedido, aunque en el fondo no estaba del todo convencida.

Cuando por fin se quedó dormida, tuvo unos sueños extraños, como con luces de colores. Pensó en lo guapo que era y en cómo entreabrirla aquellos labios tan bien esculpidos al gemir de placer.

La mañana siguiente salió de la cama y recordó justo a tiempo que tenía que vestirse antes de

salir de la habitación. Vaciló por unos instantes. Las mallas y la camiseta que normalmente llevaba puestos no tenían nada de malo, pero se armó de valor y cogió un vestido de algodón azul que estaba enterrado en el fondo del armario. Era un vestido bastante romántico, uno que no había tenido ocasión de ponerse desde que llegó a Mónaco.

—Me viene bien darle uso, así me aseguro de que no... no se estropea o algo por el estilo —se dijo a sí misma.

Margot se aventuró a salir de la habitación. Se dio cuenta de que todo era distinto cuando había visita. Había cierta expectación en el ambiente; la conciencia de que había otra presencia. Dudó por un momento, y entonces puso rumbo a la cocina.

«Al fin y al cabo, los dos tenemos que desayunar», concluyó. Margot se convenció de que no había nada de malo en preparar un desayuno para dos. Para nada. En absoluto.

La mayoría de las mañanas se preparaba algo sencillo, pero al fin y al cabo hoy tenía compañía. Buscó una baguette y la partió por la mitad. Había preparado mantequilla con ajo unos días antes, así que la extendió generosamente por ambas caras. Luego puso mozzarella y tomates frescos, y colocó las dos mitades bajo la parrilla.

«Mmm, ahora a matar el tiempo».

El sol estaba saliendo por encima del agua. A través de las altas puertas de cristal situadas en la parte trasera de la casa se divisaban la playa y el mar. Había algo sagrado en todo aquello; algo profundamente hermoso. Al empezar con sus estiramientos, notó que algo se liberaba dentro de ella y se relajó. Era como si hubiese encontrado su lugar en el universo.

A medida que se iba moviendo, notaba que su mente se iba quedando en blanco. Era la nada más absoluta, solo su cuerpo. Se concentró en el placer que aquello le proporcionaba.

Cuando terminó flotaba un agradable e intenso aroma a pan tostado, y notó un hormigueo en el cuerpo. Curiosamente, no le sorprendió ver a Philip justo detrás de ella, observándola desde lejos.

Estaba aún más guapo por la mañana. Llevaba puestos unos pantalones de lino caídos con cordón ajustable. Desde donde estaba veía la amplitud de su pecho y aquellos músculos propios de una escultura griega. Llevaba el pelo desordenado de manera adorable y le sonría adormilado.

—Me ha llegado el olor a algo rico procedente de la cocina —le dijo—. He salido para preguntarte si querías compartirlo conmigo, pero me he distraído.

Ella sonrió. Margot no podía negar que le gustaba que la mirase, aunque no lo reconocería por nada del mundo.

—Llevo cuatro años practicando Tai Chi —dijo ella—. Hay que concentrarse un poco más que con el yoga, pero es menos agotador que otro arte marcial. Podría seguir contándote cosas, pero será mejor que coja el desayuno antes de que se queme. Margot retiró el pan en el momento perfecto. Estaba crujiente, pero aún no se había quemado. Mientras esperaba que se enfriara, sacó unas ramas de albahaca del frigorífico, le quitó las hojitas y las cortó en lazos rizados—. Listo —dijo con satisfacción—. Como si estuvieras desayunando en alguna lujosa cafetería de Mónaco.

—En Mónaco no me obligarían a fregar los platos —señaló él. Margot le golpeó de broma con el paño de la cocina.

—No tienes que comértelo si prefieres prepararte...

Él agarró el plato en actitud protectora y sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho eso. Ven, vamos a sentarnos a desayunar en la playa. Está preciosa después de que haya llovido.

Había una ligera brisa fresca, pero aquello solo hacía que el humeante desayuno resultase aún más delicioso. Se sentaron juntos en un amplio banco mirando hacia el mar y, mientras comía, Margot se concentró en disfrutar del placer de desayunar contemplando un hermoso día al lado de un hombre tan atractivo como Philip.

Cuando terminó, le dio su plato. Él puso los ojos en blanco con cómica consternación, pero lo llevó a la cocina junto al suyo.

—¿Nadie te obliga a hacer eso en la vida real? —le preguntó, caminando detrás de él.

Él le dedicó una sonrisa divertida.

—No me has obligado a hacerlo —dijo él—. Tan solo me has dicho lo que es justo y yo he estado de acuerdo. Tal vez en algún momento me dejes cocinar a mí y podamos hacer un cambio.

—Me parece justo —decidió Margot—. Espero que seas tan buen cocinero como yo.

Él decidió pasar el día caminando por la playa, y Margot se recordó a sí misma que Philip había ido para relajarse y desconectar. Aunque lo hubiesen pasado bien por la mañana, aquello no quería decir que tuviese que estar todo el tiempo pendiente de ella.

Intentó distraerse por la casa; pero, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía quitárselo de la cabeza. Volvió a preguntarse quién sería. Tenía curiosidad por saber cómo se comportaba cuando no lo obligaban a relajarse en la costa de Mónaco; cómo sería sentir sus labios rozando los suyos.

El sol se estaba escondiendo tras el mar cuando Philip apareció de nuevo con expresión desconcertada.

—¿Qué tal? —le preguntó ella, levantando la vista del cuaderno de dibujo—. ¿Era lo que te esperabas?

—Me ha venido bien escapar de la ciudad —dijo, suspirando—, pero si te soy sincero, no estoy acostumbrado a estar tan...

—¿Aburrido?

—«Sub-estimulado» creo que es lo que quería decir. Estoy acostumbrado a las grandes ciudades, donde todo es a lo grande; todo resplandece. Aquí he tenido que volver a la casa porque estaba oscureciendo y ya no se veía nada. No estoy acostumbrado a que el mundo me diga cómo tengo que vivir.

Margot se encogió de hombros, divertida.

—Bienvenido a la forma en la que se ha vivido durante la mayor parte de la historia. Hay mucha gente que sigue viviendo así. Todos los días doy gracias por tener acceso a la luz con tan solo encender un interruptor. En el pasado, la gente habría dicho que es un milagro.

—Que deje de quejarme, ¿no?

Ella se rió.

—Iba a decirte que buscásemos algún entretenimiento. Tenemos tele e Internet, pero a veces los métodos tradicionales son los mejores.

La miró sin entender muy bien a qué se refería hasta que vio la baraja de cartas que tenía en la mano.

—Vamos a jugar —le dijo, sonriendo.

Solo necesitó unas cuantas rondas para darse cuenta de que jugar al póker no era lo suyo. Justo una ronda después, decidió que sería divertido aprovecharse de la situación.

—Vamos a apostarnos algo —le dijo—. El que gane la mano, tiene derecho a exigir algo del otro.

Philip la miró con recelo mientras ella le ponía ojos de cervatillo inocente.

—¿Por qué tengo la impresión de que vas a aprovecharte de mí?

—¿Yo? ¿Que una inocente chica de los Estados Unidos va aprovecharse de un hombre de mundo como tú? Vamos, no te preocupes, no tenemos nada que perder. Será divertido.

Jugaron varias manos para tantear el terreno. Ella le sacó el nombre del perro de su infancia (Rex) y consiguió que recitara un poema (“Lochinvar” de Walter Scott) y, contra todo pronóstico, ella tuvo que contarle la historia de su primer beso.

Después de contársela, ella lo miró con cautela.

—Vaya, se han vuelto las tornas —señaló—. Creía que te tenía dominado.

Él esbozó una sonrisa tranquila y despreocupada.

—Por fin me sonrío la suerte —dijo—. Quién sabe, tal vez a los dioses de la fortuna no les haga gracia que una mujer tan poquita cosa me de una paliza.

Margot soltó un resoplido al oír aquella manera de referirse a ella, pero lo dejó pasar. Jugaron unas cuantas manos más. Ella le sacó un paquete a medio empezar de caramelos que había olvidado que tenía en la maleta, y él consiguió que le explicase cómo hacer esos estiramientos que hacía por las mañanas.

—Le has pillado el truco muy pronto —dijo ella. Él se encogió de hombros con modestia.

—Es solo suerte —le contestó él. Pero ella ya se había dado cuenta de que la suerte no estaba jugando ningún papel. Desde que habían empezado la partida, sus habilidades con las cartas se habían agudizado y sus decisiones se habían vuelto más meditadas. Cuando llegaba su turno, había cierto aire de experiencia en actitud y en la forma que tenía de coger las cartas.

A Margot casi le sorprendió ganar la siguiente ronda.

—Mmm, vale. Quiero dibujarte.

Por algún motivo, aquello pilló a Philip por sorpresa.

—¿Que... qué?

—Creo que te había comentado que de vez en cuando me gusta hacer dibujos anatómicos.

Estaría bien poder dibujar a alguien que no sea yo. Tienes un cuerpo totalmente diferente al mío, así que me vendría bien. —Margot frunció el ceño—. No pasa nada si no quieres hacerlo...

A él le faltó tiempo para sacudir la cabeza con decisión.

—No, no. Sí quiero —dijo firmemente—. Pero mejor con ropa, si no te importa.

Ella le sonrió. Nunca lo habría tomado por alguien tímido, pero había algo más por lo que estaba siendo reservado.

—Hasta donde tú te sientas cómodo —dijo ella bajando la voz.

Margot recordaría haber dicho aquellas palabras cuando perdió la siguiente mano. Estaba preparada para responder otra pregunta o, como mucho, que le pidiera que cocinara algo interesante.

En cambio, Philip hizo una pausa y entrecerró los ojos, pensativo. El silencio se alargó tanto que ella empezó a notar que se le incendiaban las mejillas. Si se hubiese sentido más incómoda, habría empezado a moverse en la silla. En cambio, alzó la barbilla desafiante y le sostuvo la mirada. Aquello le hizo sonreír. Al parecer, había tomado una decisión.

—Vale. Quiero que te quites el vestido.

Margot creyó que no lo había oído bien. Entonces se dio cuenta de que estaba equivocada y abrió los ojos de par en par. La había pillado desprevenida.

«¿Estás segura?» se preguntó. «Si te hubieses tomado una copa de vino, si hubieses sido un poco más valiente... ¿estás segura de que no le habrías pedido algo parecido?».

Se quedó callada durante tanto tiempo, que la sonrisa se borró del rostro de Philip y fue sustituida por un gesto de preocupación.

—He hablado sin pensar —dijo él—. Lo siento, mi comentario ha estado totalmente fuera de lugar, no estaba pensando...

Todavía estaba hablando, cuando Margot se puso de pie deliberadamente. Cuando echó mano al

diminuto broche de los tirantes del vestido, se quedó callado.

Una vieja amiga que hacía striptease le contó una noche mientras estaban viendo una película sentadas en el sofá el secreto detrás del arte de quitarse la ropa.

«Lo importante es que no olvides en ningún momento que lo que vas a enseñar es algo muy valioso. Da igual que sea la clavícula o una rodilla. Muéstralo como si tuviese un valor incalculable».

Margot recordó aquel consejo mientras se desabrochaba primero un tirante y luego el otro. Despacio, se fue bajando el vestido poco a poco. Se alegró de llevar puesto al menos ropa interior a juego, aunque era un sencillo conjunto negro de encaje. Aun así, creaba un hermoso contraste con su piel.

Cuando levantó la mirada para mirar a Philip, este le estaba clavando los ojos con intensidad. La observaba con un deseo y una atención que deberían haberla puesto en alerta, pero no pudo evitar sonreír para sus adentros.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó ella con inocencia.

Philip tragó saliva con un sonoro chasquido de garganta.

—Creo que a mí —dijo él.

A Margot no le habría sorprendido que no hubiese sido capaz de retirar la mirada de su escote o de la curva de sus caderas. En cambio, la forma de mirarla sugería algo más. De vez en cuando lo pillaba mirándola de arriba a bajo y ella se movía nerviosa en su asiento. Aquel hombre la observaba solo a ella, y eso la llenaba de orgullo y la excitaba a partes iguales.

No le sorprendió ganar la siguiente mano. Philip lanzó las cartas sobre la mesa con un suspiro. Margot las miró por encima y sacudió la cabeza.

—¿Pretendías ganarme con estas cartas tan malas? —le preguntó—. Este es el peor movimiento que podrías haber hecho.

—Quería ir de farol —dijo, haciendo una mueca—. Aunque parece que no ha funcionado. Bueno, bella Margot, tú dirás.

Se puso a darse golpecitos en el labio inferior con un dedo, y se dio cuenta de que Philip contenía el aliento. Por un lado, se decía que debía tener cuidado y no jugar aquel juego tan peligroso

con un hombre al que apenas conocía, pero por otro, se encontraba totalmente cómoda en aquella situación. No había nada que temer y, si se atrevía, la recompensa sería enorme.

—Quiero que me quites la ropa interior —dijo, por fin.

La mirada de Philip se oscureció y, por un momento, solo la miró a ella.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —le preguntó en voz baja. Ella esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Más o menos —concedió ella—. ¿Aceptas el reto o pruebo con otra cosa?

Margot se puso de pie expectante, pero en lugar de acercarse de frente, como pensó que haría, se situó detrás de ella. Resultaba muy erótico sentir su presencia y no poder verlo. Le pasó las manos por los brazos con delicadeza y se detuvo en los hombros.

—Llevo queriendo hacer esto desde la primera vez que te vi —le dijo con suavidad. Aquellas palabras en voz baja hicieron que un escalofrío le recorriese todo el cuerpo. Quería darse la vuelta y acabar con el juego rodeándole el cuello con los brazos y apretando su cuerpo al suyo, pero el orgullo la contuvo. Quería obtener su premio. Le desabrochó el sujetador con dedos hábiles y se lo deslizó por los labios con suavidad. Le besó los hombros en el lugar donde se habían depositado los tirantes y acarició la zona donde el broche se había posado. Sus manos avanzaron por sus costillas y se detuvieron en sus pechos sin apenas rozarlos. Sus pezones se endurecieron al contacto con su piel y la suavidad de sus caricias, pero él no fue más allá. Deslizó las manos por sus caderas hasta llegar a las braguitas de encaje. Trazó la línea entre la cinturilla y la piel con tanta delicadeza que hizo que se estremeciera—. Imagino que arrancártelas contaría como quitártelas.

Margot ahogó un gemido al oír aquello, pero no se las arrancó: engarzó los dedos en las braguitas y se las fue bajando lentamente por las piernas. A medida que las deslizaba, iba depositando una ristra de besos en sus caderas, en sus muslos, en la piel sensible de detrás de sus rodillas y, finalmente, en las pantorrillas.

Las sensaciones que estaba provocándole en la piel eran tan intensas que tardó en unos instantes en darse cuenta de que la ropa interior estaba en el suelo.

—¿He cumplido el reto? —le preguntó, situándose detrás de ella. Su voz era ronca y dulce

como la miel, y notó un escalofrío de placer al sentir su aliento en la oreja.

—Sí —susurró ella. Era consciente de que le temblaba la voz, pero eso era lo de menos.

Volvieron a sentarse para jugar otra mano. Ya no era cosa del destino ni de la suerte. Ahora estaban jugando con la determinación de ganar para conseguir lo que querían.

Finalmente, pusieron las cartas sobre la mesa, y el trío de ella no tuvo nada que hacer ante el full de Philip. Margot se dio cuenta distraídamente de que el full comenzaba con la reina de corazones. La imagen le sonreía misteriosamente, como si conociera unos secretos que Margot solo podía suponer.

En lugar de anunciar su reto inmediatamente, Philip se reclinó sobre el respaldo de la silla mientras la miraba pensativo. De repente, Margot fue plenamente consciente de que estaba desnuda delante de un hombre completamente vestido. Se sentía vulnerable y poderosa al mismo tiempo, y se preguntó si aquello sería lo que sentían las sacerdotisas de las antiguas religiones extáticas, aunque no estaba segura de si ella era la adorada o la devota.

—Ya he decidido lo que quiero —dijo él.

Margot arqueó una ceja.

—¿Vas a decírmelo o tengo que adivinarlo? —murmuró ella.

Él esbozó poco a poco una sonrisa deslumbrante. Se fijó en lo blanco y afilados que eran sus dientes antes de que hablara de nuevo.

—No te preocupes, tenía pensado decírtelo. Lo que quiero que hagas es que vengas y me des un beso.

—Parece bastante sencillo —dijo Margot con cautela—. ¿Dónde está el truco?

—No hay ningún truco —dijo él, pero había algo demasiado inocente en su tono de voz—.

Solo un beso. Nada más. Eso es lo único que pido.

Parecía fácil, pero sabía que no era eso lo único que él tenía en mente, aunque llegados a ese punto, tampoco le importaba.

Dejó las cartas sobre la mesa y, se puso de pie siendo plenamente consciente de su cuerpo. Sabía que se estaba mostrando ante él tal y como era, pero por alguna razón aquello resultaba de lo

más natural. Quería que la viera como era. Que fuese más allá de su cuerpo.

Margot notó sus ojos posados sobre ella mientras se acercaba a él. Habría sido demasiado fácil bajar la vista y no levantarla de los pies, pero le clavó la mirada. Saltaban chispas entre ellos, y era consciente de que él también lo sentía.

Philip no se movió cuando se detuvo delante de él. A Margot le dio la impresión de que intentaba descifrar lo que se le estaba pasando por la cabeza. ¿Le daría un casto beso en la coronilla? ¿En la comisura de la boca?

Ella tomó una decisión, pero era como si siempre hubiera sabido lo que tenía pensado hacer. Cuando llegó hasta él, se movía por puro instinto. Su forma de actuar surgía de la necesidad y el deseo.

Se sentó en su regazo con un movimiento elegante y cruzó los tobillos con coqueta timidez mientras giraba el torso para mirarlo frente a frente. Colocó los brazos sobre sus hombros. A esa distancia tan próxima, vio que el verde de sus ojos se había vuelto casi negro. Notaba bajo su trasero redondeado que estaba excitado. El saber que era ella la que había provocado aquella reacción, hizo que miles de mariposas revoloteasen en su estómago y quisiera acercarse aún más a él.

—¿Solo un beso? —susurró ella con voz ronca. Era más una provocación que una pregunta.

Notó que se tensó al oír aquellas palabras y que se obligaba a relajarse. Tenía que controlarse, cosa que le producía un perverso placer.

—Sí —dijo él—. Un beso, y reto cumplido.

Ella asintió al oír sus palabras. Margot acercó los labios a los suyos con una lentitud torturadora. Su sabor era dulce, pero por debajo había cierto toque salado y masculino, algo de lo que sabía que nunca tendría suficiente.

El beso fue dulce, exploratorio. Él la dejó que se tomara su tiempo y le rodeó la cintura con los brazos. Tal vez lo hiciera para mantenerla firme, pero cuando la apretó contra su cuerpo, ella estuvo a punto de retorcerse de deseo.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Reto cumplido —contestó él con formalidad.

Margot se disponía a preguntarle qué es lo que pasaba a continuación, cuando, antes de que pudiera mediar palabra, le enredó los dedos en el pelo con ternura, la sujetó con firmeza y la besó de nuevo.

Su beso había sido suave como una brisa mediterránea. El de él, en cambio, era como un huracán. Rápido, reclamando como suyo todo lo que despertaba a su paso. De sus labios escapó un gemido cuando él introdujo la boca en su lengua con orgullo, reclamándola e incrementando su deseo.

Margot notaba de la firmeza con la que la sujetaba, pero también sabía que ella se aferraba a él con fuerza y le estaba clavando las uñas en los hombros.

—Qué buena estás —gruñó, retirándose un poco. Estaban tan cerca que notaba el aliento en sus labios. Se moría por volver a besarlo, pero él siguió hablando—. Te deseo —continuó—. A estas alturas no es ningún secreto. Pero Margot, no pienso obligarte. No quiero hacerte daño. Dime que es lo que quieres y te lo daré. Solo una cosa... Por favor, no me hagas sufrir. No sé si seré capaz de aguantar mucho más...

Él la miró a los ojos y Margot se dio cuenta de que en su mirada solo había verdad. Quería darle placer. Jamás le haría daño. Ahora era ella la que tenía que hacer frente a su propio deseo, y la única respuesta que salió de sus labios fue un vehemente y exultante sí.

—Sí —susurró ella—, sí, sí, sí...

La única indicación que recibió de que iba a moverse fue el ligero tensar de sus músculos. La levantó en el aire, sujetándola con firmeza por el trasero. Ella se aferró a él, pero en lugar de llevarla al sillón como esperaba, se puso a caminar hacia la pared.

Cuando se dio cuenta, estaba contra la pared y le había rodeado las caderas con las piernas. El deseo de Philip era evidente de una manera inconfundible.

—Llevo horas pensando en esto —susurró él.

Empezó a besarla y se apretó con fuerza contra ella. Margot notaba la pared fría a sus espaldas, pero por delante sentía como si le ardiera cada rincón de su cuerpo que estaba en contacto con el de Philip. Ella le devolvió el beso con un deseo feroz, arrastrando las uñas por su espalda y subiéndolas

de nuevo para enredar los dedos en su pelo. Si él era una fuerza de la naturaleza, ella no lo era menos. Una fuerza que había estado contenida demasiado tiempo.

Margot empezó a moverse contra su cuerpo casi sin darse cuenta; presa de un anhelo cada vez mayor. Había algo primitivo en sus movimientos; algo animal en el deseo que sentían el uno por el otro. Ella se inclinó hacia delante y buscó el lóbulo de su oreja con los dientes. Dudo por unos instantes, pero le dio un mordisco con firmeza. Philip gimió, le clavó los dientes y fue dejando una ristra de mordiscos hasta que ella gimoteó de placer.

—Más —jadeó cuando él se apartó—. ¡Más, por favor! ¡Te necesito!

Philip se retiró lo suficiente para que pudiera ver el deseo en su rostro y la pasión que ella sabía que también se reflejaba en la suya.

—Yo tampoco puedo esperar —reconoció él—. Más tarde, quizás...

Ella pensó que iba a llevarla hasta su habitación, pero tan solo se detuvo el tiempo de ponerla en el suelo. Margot abrió los ojos de par en par cuando vio que simplemente se estaba desabrochando los pantalones para liberar su miembro. Lo que más deseaba era estar tan cerca de él como fuese posible, pero no pudo evitar rodear su erección con la mano.

Sus ágiles movimientos le hicieron gemir de placer y notó que apoyaba la mano en la pared. Percibía todos y cada uno de los estremecimientos que recorrían su cuerpo. Nunca se había sentido con tanto poder. Al principio lo acariciaba con suavidad, pero él puso su mano sobre la suya para enseñarle cómo tenía que hacerlo, cómo acariciarlo para conseguir que de sus labios escapase un gemido ronco.

—Me encanta cuando haces eso —le susurró al oído sin dejar de acariciarlo.

Margot repitió los movimientos varias veces hasta que él le retiró la mano. Habría hecho un puchero, pero la sonrisa que le dedicó era encantadora.

—Como sigas así, voy a olvidar que tú también te mereces disfrutar —murmuró él.

Se disponía a preguntarle a qué se refería, cuando de repente la cogió en brazos y volvió a apoyarla contra la pared. Ahora jadeaba de desesperación. Notaba la punta aterciopelada de su erección deslizándose a lo largo de su sexo; casi dentro, pero no del todo.

—¿Te gusta, cielo? —le susurró—. ¿Te gusta lo que te estoy haciendo?

—Sí, sí —gimió ella—. Más, por favor, más...

Por un momento, se preguntó si iba a negárselo. Si la haría sufrir antes de penetrarla. El corazón se le aceleró solo de pensarlo. De manera impulsiva, se inclinó hacia delante y le acarició el cuello con la nariz y le clavó los dientes en la base del cuello. Él emitió un gruñido a causa del dolor y, justo en aquel instante, la penetró.

La sensación de sentirse tan llena fue alucinante, y no pudo evitar gritar de placer.

—Mira qué tigrecilla acabo de cazar —murmuró Philip cuando entró por completo en ella—.

Ya me ha enseñado los dientes; veamos sin consigo que ruja.

Empezó a moverse dentro y fuera de ella con embestidas lentas, presionándola contra la pared con cada movimiento. Margot jamás habría imaginado que aquella postura le resultaría tan placentera. Notaba cómo la llenaba, cómo su cuerpo le rozaba el sensible clítoris; la sensación de rodearle las caderas con las piernas para mantenerlo tan cerca como fuese posible.

Sintió que el placer ascendía a medida que sus movimientos se volvían más rápidos y la forma en la que su aliento se aceleraba mientras continuaba penetrándola. Ella se aferró a él con más fuerza cuando aquel placer fue aumentando. Esta cerca, muy cerca, pero no estaba segura de que fuese a alcanzar el clímax. No siempre lo hacía. Sin embargo, le bastaba con sentir el de él; disfrutar de su placer.

Margot se dio cuenta de que Philip había llegado a un punto de no retorno. Sus movimientos se volvieron más rápidos; más bruscos. La penetraba una y otra vez y, finalmente, con un último empujón, notó que derramaba su semilla dentro de ella. Ella exhaló un grito al notar la extraordinaria sensación de llenarse de una calidez tan intensa; de estar en los brazos de un hombre que casi temblaba después de haber alcanzado el clímax.

No empezó a relajar su abrazo hasta que él se apartó y la dejó en el suelo. Por un momento, simplemente se quedaron de pie apoyados el uno en el otro. Entonces, ella notó que le colocaba la mano en la barbilla y se la levantaba.

—No te has corrido —murmuró con la voz ronca de placer.

Encogerse de hombros fue extrañamente agotador.

—No siempre lo hago —dijo ella—. Es complicado; además... Philip, ¿qué estás haciendo?

La había llevado hasta la silla y la estaba cogiendo en brazos.

—Nunca abandono mi trabajo hasta que lo he terminado. Nunca dejo un plato de comida hasta que lo he acabado, y nunca considero que una sesión de sexo ha finalizado hasta que los dos hemos terminado. Considéralo una manía, si quieres.

Para su sorpresa, se sentó en la silla y la colocó en su regazo. Esta vez estaba de espaldas a él y con las piernas extendidas sobre las de él. Nunca se había sentido tan expuesta, tan abierta, pero sabía que el placer que había empezado a formarse cuando él había alcanzado el clímax estaba a punto de estallar. Había deseo, pero más que eso, la imperiosa curiosidad de descubrir lo que aquel hombre pretendía hacerle.

—Ahora relájate y échate sobre mí porque, créeme, tigrecilla, de aquí no nos vamos hasta que no hayas terminado ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo ella con un ligero tono de burla. A juzgar por la risa que se le escapó, a él no pareció importarle.

—Muy bien.

Le rodeó la cintura con un brazo para sujetarla y acercó la otra mano hasta su sexo para acariciárselo. Lo tenía algo sensible a causa del esfuerzo previo, pero sus caricias eran delicadas y no tardó en volver a entrar en calor. Margot gimió cuando apartó ligeramente los labios para acariciarle el clítoris, pero no lo detuvo. Por el contrario, se echó sobre su cuerpo y disfrutó de su calidez y cercanía mientras él la acariciaba con íntima maestría.

—Eres una mujer preciosa —le susurró al oído—, no te imaginas cómo me haces sentir. Relájate y déjame darte placer, cielo, porque quiero que te mueras de placer...

Sus palabras se fueron desvaneciendo hasta convertirse en un susurro de cariño y deseo. Sus dedos la acariciaban con delicadeza con una cadencia que le resultaba tan familiar y primitiva como los latidos de su corazón. Notaba que el placer empezaba a formarse en su cuerpo y a extenderse por su cuerpo como si de una llamarada se tratara, propagándose por sus piernas y haciéndose que se

tensaran. Se retorció, intentando apretarse contra su mano, pero al no tener donde agarrarse, no podía hacerlo. Sin embargo, Philip parecía saber exactamente lo que quería, porque presionó con más fuerza.

Fue consciente de que estaba gritando porque notó que se le había secado la garganta. Supo que se estaba tensando por la forma en la que sus piernas se entrelazaron con las de él. El placer fue aumentando y cogiendo velocidad, como si su cuerpo no pudiera contenerlo... hasta que de repente ya no pudo más.

El clímax se extendió como si fuesen fuegos artificiales, con un voraz deseo por él. Todo su cuerpo tembló y se sacudió, consumido por el fuego. Cerró los ojos con fuerza mientras gritaba a causa del orgasmo. Pero él no se detuvo; sus caricias se volvieron más ligeras, pero la presión hizo que el orgasmo se prolongara aún más. Los temblores posteriores al orgasmo la dejaron hecha un manojo de gemidos. Finalmente, se dejó caer sobre él y Philip dejó la mano inmóvil.

—Dios —murmuró ella, apenas consciente de que no era la primera vez que lo había dicho.

Philip se rió por debajo de la nariz y retiró la mano para poder abrazarla.

—Eres increíble —le dijo con suavidad—. He sentido cuando has alcanzado el clímax. Notaba cómo el placer te recorría todo el cuerpo.

Ella rió con suavidad y asintió, apoyada en su hombro.

—Deberíamos levantarnos y limpiarnos —dijo de mala gana—. Yo necesito una ducha, y tu ropa seguramente esté para lavar.

—Qué buena idea...

Hizo el intento de incorporarse, pero él se puso de pie y la llevó en brazos como si no pesara nada.

—¿Ya no necesito volver a caminar? ¿Me vas a llevar de un lado para otro a partir de ahora? Creo que puedo acostumbrarme.

—No —dijo él, bromeando—. El servicio del salón al baño solo está operativo cuando se echa un polvo de infarto.

—Mmm, vale. Suena bien.

El baño situado en la habitación principal era una maravilla del diseño moderno. Cuando los dos se metieron en la ducha con mamparas, el agua cálida cayó sobre ellos como si fuese una lluvia de primavera. Durante un rato, simplemente disfrutaron de la calidez que emanaba de la habitación, pero al rato ella empezó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que te veo desnudo —le dijo entre risas—. No me parece muy justo. Tú me viste completamente desnuda hace una hora.

—A mí sí. No fui yo el que perdió la partida de póker —replicó él.

Ella se disponía a contestarle, pero él cogió agua con las manos y se la echó en la cabeza, provocando que balbuceara.

Justo cuando consiguió recuperar el aliento para quejarse, él la besó de nuevo, y todo lo demás desapareció de su cabeza.

«Esto puede traerme problemas», le advirtió parte de sí misma. Sin embargo, en aquel momento, aquello importaba mucho menos que las chispas de deseo que se estaban formando en su vientre.

\*\*\*

Margot se despertó algo desorientada. No estaba en su apartamento en los Estados Unidos ni en la pequeña pero bien equipada habitación en la casa de la playa. Por el contrario, estaba durmiendo en una cama enorme y había un hombre enroscado detrás de ella abrazado a su cintura.

Los recuerdos de la noche anterior le vinieron todos a la vez y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Ahora que estaba despierta, era consciente del sutil dolor entre sus piernas y de los mordiscos en el cuello y en los hombros.

Se dio cuenta de lo bien que había dormido y de lo despejada y radiante que se sentía ahora que se había despertado. Había vuelto a hacerlo antes que Philip quien, a juzgar por el ritmo de su respiración, sabía que tardaría un poco más en amanecer.

«Lo suficiente como para que me de tiempo a preparar algo de té...».

Salió de la cama, y se puso su camisa para ir a la cocina. Sonrió al notar su perfume.

Cuando volvía a la habitación con el té y unas tajadas de melón dulce y maduro, cogió el cuaderno de bocetos por un impulso. En la habitación iluminada tenuemente, los primeros rayos de la luz del amanecer se colaban por la ventana brindándole una calidez a la habitación.

Margot dejó la taza de té sobre la mesita de noche antes de volver a subirse a la cama con el cuaderno bajo el brazo. Cuando se sentó con la espalda apoyada en el cabecero, no pudo evitar contener la respiración al ver lo guapo que estaba Philip con aquella luz.

Mientras estaba en la cocina, se había dado la vuelta en la cama y se había destapado. Un trozo de sábana le cubría sus partes íntimas, pero el resto del cuerpo estaba al descubierto. Trazó con la mirada la curva de los músculos de sus caderas, las líneas de sus brazos, y la línea recta de su nariz. Era un hombre increíblemente bello y, cuando quiso darse cuenta, ya tenía el cuaderno abierto en una página en blanco y se había puesto a dibujar.

Se había dedicado a la pintura desde que tenía uso de razón, y creía que sabía lo que significaba la frase *por amor al arte*. Margot siempre había pensado que se refería a hacer algo sin esperar nada a cambio, hecho simplemente por gusto; sin embargo, en aquel momento se dio cuenta de que simplemente significaba que amabas tanto lo que hacías que podrías estar haciéndolo eternamente aunque no recibieras nada a cambio. El lápiz negro se movía con soltura y seguridad sobre la hoja de papel blanco, llenándola con la silueta durmiente de Philip. Cubrió una página tras otra de bocetos, pero no tardó en darse cuenta de que aquello seguía sin ser suficiente.

«Tengo que dibujarlo», pensó. «Así, tal cual está, rodeado de luz y sombras que definen su cuerpo».

Pensó de nuevo en lo atractivo que era, y sonrió. Muy propio de una artista como ella que le gustase tanto un hombre como él. Porque tenía que reconocer que le gustaba mucho. Probablemente no fuese más que atracción. O eso se obligó a pensar. Sin embargo, debajo del placer que había sentido aquella noche y de la dulzura de sus palabras, había otra emoción más intensa, mucho más abrumadora; una emoción a la que era incapaz de ponerle nombre. Aún no. Tal vez nunca.

Estaba concentrada en capturar la curva perfecta de sus caderas, así que no se dio cuenta de que había abierto los ojos. De repente, captó un destello de color verde y su cálida sonrisa, y dejó a un

lado el trabajo.

—He preparado dos tazas de té —comenzó a decir; sin embargo, se dio cuenta de que el té ya se había enfriado—. Bueno, ya hace un rato —comentó sin convicción—. Si quieres, puedo ir a por más.

—Después —dijo Philip, adormilado—. Ahora tengo curiosidad por saber qué haces despierta tan temprano.

—Bueno, como dijiste que podía dibujarte —dijo ella, ligeramente a la defensiva—, he decidido aprovecharme y hacerlo ahora.

Él se espabiló al oír sus palabras y arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Puedo verlo?

Asaltada por una sensación de timidez, le pasó el cuaderno. Siempre se había sentido orgullosa de su trabajo, pero en aquel momento no pudo evitar sentir algo de nervios. Se trataba de un momento importante, aunque no sabía muy bien por qué.

Philip estudió la página con el ceño ligeramente fruncido.

—Cielo, eres una artista increíble, pero no me parezco en nada a este.

Margot parpadeó un par de veces. Se había preparado para oír cualquier cosa cuando lo vio con el ceño fruncido. Pensaba que tal vez se burlaría del dibujo, o que quizás le incomodaría. Miró los bocetos, y sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero ahí no puedes llevarme la contraria —le dijo, esbozando una leve sonrisa—. Eres así; ese es tu aspecto real.

—Me da la impresión de que me ves a través de unas gafas de color de rosa —dijo él, divertido—. Que conste que no me molesta, pero estoy seguro de que no soy tan atractivo.

Ella emitió una suerte de risita e, impulsivamente, acunó su cara con las manos y le acarició la mandíbula. Él pestañeó al sentir sus manos, pero luego la acarició con la nariz.

—Sí que lo eres —dijo ella con orgullo—. Vas a tener que confiar en mi criterio. Entonces, ¿no te molestan los bocetos? Me encantaría utilizarlos para pintar un cuadro. Si no me das tu consentimiento, no lo haré, claro está... pero me encantaría.

Él parecía sorprendido.

—¿Y eso?

—Porque tienes algo... especial —le contestó ella. Por alguna razón, de repente le costaba expresarlo con palabras. Tenía que profundizar en unos sentimientos de cuya existencia era de repente consciente, y no estaba segura de cuál sería su reacción—. Tienes algo que me llama la atención —dijo, por fin—. No es solo que seas atractivo; aunque, evidentemente, eso también influye. Es tu forma de moverte. Cuando te tengo delante, soy incapaz de mirar otra cosa. La forma en la que el sol te ilumina el pelo y los ojos, tus gestos ... Todo hace que me entren ganas de coger el lápiz y ponerme a dibujar. No sé lo que es, pero tienes algo que me gustaría explorar. Me lo debo a mí misma como artista. Si tú me lo permites, claro.

Philip se había quedado sin palabras, pero pareció aceptarlo.

—Si tú lo dices... Confieso que tengo curiosidad por ver el resultado.

Ella sonrió aliviada y se inclinó hacia delante para besarlo. Por unos momentos, se olvidó del arte porque tenía algo más importante en mente.

El beso comenzó lento y dulce, pero cambió en cuestión de segundos. Se volvió más intenso, más apasionado; aunque fue incapaz de adivinar si fue ella o Philip quien lo había cambiado. De repente se hallaba tumbada sobre su pecho y, aunque los separaba una delicada sábana, percibía que se había excitado. Sin pensarlo, se apretó contra él y de los labios de Philip escapó un gemido.

—¿Estoy impidiendo que empieces el día? —le susurró al oído—. ¿Tienes algo importante que hacer y por mi culpa vas a tener que posponerlo?

Él soltó una carcajada.

—No, tigrecilla. Todo lo contrario: me alegro de empezar el día con tan buen pie.

De repente cayó en la cuenta de que aquello no duraría eternamente. Estarían juntos el tiempo equivalente a unas vacaciones. Sin embargo, apartó aquel pensamientos al igual que había hecho antes. Tenía otras cosas más importantes en la cabeza.

Margot pasó la lengua por la delicada piel del cuello de Philip... y le dio un mordisco.

## Capítulo Cuatro

A Philip le pareció divertido que, tras sus ejercicios matutinos, Margot hubiese vuelto a quedarse dormida. Tumbada sobre la cama, completamente vulnerable, parecía tan inocente como una niña. Philip sabía que debía levantarse y, al menos, preparar algo de comer para los dos; pero, por el momento, estaba satisfecho con estar tumbado a su lado y observar cómo dormía.

Dormida perdía la vivacidad que le había atraído la primera vez que la vio. Pero en reposo, ponía al descubierto una dulzura que, con los ojos abiertos, solo dejaba entrever. Había cierta sensibilidad en sus facciones, cierta ternura en la curva de sus labios.

Era una artista, pero Philip no podía evitar pensar que ella misma era arte. Recordó haberla observado al alba; cómo el sol de la mañana la había adorado mientras hacía sus estiramientos. Le excitaba, eso era evidente; pero había algo más. Había algo tan hermoso en ella que hacía que le doliese el corazón.

«¿Y si la llevase a la ciudad?».

Fue un pensamiento fugaz, pero no pudo evitar fruncir el ceño. Por mucho que le apeteciera mostrarle sus rincones favoritos, él todavía seguía en el exilio. Maria estaba haciendo todo lo posible por solucionar la situación, pero hasta entonces, tendría que esperar. Consideró desafiar su petición y volver de todas formas, pero entonces Margot se dio la vuelta, aún dormida, y lo buscó entreabriendo ligeramente los ojos. Con un leve risa ahogada, se colocó a su lado. Cuando Margot se aseguró de que estaba cerca, se relajó, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Pero qué voy a hacer contigo? —murmuró.

Aquella pregunta nunca antes había necesitado respuesta. Se había encaprichado anteriormente y había ido detrás de actrices y modelos. Había tenido un buen número de aventuras. Sin embargo, a lo largo de su vida nunca había sentido lo que aquella mujer que dormía tan plácidamente en su cama le hacía sentir. Nunca se había despertado en la cama con una mujer tan hermosa y tan centrada en su trabajo, su propio cuerpo, y su propia vida. En aquel momento, había visto algo especial, algo

hermoso.

«Es una persona completa; bella por dentro y por fuera».

Se habría conformado con admirar la belleza de su rostro y de su cuerpo sin más.

Evidentemente, se sentía atraído por ella, pero aquella atracción iba más allá de lo físico. Era algo a lo que no podía ponerle nombre, lo cual le resultaba increíblemente molesto.

Casi como si hubiera percibido su angustia, Margot de repente abrió los ojos. A él volvió a sorprenderle aquel color tan poco común. Un color que, según le diese la luz, le recordaba al de las playas del Báltico o al mejor whiskey.

—Veo que ya has decidido amanecer —dijo ella con solemnidad. Él le sonrió.

—Puedes seguir durmiendo si quieres —dijo él—. ¿Qué tal?

Ella se tocó una leve marca que le había dejado en el brazo. Al parecer, se había entusiasmado un poco con los mordiscos, aunque a ella no pareció importarle.

—Un poco dolorida —contestó ella—. Por lo demás muy bien. Aunque tengo hambre. ¿Tú no?

Él asintió y ella se levantó con una sonrisa en los labios. Philip no estaba seguro de haber conocido a nadie que se despertara con tanto entusiasmo. Si siempre era así de alegre, podría acostumbrarse.

—Vale. Yo preparo el desayuno si tú prometes recoger la cocina.

A él se le escapó una sonrisa.

—¿Qué pasaría si me negase a fregar los platos?

—Que yo me prepararía una tostada y tú tendrías que averiguarte el desayuno.

Margot se encogió de hombros y, vestida con su sencillo y arrugado camisón de algodón, puso rumbo a la cocina. Él se quedó mirándola con cariño antes de seguirla. Le resultaba increíblemente placentero y *divertido* jugar a las casitas con aquella pequeña artista.

Seguro que aquello podría durar un poco más.

Philip la siguió hasta la cocina mientras apartaba sus dudas por el momento.

\*\*\*

Mientras Philip fregaba los platos, Margot seguía concentrada en los bocetos que había

dibujado. Tenían cierta tosquedad que le gustaba, pero sabía que desaparecía en cuanto añadiese la pintura. Con un poco de suerte, ese encanto se convertiría en algo más duradero. Esperaba poder capturar el hermoso contraste de luces y sombras, la luminosidad de la piel de Philip, la curva de sus hombros.

—Veo que estás trabajando muy duro en ese dibujo —señaló Philip, asomándose por encima de su hombro.

—Llevo trabajando duro desde que llegué —dijo ella, sonriendo—. Estoy utilizando tu casa como punto de recarga.

—¿Punto de recarga? ¿Se trata de una expresión de artista?

—Es una expresión *made in* Margot —contestó ella—. En los Estados Unidos me sentía agotada. Decidí venir para cargar las pilas. Ser artista es parecido a ser granjero. No se obtiene una buena cosecha a menos que trabajes bien la tierra. Durante un tiempo, la tierra se queda vacía hasta que da el fruto.

—Entiendo. ¿Y cómo llevas la carga de pilas?

—Bien. O eso creo. Envié algunos cuadros a una exposición que tendrá lugar en breve en Mónaco. No los aceptaron, pero tampoco tenía muchas expectativas. Expondrán muchos artistas importantes y sabía que iba a ser difícil que me cogieran. Aun así, intentarlo me hizo sentir bien. Así es la vida del artista: hay que intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo.

—Suenas un poco arriesgado —dijo Philip sin mirarla. Miraba el mar y las nubes a través de la puerta de cristales. Margot resistió la tentación de volver a coger el lápiz. La curva de su espalda y la forma en la que su sombra se proyectaba en la habitación hizo que estuviese ansiosa por hacerlo, pero se controló.

—¿Y tú? ¿Nunca has corrido ningún riesgo?

Philip se quedó callado, y Margot temió haber ido demasiado lejos. Quizás aquella pregunta tocaba un tema prohibido para él. O quizás era poco apropiado preguntarle teniendo en cuenta lo que había entre ellos. Se mordió el labio y se armó de valor para decirle que se olvidara de la pregunta; pero entonces empezó a hablar.

—Nunca —admitió—. A lo mejor debería avergonzarme de ello, pero mi vida ha sido siempre bastante segura. Nada me ha amenazado, y siempre he tenido a mi alcance todo lo que he querido. Alguna vez me he jugado algo y, aunque perder habría sido desafortunado, no habría sido devastador. Nunca he sabido lo que es la necesidad y creo que, sin eso, el riesgo resulta un concepto desconocido. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Me niego a creer que tu vida haya sido tan fácil como dices —contestó Margot—. Alguien me dijo una vez que todos tenemos una historia en nuestro pasado que le partiría a cualquiera el corazón, y estoy de acuerdo. No tienes que contármela, pero cuando te pregunté, estoy segura de que se te vino algo a la cabeza.

Él la miró de reojo y esbozó una leve sonrisa.

—Tal vez. Pero permíteme recordarte que soy millonario y que poseo varias propiedades mucho más lujosas que esta. No necesito tu compasión.

Margot negó con la cabeza.

—No es compasión. De hecho, no me cuesta admitir que envidio a la gente con dinero. Sin embargo, de la misma manera que yo me he enfrentado a determinados desafíos en mi vida, también he experimentado inmensas alegrías que dudo que nadie más haya sentido. Mis penas y mis alegrías están tan conectadas, que nunca podría separarlas. Eso no quiere decir que el resto de personas me sean indiferentes ni que se incapaz de mirarte y preguntarme si hay algo que no te hace feliz.

Un sentimiento cruzó momentáneamente el gesto de Philip, pero fue tan fugaz que no sabía si había sido cosa suya. Philip cruzó la habitación y se sentó a su lado. Ella seguía desconcertada, hasta que él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Eres inteligente y muy amable —dijo, suspirando—. Pero a veces tengo la sensación de que le das demasiadas vueltas a las cosas. ¿Con qué tengo que sobornarte para que me veas con menos seriedad?

Ella soltó una carcajada.

—Si quieres que deje de lado mi alma artística y la auto contemplación, no tienes más que decirlo. En fin. Me siento algo agarrotada y me vendría bien dar un paseo por la playa. ¿Vienes?

—¿Esto es lo que se hace cuando uno está lejos de ninguna parte? —dijo él, poniéndose de pie—. ¿Caminar en la playa, reflexionar sobre nuestras vidas, y fregar los platos?

Margot le sonrió.

—Bueno, hay un anciano en el pueblo que discute con su gato, pero no se lo recomiendo a nadie. El gato juega sucio. Aparte de eso, poco más. Estar aquí me hace reflexionar sobre mí misma y, al mismo tiempo, hace que me abra al mundo. Como mínimo, hará que veas la ciudad con otros ojos.

Él sacudió la cabeza, y la miró divertido.

—Está bien. Vamos a dar un paseo. Me interesa ver si tu punto de vista me abrirá los ojos, o si el mío nublará los tuyos.

Margot le cogió la mano sin pensarlo. Había algo en el gesto en lo que no quería pensar en aquel momento.

—Bueno, ya lo averiguaremos, ¿no te parece?

El paseo fue sorprendentemente tranquilo. Caminaron en un silencio al que en otras circunstancias habrían tardado años en lugar de días en llegar. De vez en cuando, ella señalaba algún ave marina. Otra de las veces, él la apartó para que no pisara una medusa que había llegado hasta la orilla.

Lo que sorprendió a Margot mientras paseaban era la naturalidad con la que se comportaban. Con Pete, por alguna u otra razón, todo había sido como una actuación. Ahora que lo pensaba, se había centrado tanto en ser el tipo de chica con la que él quería salir, que al final nunca pensaba si a ella realmente le caía bien aquella chica.

Sin embargo, estar con Philip era como existir. Se comportaba como ella misma. A su lado, no tenía que adoptar ningún papel. Todo era honesto. Lo cual tenía gracia porque apenas lo conocía.

«Confía en él», se dijo. No había nada que perder. Sabía que para él, aquello eran unas vacaciones y que ella tenía que verlo igual. Se obligó a olvidarse de las preocupaciones que la perseguían. Se concentró en el sol que caía sobre ellos. Escuchó a las gaviotas, sintió la calidez de su mano en la suya, y poco a poco aquel desasosiego fue desapareciendo.

Philip se detuvo por un momento para mirar la línea donde el agua se unía con la arena.

—Mmm.

—¿Qué has encontrado? Si es otra medusa, me toca salvarte.

—Mira.

Philip se puso en cuclillas y cogió una roca oscura que, tras enjuagarla en el mar, resultó ser un trozo redondo de cristal rojo del tamaño de una canica de gran tamaño.

—¡Qué bonito! —exclamó Margot—. ¡Vidrio marino!

—¿Vidrio marino?

—Al mar llegan toda clase de botellas y cristales —le explicó—. A lo largo de los meses, los años, o las décadas, el movimiento del agua y la arena del fondo marino transforma el cristal roto en gemas como esta. Es un vidrio marino de color rojo. No es muy común.

—¿Qué se hace con él? —le preguntó Philip, inspeccionando el cristal en su mano.

—Muchas cosas. Algunas personas los coleccionan, otros los utilizan para hacer joyas. Mucha gente lo devuelve al mar, aunque yo no sé si es muy buena idea; después de todo, no deja de ser basura...

—Toma. Quédatelo.

Ella empezó a protestar, pero él le puso la piedrecita en la palma de la mano, y le cerró los dedos.

—Lo has encontrado tú —protestó Margot.

—Ya, por eso soy yo el que decide qué hacer con él —dijo, sonriendo—. Quiero que te lo quedes. Utilízalo para crear alguna pieza de arte o para hacerte alguna joya. Me encantaría vértelo puesto alguna vez.

Margot pensó que había un extraño eco en sus palabras; como si le estuviera hablando a un futuro en el que volvería a verla. Era raro, pero lo ignoró y se metió la piedra en el bolsillo.

Caminaron durante un rato y, cuando se cansaron, volvieron a la casa. Pasaron el resto del día relajados viendo películas, aunque frecuentemente, sus manos y sus bocas divagaban. Margot nunca sabía cuánto habían visto de la película, pero siempre resultaba menos interesante que la forma en la

que Philip le acariciaba el cuello, el vientre, o los muslos. Ninguna película de acción era tan emocionante como cuando la empujaba sobre el sofá y se ponía encima y descansaba su peso sobre ella mientras la besaba apasionadamente.

Se sentía segura en la playa, pensó mientras caía dormida. Estaban en una especie de burbuja donde nada malo podía sucederles, donde nada podía hacerles daño.

«Es una sensación increíble, pero sé que no durará eternamente...».

Aquello fue lo último que pensó antes de quedarse dormida y, lamentablemente, tenía razón.

## Capítulo Cinco

La mañana siguiente, Margot se dio cuenta de dos cosas. La primera fue que se había quedado dormida. Y la segunda, que Philip no estaba a su lado. Justo en ese momento, oyó su voz procedente del salón.

Después de escuchar durante un momento, se sentó en la cama y frunció el ceño. El Philip que hablaba por teléfono no se parecía en nada al hombre con el que había pasado los últimos días. Hablaba con un tono frío y seco, con un punto casi premonitorio.

Margot se mordió el labio, preocupada. ¿Y si le habían dado una mala noticia? ¿Y si estaba enfadado?

Se puso el camisón y caminó hacia el salón descalza. No tenía intención de escuchar a escondidas, pero él estaba en la entrada mirando el mar de espaldas a ella. Enseguida se dio cuenta de que algo andaba mal. La tensión que se había apoderado de sus hombros hacía que hubiese adquirido la postura recta de un soldado. Lo que fuese que estuviera pasando, era muy, pero que muy serio.

—Claro que confío en ti, Maria, pero tienes que entender que esto es demasiado precipitado. Primero quieres que desaparezca de la ciudad, y ahora quieres que vuelva. ¿A cuento de qué?

Se quedó callado, y Margot aprovechó para escuchar atentamente el suave murmullo al otro lado del teléfono.

«¿Maria?, pensó. Al oír el nombre, se le encogió el estómago. «Por favor, por favor, que no esté casado...».

Él sacudió la cabeza, como si la mujer pudiese verlo.

—No. No, lo entiendo. Pero es que tengo cosas pendientes aquí... No, de verdad. No me has enviado al culo del mundo, por el amor de Dios. He conocido... Bueno, tengo cosas aquí que no quiero dejar atrás.

Aquello le dolió más de lo que había pensado. No era alguien a quien había conocido; era una cosa que no quería dejar atrás. Algo era algo.

Philip suspiró y se pasó la mano por el pelo. Había cierta resignación en su lenguaje corporal.

—De acuerdo. No, tienes razón. Sí. Volveré a palacio esta misma noche. Llegaré bien. No, no

hay ningún problema. Por Dios, Maria, no tienes que aparecer siempre para solucionar mis desastres.

Además, ¿quién dice que esta vez ha pasado algo malo? Estás equivocada.

Margot estaba aún más confundida. ¿Palacio? ¿Qué otros desastres había tenido que solucionar la misteriosa Maria?

¿Qué estaba pasando?

Philip soltó un par de enigmáticas respuestas más y colgó el teléfono y contempló el mar.

Margot oyó que maldecía en voz baja.

—Debería decirte que llevo un rato escuchando.

Vio que Philip se encogía y que se volvía para mirarla. De repente pensó que los hombres cuyos secretos habían sido expuestos resultaban peligrosos, pero lo único que había en el rostro de Philip era miedo y culpa.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó con voz hueca.

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Lo suficiente para tener un montón de preguntas.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién eres?

Margot no supo por qué fue aquella pregunta la que escapó de sus labios, pero en aquel momento, era la que más importaba. Todo lo demás era secundario; necesitaba saber con quién había estado viviendo y a quién había estado amando durante los últimos días. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que eso era lo que había estado haciendo. El problema es que había estado amando a un desconocido.

Philip se quedó callado durante tanto tiempo que ella se preguntó si le contestaría. Entonces levantó la mirada y vio un gesto de dolor en su rostro. Era como si se hubiese dado cuenta de que aquello haría que todo terminase entre ellos.

—No me apellido Santiago —dijo con pesar—. Es el que aparece en mi pasaporte y en mi

carnet de conducir, pero es solo para asegurarme de que puedo ir a donde quiera sin que todo el mundo esté pendiente de mis movimientos.

—¿Y por qué van a querer estar pendientes de tus movimientos?

—Porque mi nombre real es Philip Andreoli.

En aquel momento el nombre no le dijo nada. Entonces cayó en la cuenta, y aquello la sacudió como un rayo.

—¿Me... me estás diciendo que eres el príncipe de Mónaco? —Margot soltó una carcajada con vacilación—. Estás de broma, ¿verdad?

Sin embargo, en su voz no había rastro de humor cuando siguió hablando:

—No te he mentado —le dijo en voz baja—. Estoy exiliado. La semana pasada salí con unos amigos y como siempre se extendieron ciertos rumores. Para facilitarle las cosas a Maria, mi agente de prensa, accedí desaparecer durante una temporada con la intención de mantenerme a salvo hasta que la prensa se aburriese de la historia y buscase otra víctima.

Margot sentía que todo daba vueltas. ¿A qué se refería con lo de “salir con unos amigos”? ¿Con quién se lo había estado pasando bien? ¿Por qué tenía que desaparecer durante una temporada? De repente, cayó en la cuenta de algo terrible que anuló todas aquellas preguntas.

—Hemos salido sin tener nada de eso en cuenta —dijo ella, entrando en pánico—. ¿Crees que pueden habernos visto?

—¿Ya estás preocupada por los paparazzi? —le preguntó Philip con una leve sonrisa—. No, no te preocupes. Esta casa no tiene una conexión real con mi familia. Somos los dueños de la empresa a la que pertenece la compañía a nombre de la cual está la casa. Nadie me ha seguido hasta aquí, y esto está tan aislado, que nos habríamos dado cuenta si alguien hubiese tomado fotos. Creo que estamos bien escondidos.

—Escondidos... —Ahí radicaba todo, ¿verdad? Se había estado escondiendo; y, aunque lo sabía, hasta ahora no se había dado cuenta. Se estaba escondiendo y en breve la abandonaría en aquel escondrijo—. Con razón no querías decírmelo —dijo sin rastro de emoción y en tono acusatorio—. Con razón evitabas el tema.

Philip parecía molesto.

—¿En qué habrían cambiado las cosas? —le preguntó—. ¿De qué te habría servido saber quién era realmente?

—No. Sé quién eres realmente —dijo ella con dificultad—. Te he acariciado. Te he sentido. Para mí, ese es el que eres. Que seas un príncipe... eso es lo que tú piensas que es lo más importante. Creo... Sé que eso es lo que crees que es más importante que lo que hay entre nosotros.

Se dio cuenta de que aquello lo sacudió como si fuese una corriente eléctrica.

—¿Más importante? Margot, efectivamente, hay algo entre nosotros. Algo muy intenso y que no podemos perder.

Ella sacudió la cabeza con energía.

—¿Y qué es? Una relación en la que desde el principio se han ocultado cosas a propósito. Si lo hubiese sabido, estoy segura de que...

—¿Qué? —exigió Philip—. ¿Qué habrías hecho? ¿Habrías huido de mí? ¿Habrías ignorado lo que los dos queríamos?

—¡No lo sé! —exclamó de repente. El volumen de la exclamación los sorprendió a ambos—. No lo sé. No sé lo que habría hecho. Lo único que sé es que ahora no puedo enfrentarme a esto. No sé cómo va a cambiar las cosas. Es... es demasiado.

Margot se dio la vuelta sin pensar, pero Philip la cogió del brazo y la acercó a él.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás diciendo que nada de lo que ha pasado entre nosotros importa? Solo porque yo...

—¡No lo sé! —exclamó—. ¡No lo sé! Lo único que sé es que las cosas han cambiado y que no te conozco tan bien como creía. Necesito espacio. Necesito tiempo.

—Como quieras —soltó Philip—. Si quieres tiempo y espacio, lo tendrás.

Margot observó con tristeza cómo se marchaba a su habitación lleno de rabia. En cuestión de segundos, recogió algunos objetos personales y volvió a salir.

«Puede permitirse marcharse dejando lo demás atrás», pensó de manera distante. «Después de todo, no le cuesta sustituirlos por otros».

Fue como si el mundo se hubiese doblado por la mitad y se negase a volver a su estado. Era horrible saber tan poco del hombre con el que había establecido una relación tan íntima. Aun así, una parte de ella protestó.

«Sí que lo conoces. Conoces lo más importante. La forma en la que te mira por las mañanas, el tacto de su piel... Nada de eso es mentira».

«Cierto. Pero, ¿con eso basta?».

Para aquello no tenía respuesta.

Philip se detuvo delante de ella con los ojos encendidos.

—¿Y bien? —exigió.

—No sé qué decirte —dijo ella. Aquellas palabras le sonaron vacías y carentes de emoción incluso a ella. No podía ni imaginarse cómo le sonaron a él.

—Muy bien.

Philip pasó delante de ella sin mirarla. Margot intentó decirse que no se podía esperar otra cosa de una aventura en la que se había visto metido sin pensar en las consecuencias. Pero otra parte de sí misma le recordó que aquel era el hombre del que se había enamorado. Sin saber muy bien cómo, acabó en el sofá hecha un ovillo. Hasta ahora nunca había pensado en lo vacía que estaba la casa. En sus paredes resonaba un eco que respondía a otro eco en su interior igual de vacío.

Unas lágrimas cayeron rodando por sus mejillas y ya no pudo parar. Empezó a sollozar como si el corazón se le fuera a romper; unos sollozos que hicieron que se balanceara hacia delante y atrás. La tormenta desapareció rápidamente, pero sabía que el dolor volvería a aparecer antes o temprano.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó Margot.

La respuesta fue la misma de siempre.

«Lo que haces siempre. Ponerte a trabajar».

Como el grito de guerra después de que le rompieran el corazón dejaba mucho que desear, pero no podía rechazarlo. Al fin y al cabo era una artista, y cuando las cosas salían mal, siempre encontraba consuelo en el trabajo que surgía de sus manos.

Cogió el cuaderno de bocetos, pero lo volvió a ponerlo sobre la mesa. Entonces, fue en busca

de los materiales que había apartado para esta ocasión: un lienzo, los pinceles, y las pinturas.

«Allá vamos».

Se puso a trabajar, y sintió como si le hubiesen sustituido la sangre por mercurio. Preparó las pinturas, y la brocha voló sobre el lienzo. No necesitaba comer; no necesitaba dormir; no necesitaba sentir aquella horrible sensación en su interior.

Lo único que tenía que hacer era trabajar. Y así lo hizo.

\*\*\*

Philip puso rumbo a Mónaco con la mente nublada por la rabia. Llegó al palacio de terrible humor y le gritó a todo aquel que se atrevía a cruzarse en su camino. Cuando Maria apareció, la fulminó con la mirada.

—¿Sí?

Ella arqueó una ceja.

—He organizado todas tus apariciones para la próxima...

Philip descargó el puño sobre la superficie del escritorio con furia.

—Estoy cansado de que me digas lo que tengo que hacer.

Ella le clavó una mirada fría como el hielo.

—Disculpa, creía que para eso me habías contratado.

—A lo mejor ya me he hartado.

Sabía que Maria era una mujer orgullosa y que si la presionaba un poco más, no dudaría en abandonarlo, cosa que en aquel momento no podía importarle menos. Volvió a provocarla en busca de pelea, pero una vez mas, con la calma y la cautela que habían hecho de ella una invaluable agente de prensa, lo observó detenidamente.

—De acuerdo, ¿qué ha pasado? —Philip sintió que parte de la ira se esfumaba y dejaba paso un intenso vacío que era mucho peor. Se dejó caer en la silla, y enterró la cara en las manos—. Si estabas tan desesperado por quedarte un poco más...

—Eso es lo que tendría que haber hecho —dijo de malos modos—. Debería haberte dicho que hubieras esperado veinticuatro horas. Debería haber... hecho muchas cosas. Ahora me doy cuenta.

—Entiendo. ¿Crees que puedes solucionarlo?

Philip se paró a pensarlo. Durante el camino de vuelta a Mónaco había evitado con éxito pensar en los ojos color ámbar de Margot, en la cara que puso cuando le gritó y se rindió.

*Cuando se rindió.*

Eso era lo que más le dolía. Estaba dolida porque le había mentado, pero también había percibido rabia. No. Lo que más le dolía era que ni siquiera había querido darle una oportunidad a la relación. Había sopesado lo que había entre ellos, y había decidido tirarlo por la borda. Más que dolerle, la idea le quemaba las entrañas.

—Lo dudo.

Maria asintió y la expresión de su rostro se suavizó ligeramente.

—Si no puedes solucionarlo, vas a tener que superarlo. Si te parece, voy a mantenerte ocupado. Si lo único que haces es amargarte, te aseguro que al final acabarás arrepintiéndote.

Se dispuso a protestar, pero se dio cuenta de que tenía razón.

—Ataca, pues, Macduff.

—Dado el contexto de la obra, dudo que sea una buena referencia. Pero sí, una vez más a la brecha. Lo superarás pronto.

Philip esbozó una leve sonrisa al comprobar la eficiencia de Maria, pero cuando se marchó, volvió a sentirse vacío. Ahora que lo veía con perspectiva, se daba cuenta de que había una docena de cosas que podría haber hecho, que debería haber hecho de otra forma.

Pero al final no había hecho ninguna y ahora estaba pagando por ello. Lo último que quería era hacerle daño a Margot, pero era justo lo que había conseguido.

Sacudió la cabeza. Había visto cómo lo miraba y sabía que no había rastro de perdón en su rostro. Cogió el teléfono, donde Maria había añadido algunas de las apariciones que tenía que hacer, y se puso manos a la obra.

Se mantendría ocupado. Trabajaría. Rezaría por que con eso bastase, aunque estaba seguro de que no sería así.

## Capítulo Seis

Margot no sabía cuánto tiempo llevaba sonando el teléfono. Cuando salió del aturdimiento, levantó el teléfono y contestó la llamada con la incertidumbre de alguien que había estado despierto durante demasiadas horas.

—¿Sí?

—Hola, ¿Margot McReady?

—Sí...

—Estupendo. Buenos días, señorita McReady, mi nombre es Dominique LeFevre, de la muestra Trouvatine de Mónaco.

—¡Ah! Sí, me acuerdo de usted. —No era una mentirijilla para quedar bien. Dominique LeFevre era uno de los jueces de la muestra Trouvatine y, junto a una educada carta de rechazo, le había enviado una nota dándole ánimos para que no dejase de enviar su trabajo a otras exposiciones. Lo cierto es que era el mejor rechazo que había recibido hasta la fecha.

—¡Estupendo! Iré directa al grano. Se ha caído uno de los artistas de la muestra. Hemos descubierto que sus cuadros los había realizado otra persona, así que lo hemos descalificado. Después de revisar todos los trabajos que hemos recibido, hemos decidido que nos gustaría exponer sus piezas en su lugar. ¿Sigue interesada, señorita McReady?

Margot se quedó inmóvil. Estaba convencida de que no había oído bien a la mujer. Entonces procesó las palabras que estaba oyendo, que fue lo único que pudo hacer para evitar ponerse a gritar de alegría.

—¡Sí! Es decir: ¡sí, sigo interesada! ¿Qué necesita? Creo que tienen mis cuadros...

—Así es. Lo único que necesitamos es una declaración de intereses y objetivos respecto al arte. Después, lo único que necesitamos es que venga la noche de la inauguración, que tendrá lugar el próximo viernes. ¿Le viene bien?

—Por supuesto. —Margot asintió, olvidando que Dominique no podía verla—. Allí estaré. Me

alegra tanto tener la oportunidad de trabajar con usted.

—Y nosotros nos alegramos de poder trabajar con una joven artista tan prometedora como usted —respondió Dominique gentilmente—. Espero verla el día del evento. Si tiene alguna petición especial sobre cómo le gustaría que colocásemos su obra, no dude en llamarme.

Cuando colgó el teléfono, Margot experimento un momento de alegría pura y sin restricciones antes de recordar que Philip se había marchado y le había dejado un vacío en el corazón incapaz de llenar. Por mucho que trabajara, el vacío seguía resonando en su interior. Incluso el éxito de haber conseguido exponer en una galería de arte no había conseguido mucho más aparte de distraerla momentáneamente.

Por un momento, se vio hundida en un agujero negro de desesperación, pero de repente sintió que empezaba formarse una rabia profunda y liberadora en su interior. Él le decía que era una tigresa, y si hay algo que los tigres no hacen es abandonar. No abandonaban y se morían de pena cuando les rompían el corazón. Todo lo contrario: luchaban. Luchaban por conseguir aquello que querían. Hacían planes. Y, desde luego, no lloriqueaban.

Su mente empezó a trabajar como si de una locomotora se tratara, y Margot empezó a hacer una lista con las cosas que necesitaba hacer. La lista era larga, e iba desde asegurarse de que tenía ropa para la inauguración, hasta hablar con el hombre que la había contratado para poder asistir a la exposición.

Pero lo primero era buscar a un compañero para asistir al evento. Había ido a bastantes exposiciones como para saber que atraía a un tipo determinado de joven artista que solía pegarse como una lapa mientras hablaba de su obra sin parar. Tenía un imán especial para atraer a ese tipo de hombre, y teniendo en cuenta su estado de humor en aquellos momentos, se imaginaba que andaría especialmente corta de paciencia.

Margot hizo todo lo posible por evitar pensar en Philip. No tenía sentido pensar en él. Antes, cuando se imaginaba a un miembro de la realeza, imaginaba un concepto extraño y amorfo en su cabeza. Alguien que estaba entre una estrella de cine y un político. Cuando Philip se marchó, ya no tenía sentido pensar así. Philip había desaparecido y tenía que aceptarlo.

Incluso aunque parte de ella gritaba de pánico al saber que lo había perdido, tenía que seguir adelante. Tenía una carrera de la que preocuparse, y tenía que encontrar un acompañante.

Echó un vistazo a su lista de contactos con recelo, pero de repente un nombre sobresalió de la lista. Llamó, consiguió un número, y marcó otro número.

Se sentó en silencio, esperando que descolgaran el teléfono. El hombre que contestó la llamada tenía una voz calmada y amable, de esas que hacían que inmediatamente confiaras en la persona.

—*Allo?*

—Hola. Mi nombre es Margot McReady. Me gustaría hablar con Frederich Thorbjorn, por favor.

—Soy yo...

—Hola, profesor Thorbjorn. Soy amiga de Kate Englington, una de sus estudiantes. Resulta que tengo un problema...

Cuando acabó de explicárselo, Thorbjorn, profesor de la Universidad de Mónaco, le dijo que estaría encantado de acompañarla a la inauguración de la exposición. De hecho, parecía encantado con la idea.

—No estoy del todo seguro de lo que nos encontraremos, pero imagino que será más interesante que otra aburrida y monótona reunión en la facultad.

Dado lo aburridas que podían algunas exposiciones, no estaba segura de poder ofrecerle lo que esperaba, pero le encantó oír aquella voz con un ligero acento. Kate le había comentado que era un hombre divertido y encantador y que podía pasarse toda la noche charlando con él y usarlo como escudo humano cuando los jóvenes artistas empezaran a ponerse pesados.

Cuando terminó de preparar todo lo que necesitaba para la inauguración, se detuvo, algo perdida. Para su sorpresa, el estómago empezó a gruñirle y se dio cuenta de que todavía no había comido nada, así que puso rumbo a la cocina.

En cuanto se puso a freír unos huevos, la asaltaron los recuerdos de haber estado en aquel mismo lugar preparando comida y charlando con Philip. Era raro. Solo habían estado juntos unos cuantos días, pero se sentía como si le hubiesen arrancado una parte mucho más importante de su

vida. No quería ni imaginarse cómo se sentiría si hubiese pasado más tiempo con él.

Aun así, los huevos que había cocinado desprendían un aroma exquisito, así que cruzó los dedos por que aquello fuera una señal de que se estaba sanando. Si era honesta consigo misma, todavía le dolía recordar la última conversación que tuvieron y las cosas que se dijeron. Lo que ella le dijo era verdad, pero ahora daría todo lo que fuera por volver atrás y haberlo hecho con más calma.

—Lo pasado, pasado está —se dijo con dureza—. Hay otras cosas en las que pensar ahora.

Entonces recordó el cuadro en el que había estado trabajando prácticamente toda la semana, y comenzó a reír. Era una risa amarga, pero también había algo sanador en ella.

Se rió tanto, que se le quemó la tostada y tuvo que tirarla. Después de poner dos rebanadas en la tostadora, se sintió un poco mejor.

Había que seguir adelante.

\*\*\*

Frederich Thorbjorn resultó ser tal y como como Kate lo había descrito. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años con el pelo plateado y una perilla pequeña y recortada que le otorgaba un aire ligeramente travieso. Era un hombre grande, de aspecto algo intimidante de no ser por sus gafas de montura metálica algo pasadas de moda que le otorgaban un aire amable y distraído. En conjunto daba la impresión de ser un profesor universitario algo despistado, lo cual se ajustaba más o menos a la realidad.

Después de pensárselo varias veces, se puso a rebuscar entre sus bolsas y sacó un vestido que realmente no pintaba nada entre el equipaje para unas vacaciones. Era un vestido largo de color rojo entallado y con un bordado de serpientes a un lado de la cadera. Las serpientes tenían un diseño lo bastante abstracto como para darle un aire de misterio al conjunto. Se apartó el pelo de la cara y se lo recogió en un moño bajo. Cuando se miró en el espejo, se dio cuenta de que no parecía ella, pero tampoco tenía aspecto de que le hubieran roto el corazón, que era lo importante.

La galería Trouvatine estaba iluminada como una tarta de cumpleaños cuando llegaron en el sedán de Frederich. Él le ofreció la mano para que saliera del coche con una elegancia anticuada que

le hizo sonreír. Lo agarró del brazo y esbozó una sonrisa.

—Gracias de nuevo —le dijo—. Le prometo que lo va a pasar bien. Habrá canapés y vino.

A él se le escapó la risa por la nariz.

—Querida, eso ya suena más entretenido que la típica charla con café con colegas de la universidad. Adelante.

Había una docena de artistas exhibiendo su trabajo en la exposición, y Margot se recordó que el que hubiese sido la última en llegar, no quería decir que fuese la peor. Al igual que muchas galerías, la Trouvatinne seleccionaba una amplia gama de obras en sus exhibiciones, consciente de que todos los artistas no eran del gusto de todo el mundo. Por lo tanto, en la muestra habría varios estilos, así que Margot echó un vistazo alrededor con curiosidad.

Había una escultora espigada con el pelo rizado que no dejaba de moverse de un lado para otro. Creaba figuras humanas macilentas que se transformaban en animales utilizando piezas de máquinas que recogía de la basura. También había otro artista experto en artesanía textil que había representado la historia del mundo en una línea temporal hecha con lana. Otra mujer estaba profundamente interesada en las características efímeras del hielo esculpido.

Después de un paseo rápido por la sala, Margot descubrió con alivio que su obra no se parecía a la de ningún otro artista. Podía relajarse y empezar a disfrutar de la velada. El fantasma de Philip y lo que había pasado entre ellos seguía persiguiéndola, pero por el momento, podía apartarlo de su mente el tiempo suficiente para pasarlo bien. Entabló una animada conversación con Frederick sobre su proceso de trabajo, las obras que estaba realizando, y las que le gustaría hacer.

Cada vez que tenía tiempo de pararse a pensar, se daba la enhorabuena por tener el aspecto de una artista emocionada por haber realizado su primera exposición importante. Sin embargo, si se detenía demasiado, se arriesgaba a quedarse atrapada en el lodazal del que hacía tan poco que había escapado.

Se relajó, siguió adelante, y se negó a pensar en Philip.

\*\*\*

Los días de Philip pasaban tan rápido que apenas tenía tiempo de pararse a pensar. Comprobaba

la agenda y hacía lo que se esperaba de él, yendo de un evento a otro con una determinación fruto de la desesperanza. Le daba la sensación de que si paraba no sería capaz de volver a empezar, así que se obligaba a seguir adelante.

—Si te soy sincera, da un poco de miedo verte así —le dijo Maria una mañana.

Philip la miró arqueando una ceja.

—¿En serio? Creía que estarías encantada de ver que me porto bien.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Es curioso. Sería lo lógico, pero la verdad es que no me siento rara cuando no tengo que solucionar tus líos...

—Vaya, gracias...

—...pero me preocupa lo que eso significa. Llevas muy raro desde que volviste de tu retiro en la playa. Es por la chica de la que me hablaste, ¿verdad?

—Sabía que acabaría arrepintiéndome de haberlo hecho —dijo Philip haciendo una mueca.

Una noche fue a un bar con Maria y, después de tomarse unas copas de whiskey, había terminado hablándole un poco de Margot. Le había dicho que pintaba y le había contado lo que hacía en Mónaco. Creía que había sido relativamente sutil al hablarle de su relación con Margot, pero Maria enseguida se dio cuenta de que había algo entre ellos. Ahora no solo tenía que soportar la desesperación que lo perseguía a todas horas, sino con el hecho de que su agente también lo supiera.

—Sea como fuere, me hablaste de ella. Ya sabes que soy experta en solucionar problemas, así que quiero ayudarte a arreglar esta situación.

Él la fulminó con la mirada.

—No soy un niño, y este problema tengo que solucionarlo yo, si es que es posible hacerlo. No es cosa tuya.

Llegados a ese punto, el rostro de Maria había adquirido un gesto especulativo, como si tras sus ojos estuviera pasando una lista de números y porcentajes. Sabía que lo mejor era andarse con cuidado cuando se ponía así; pero aquella vez, Maria tan solo asintió y lo dejó en paz.

Philip creía que había dejado el tema a un lado, pero sin saber muy bien cómo, había acabado

en el Trouvatine. Al parecer había una exhibición como otra cualquiera; uno de esos eventos aburridos en los que siempre compraba alguna pieza que no le interesaba lo más mínimo y la acababa donando a algún edificio público de la ciudad.

Philip tenía intención de pasar una noche tranquila, pero la idea se fue a pique en cuanto cogió un folleto de la entrada. Echó un vistazo a la lista de artistas. La mayoría eran conocidos, pero se alegró de comprobar que la Trouvatine se animaba a incluir algo de sangre fresca dentro del elitista círculo del mundo del arte.

Se disponía a marcharse, cuando de repente un nombre capturó su atención e hizo que se parase en seco. Por unos instantes, creyó que la desesperación había empezado a causarle alucinaciones, pero no tardó en darse cuenta de que no le pasaba nada malo.

Margot McReady.

Si tenía alguna duda, la fotografía las despejó todas. Margot miraba directamente a la cámara con una expresión desafiante. En aquel momento, recordó perfectamente la sensación de acariciarle la mejilla; de recorrerle el cuello a suaves mordiscos.

Por un instante, lo único que quiso hacer fue salir corriendo. Aquello no les haría ningún bien a ninguno de los dos. Entonces cayó en la cuenta. Sabía el impulso que supondría para la carrera de un joven artista tener el apoyo de un mecenas famoso. Qué menos que hacer eso por ella. Se lo debía.

Entró en el vestíbulo y formuló el plan. Compraría una de sus piezas y lo haría público. Aquello le otorgaría reconocimiento dentro de la elitista escena artística de Mónaco, y entonces...

*Tal vez te perdone.*

Las palabras resonaron en su cabeza como si tuvieran vida propia, pero las deshechó inmediatamente. Ella no le debía nada. Sería un gesto que llevaría a cabo porque le parecía justo.

Entró en la galería, consciente del murmullo que iba levantando a su paso. Había varias personas interesadas en ver que el príncipe de Mónaco había asistido, y entre los asistentes tenía a varios conocidos, por lo que pasó una cantidad considerable de tiempo estrechando manos y saludando a aquellas personas que lo conocían.

Por fin consiguió acercarse a la obra de Margot. Se dio cuenta de que eran cuadros y que no

había ninguno de los bocetos que había visto en su cuaderno de dibujo. Se acercó un poco para examinar uno, e inmediatamente se sintió impresionado por su trabajo.

El cuadro era bastante sencillo. Un paisaje de la playa que enseguida reconoció, pero al que ella le había dado su propia visión. El agua resplandecía a causa de la luz del sol, y en su profundidades distinguió algo enorme y extraño acechando en las oscuridades.

Se dio cuenta de que todos sus cuadros eran así. Ejecutaba los paisajes una habilidad intensa e instintiva, pero en cada uno de ellos había algo oscuro bajo la superficie. Algo que parecía a punto de atacar. Una luz intensa y una oscuridad acechante. Era un concepto que conocía bien, y una parte de él, esa que llevaba días intentando acallar, volvió a echarla de menos.

Estaba decidiendo qué cuadro iba a comprar, cuando percibió un murmullo a sus espaldas. Se giró, y de repente la vio.

Llevaba puesto un vestido rojo que atraía todas las miradas. Era increíblemente ajustado y no pudo evitar admirar cómo se ceñía a sus curvas. Resultaba fascinante verla en su elemento, rodeada de personas que admiraban su trabajo y querían oír hablar de él.

Philip respiró hondo. No sabía si, llegado el momento, sería capaz de hablarle, pero ahora era consciente de que sería de cobardes no intentarlo.

Dio unos pasos en su dirección, pero se quedó paralizado cuando vio que iba del brazo de un caballero de cabello plateado. El cerebro de Philip se negaba a entender lo que estaba pasando hasta que ella se puso de puntillas y le susurró algo al oído. En aquel momento, tuvo que reprimir un ataque de ira.

Dudó unos segundos, dividido entre salir de allí a toda velocidad o acercarse a ellos. Entonces, ella se giró y lo vio. Ya no podía escapar. Margot lo había visto, y la conmoción se había dibujado en su hermoso rostro.

A pesar de las circunstancias, su belleza lo dejó paralizado. La había visto como una joven artista en el contexto informal de la casa de la playa. Ahora, sin embargo, tenía el aspecto de una mujer de mundo; el tipo exacto de mujer que lo cautivaría y por la que iría hasta el final del mundo. De algún modo, las dos mujeres existían dentro de ella, y aquello hizo que el corazón le latiera más

rápido.

Sabía que aún estaba a tiempo. Podía marcharse, realizar la compra por teléfono si seguía interesado, y no volver a verla. Siempre podía hacer eso, pero en cuando lo pensó, se dio cuenta de que nunca habría sido la elección correcta. No para él; no cuando era aquella mujer la que estaba en juego.

Entonces, dio un paso adelante y cruzó la sala para acercarse hasta ella.

\*\*\*

Margot tardó unos segundos en reconocer a Philip. Era uno de tantos rostros atractivos en mitad de la multitud, un hombre más en un evento que estaba poblado de hombres atractivos. Sus ojos por poco lo pasaron por alto, pero su corazón lo reconoció enseguida. De repente, sintió como si en la sala hiciese demasiado frío y demasiado calor. Entonces lo miró a los ojos, y todo se iluminó.

Tenía un millón de preguntas en la cabeza, un millón de emociones que luchaban por salir y que no podía controlar.

De repente se dio cuenta de que Frederich la había apretado la mano con suavidad.

—¿Margot? ¿Estás bien? Has palidecido.

—Sí, estoy bien —dijo al segundo intento. Se disponía a decir algo más, pero entonces se dio cuenta con desazón de que Philip estaba caminando hacia ella. Nunca se había sentido así, como si fuese un animal al que iban a dar caza; sin embargo, paradójicamente, aquello fue lo que la salvó.

«No he hecho nada malo», se dijo con firmeza. «¡No tengo por qué tener miedo!».

—Estoy bien —dijo con mayor claridad—. Frederich, permíteme presentarte a un amigo.

Vaciló un poco al decirlo, y vio que la mirada de Philip se oscureció, lo cual hizo que sintiera una punzada de satisfacción.

Frederich se giró para mirar al príncipe con educación y le extendió la mano. Philip se la estrechó cortésmente, pero en ningún momento retiró la mirada de Margot.

—Te presento al príncipe Philip Andreoli —dijo—. Príncipe Philip, este es Frederich Thorbjorn, mi acompañante.

—Encantado de conocerle, príncipe Philip —dijo Frederich, sonriendo—. Parece que hay

varias celebridades por aquí esta noche.

—Sí, pero las estrellas más brillantes están entre los artistas, no los invitados —fue la elegante respuesta de Philip—. Nunca antes había visto todo el grueso de la obra de Margot. Es impresionante. Tengo en mente adquirir un par de ellas.

Frederich sonrió por lo bajo.

—Una sabia inversión, sin duda. Esta joven va a llegar muy lejos. Cuando mi amiga me la presentó, me dijo que iba a acompañar a una estrella en ciernes y, desde luego, no estaba equivocada.

—Vais a hacer que me sonroje —dijo Margot, bajando la vista. Había algo surrealista en la situación; algo que la ponía nerviosa. Aunque no sabía muy bien el qué.

Frederich los miró y, al parecer, se dio cuenta de que pasaba algo.

—Si quiere conocer en profundidad la obra de la señorita McReady, le aconsejo que hable con la artista. Estoy seguro de que un viejo profesor como yo será un estorbo. Si me lo permitís, os dejo charlando un rato.

Margot se dispuso a protestar, pero Philip se le adelantó.

—Es usted muy amable. Los cuadros son preciosos, y lo cierto es que me encantaría que la señorita McReady me dijera cuáles son sus favoritos.

Ante eso, Margot no pudo protestar. Observó con consternación como Frederich desaparecía entre la multitud y se quedaba a solas con Philip, que la observaba como una cobra a su presa.

—Y ahora quedamos dos —murmuró ella.

Si Philip lo oyó, ignoró el comentario. En cambio, le ofreció el brazo.

—¿Vamos? Me gustaría ver algunos de tus cuadros.

Margot quiso protestar. Aquel hombre ya le había hecho demasiado daño. No quería que la cosa fuese a más. Pero el sentido común se impuso. El mundo del arte estaba lleno de escándalos y rumores. Desairar al príncipe de Mónaco en su primera exposición importante desataría una serie de comentarios a los que no le apetecía lo más mínimo enfrentarse.

Se agarró a su brazo y, sin poder evitarlo, lo miró y le sonrió. Aquella sonrisa lo pilló desprevenido. Abrió los ojos de par en par y, cuando habló, su voz sonó menos dura de lo que ella

esperaba.

—Parece simpático —dijo Philip mientras iban caminando—. ¿Hace mucho que lo conoces?

—Es la primera vez que nos vemos —dijo ella—. Es un amigo de una amiga que ha aceptado hacerme un favor.

—Ajá. ¿Y qué favor es ese? —Margot notó cierta tensión recorría su cuerpo y se dio cuenta de lo que estaba insinuando. Aquello la golpeó con la fuerza de un mazazo y se detuvo de golpe para mirarlo a los ojos.

—No puedes estar hablando en serio —gruñó.

Philip no borró la sonrisa de su rostro . Siguió caminando, y a ella no le quedó más remedio que seguirle.

—Vamos, querida —dijo él—. No querrás montar un numerito, ¿verdad?

—Soy americana —le contestó ella entre dientes—. Has de saber que no hay nada que nos guste más que montar un numerito. ¿De verdad piensas que me fui de allí después de que nos... de que nos... y que me busqué un amante?

—Eso es justo lo que parece —dijo Philip con frialdad—. Estoy echando un vistazo por la sala y de repente te veo colgada de su brazo mirándolo embobada y sonriéndole como si fuese el no va más.

—Eres alucinante —siseó ella—. Primero, no lo estaba mirando embobada, y segundo, estaba sonriéndole porque Frederich es una buena persona que me está haciendo un favor. Llevo años asistiendo a eventos de este tipo, ¿y sabes lo que he aprendido? Que nunca debería venir sola porque es probable que algún capullo me arrincone al lado de alguna escultura, me coma la oreja contándome lo mucho que le ha impresionado su último viaje algún país en desarrollo, y luego me tire los tejos diciéndome que hacer el amor es la más exquisita de todas las artes.

Philip la miró estupefacto.

—Eso es... horrible —se atrevió a decir.

Margot lo fulminó con la mirada.

—No tienes ni idea —le soltó ella—. Hay veces en las que esos gilipollas le echan todavía más

morro e intentan ligar conmigo aunque esté con otra persona con la excusa de que quieren comprar un cuadro.

De repente se dio cuenta de que aquello iba por él.

—No era una excusa —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Quiero comprar uno de tus cuadros.

Son... son increíbles.

Aún enfadada, Margot lo inspeccionó cuidadosamente, pero no encontró rastro de mentira en su expresión. Solo percibía sincero respeto y curiosidad. Cuando el recelo desapareció de su rostro, le recordó al hombre con el que había estado hacía más de una semana; el hombre que la había conquistado y había hecho que el corazón le latiese a toda velocidad con una simple sonrisa.

—Está bien —dijo ella, aceptando la ofrenda de paz con vacilación—. ¿Cuál te gusta?

—Son todos fascinantes —le dijo él—, pero cuando he visto este, he tenido que pararme. No sé qué tiene, pero lo cierto es que me costó retirar la mirada.

La pieza a la que se refería la había pintado de memoria. Cuando era pequeña, sus padres la llevaban de acampada en invierno y una de las actividades que más le gustaba a su padre era la pesca en el hielo. Recordaba sentirse sumamente pequeña al mirar bajo la gruesa capa de hielo e imaginar lo helada que estaría el agua bajo sus pies. Al principio, el hielo parecía de color blanco, pero al inclinarse para examinarlo detenidamente, comprobaba que en realidad también tenía miles de matices de color azul y verde, con un sedimento oscuro que se asomaba en la superficie y le confería un aspecto de paisaje alienígena. La pieza, más abstracta que las demás, era un estudio sobre el hielo.

—Es lo que recuerdo del hielo que se formaba en un pequeño lago a las afueras de las cataratas Chippewa —dijo ella—. Era muy pequeña, pero sabía que el hielo era lo único que nos separaba de caer en las profundidades del agua helada, cosa que de haberlo hecho, nos habría matado.

—Tiene algo oscuro —reconoció Philip—, pero me gusta. Si sigue disponible, me gustaría quedármelo.

—Vale. Ya me encargo yo. —Le hizo una señal con la mano a una de las asistentes de galería, y esta puso un cartel en una esquina del cuadro para indicar que había sido reservado. Cuando se giró, a Margot le sorprendió comprobar que Philip estaba examinando el cuadro con nostalgia—. ¿En qué

piensas? —le preguntó en voz baja.

—En lo enredados que estamos en aguas oscuras —dijo él con suavidad—. Siento como si estuviera en el agua y tú me mirases a través del hielo, o quizás soy yo el que te mira a ti. Golpeamos el hielo para intentar comunicarnos, pero nada traspasa esa capa tan gruesa, así que tarde o temprano...

—Tarde o temprano, uno de los dos se ahoga —concluyó Margot en voz baja—. Ese no tiene que el desenlace de nuestra historia. Soy una artista; alguien que ve la vida como si fuese una historia. Nosotros decidimos cómo queremos que acabe.

—¿Sí? ¿Y cómo quieres que acabe?

Margot sentía que estaba al borde de un precipicio. Había un enorme abismo frente a ella. Podía retroceder, darse media vuelta, o... lanzarse al vacío. Después de aquello, la cuestión sería si volaría o caería, pero aquello estaba fuera de su control.

—Acompáñame.

Había visto el atrio mientras caminaba con Frederich por la galería. Era extraño, probablemente producto de alguna reforma previa; un espacio pequeño que se encontraba prácticamente a oscuras a causa de una pared a media altura situada a un lado, y una columna al otro. Aun así, ofrecía algo de refugio. Cuando se encontraron frente a frente, Philip la miró con gesto confuso y cauteloso.

—Margot...

Margot decidió que no se fiaba de las palabras que saldrían de sus labios. Ambos demostraron la última vez que discutieron que a ninguno de los dos se les daba bien expresarse con palabras. Sin embargo, había otro tipo de comunicación en la que ambos sobresalían.

Margot atacó como una serpiente; se puso de puntillas, y le rodeó los hombros con los brazos. Lo notaba tenso, pero nada indicaba que iba a rechazarla. Percibió un destello en sus ojos verdes, y lo besó.

Con aquel beso intentó transmitirle todo lo que sentía: lo que lo echaba de menos, lo que lo deseaba, y lo confundida que se encontraba respecto a la relación. Aquello era lo único que podía

hacer, así que puso toda su alma en ello.

Philip vaciló unos instantes antes de abrazarla y sujetarla con firmeza. La alzó, como aquella primera noche en la playa, y la empujó contra la pared de mármol. Margot soltó un gemido que quedó atrapado en los labios expectantes de Philip. Introdujo la lengua en su boca, y despertó ese fuego en su cuerpo que siempre había encontrado con tanta facilidad.

Besarla fue como echar gasolina en una fogata. De repente, fue consciente de que nunca había dejado de desearlo. Aquella necesidad yacía oculta en su interior, y ahora él la reclamaba con una destreza tan íntima que daba miedo.

Margot se aferró a él con fuerza. Lo necesitaba cada vez más. Notó cómo le separaba las piernas con la suya y se frotaba contra ella de manera irresistible.

«No podemos hacer esto aquí», insistió una voz en su cabeza aun cuando la respuesta de su cuerpo era diferente. Dentro de su corazón, sabía que siempre reaccionaría igual cuando estuviera con él.

Philip fue el primero en retirarse. Margot levantó la vista, y un débil gemido escapó de sus labios. La miraba con el aspecto amenazante de un lobo acechando a su presa. Tenía un aire violento y hambriento, casi salvaje. Sin embargo, cuando le retiró un mechón de pelo de la cara, lo hizo con delicadeza.

—Si nos pillasen, las consecuencias serían terribles para ambos, ¿no crees? —susurró—. ¿Te parece que continuemos nuestra... charla en otro sitio?

A pesar del deseo que desprendía su voz, fue capaz de oír la pregunta, y enseguida supo la respuesta:

—Sí. Me encantaría.

—De acuerdo. Yo salgo primero. Quédate un rato por aquí y luego sal a buscarme. Imagino que reconocerás el Bentley sin problemas. Te estaré esperando dentro. —Ella empezó a hablar, pero volvió a cubrirle la boca con la suya. Esta vez, acompañó el beso de un mordisco, y Margot tuvo que contener un gemido gutural—. No me hagas esperar mucho. —Sonó a súplica más que a orden.

A Margot le temblaron las piernas.

Philip desapareció, y ella se quedó pasmada.

Margot respiró hondo, se arregló el vestido, y se recogió el pelo. Sabía que tenía que esperar un poco antes de salir a buscarlo, pero no podía estar sin él. Lo necesitaba como al agua. Tal vez debería preocuparse, pero aquel no era el momento de hacerlo.

Todo brillaba demasiado cuando volvió a la galería. Pasó por delante de las obras expuestas y comprobó con alegría que había vendido otro cuadro. Charló con personas cuyos nombres y caras olvidó al cabo de un rato. Se despidió de Frederich, y se marchó.

Frederich parecía preocupado, pero lo tranquilizó y rechazó su ofrecimiento de acompañarla a casa.

—Tienes toda la noche por delante —le dijo—. No quiero estropeártela.

La brisa nocturna le heló la piel cuando salió a la calle, y se pasó las manos por los brazos para entrar en calor. De repente se sintió extremadamente vulnerable. ¿Y si se había arrepentido? ¿Y si se había marchado sin ella? El miedo empezó a apoderarse de ella, pero se esfumó en cuanto localizó el Bentley aparcado en la calle.

Cruzó la calle con piernas temblorosas y se metió en el interior del coche mientras él sostenía la puerta. En cuanto se sentó, Philip se lanzó sobre ella a devorarle la boca con tanta vehemencia que la levanto del asiento. Fue un beso salvaje y exigente; desesperado. Margot era incapaz de asimilar que la deseaba y la había echado de menos tanto como ella, así que cerró los ojos y se dejó llevar por aquella pasión que los consumía.

Finalmente, Philip se apartó y arrancó el coche.

—Ponte el cinturón —le dijo con seriedad—. Mi ático no queda lejos, pero el camino se me va a hacer largo solo de verte así.

—¿De verme cómo?

La miró de reojo, con un destello divertido en sus ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Te has visto? Cuando estábamos en la playa parecías una criatura etérea, un ser de la naturaleza. Ahora te miro y veo a una sirena cuyo canto se vuelve más intenso a medida que me acerco.

Margot se sonrojó, pero no pudo evitar sentir una punzada de orgullo.

—Me paso casi todo el tiempo manchada de pintura —dijo ella mientras se ponía el cinturón—.

Así que de vez en cuando me gusta arreglarme para compensar.

—Menos mal que solo lo haces de vez en cuando. No sé si sería bueno para mi corazón verte así a todas horas.

El ático coronaba uno de los edificios más altos de Mónaco. Si al portero le extrañó ver entrar al príncipe con una desconocida vestida de rojo, no dijo nada. Subieron al ascensor en silencio, aunque Margot tuvo que contener las ganas de abalanzarse sobre él y besarle sin importarle las consecuencias.

Las puertas del ascensor se abrieron y dejaron al descubierto una sala hundida con amplias cristalerías que ofrecían vistas del cielo de Mónaco. En otras circunstancias, Margot estaría extasiada, pero en cuanto el ascensor cerró las puertas, se lanzó a los brazos de Philip, y se besaron desesperadamente.

—Estás preciosa con este vestido, pero nada me gusta más que verte desnuda —gruñó.

—Quítamelo ya —jadeó ella, apretándose contra él. Se moría por estar con él. Habían estado separados durante tanto tiempo que aguantar más resultaba insoportable. Él intentó ayudarla con el vestido, pero de repente se oyó un rasgido. Margot se excitó aún más y emitió un sonido aprobatorio. Philip terminó de rasgárselo.

Se quedó delante de él en un conjunto de ropa interior de color negro y se los quitó con su ayuda. Margot se acordó de la primera vez que estuvieron juntos, cuando ella se quedó desnuda y él vestido. Esta vez se negaba a que sucediera lo mismo, así que le agarró la chaqueta del esmoquin y tiró de ella.

—Quítate esto —le dijo con la voz cargada de deseo. A él se le escapó la risa por debajo de la nariz y empezó a desnudarse.

Margot pensó por un momento en lo natural que era estar desnuda junto a él, en cómo encajaban. Entonces él la cogió en brazos y puso rumbo a la habitación. A Margot le dio la sensación de que estaba decorada de manera bastante austera. Philip la dejó sobre una cama enorme, y se inclinó

sobre ella.

—Eres preciosa —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero eso no es lo único que me gusta de ti. Hay... mucho más. Tengo tantas cosas que decirte; hay algo tan especial entre nosotros... No soy un artista. No se me da bien expresarme con palabras. Lo único que soy capaz de decir es que eres preciosa.

Margot esbozó una leve sonrisa y le acarició la cara.

—Tú también —le dijo con suavidad—. Lo supe desde el momento en el que te vi. Eres más que guapo. Eres... como las estrellas que brillan en la noche.

Philip acercó sus labios a los de ella y le dio un beso prolongado. La urgencia seguía estando presente, pero ahora se había transformado en algo diferente. Seguía esperando, acechando bajo cada uno de sus movimientos; pero de momento, disfrutaban del lujo de besarse, de disfrutar de las sensaciones que despertaba el contacto piel con piel.

Él se tumbó a su lado y ella gimoteó cuando comenzó a examinar su cuerpo meticulosamente. Le acarició la cara con la nariz, y depositó una lluvia de besos en sus mejillas, en su cuello y en sus ojos. Evitó los labios, jugando con ella, hasta que ella enredó los dedos en su pelo y tiró con fuerza.

Notó sus manos recorriéndole el cuerpo, apenas rozando sus pechos y sus muslos. Dejaba un rastro de fuego en cada rincón que acariciaba. Ella se retorció bajo sus caricias, pero él no tenía prisa. Tan solo repetía los movimientos una y otra vez hasta dejarla hecha un amasijo de gemidos y deseo. Lo único que podía hacer era rodearle los hombros con los brazos, pidiéndole más sin palabras. Lo besó desesperadamente, pero justo cuando pensaba que le devolvería el beso con más intensidad, se apartó casi con timidez.

—Estás haciéndome sufrir —dijo Margot con la voz algo rasgada.

—Te lo mereces —le dijo Philip. Por la forma en que su voz se quebró, se dio cuenta de que a duras penas podía contenerse. Había un deseo latente; una bestia a punto de ser liberada que se moría por ver.

—Déjate llevar —le dijo con urgencia—. Es lo único que quiero, lo único que necesito. Déjate llevar, por favor. —Sin embargo, seguía dudando hasta el punto de que vio que la miraba con

preocupación—. ¿Qué te pasa?

—Te deseo —le dijo. Había cierta solemnidad en sus palabras—. Te deseo tanto... Es lo único en lo que he podido pensar durante todos estos días. Cuando te he visto con ese vestido del brazo de otro hombre, ha sido como si se desatara algo dentro de mí. No es algo agradable ni amable, pero quiero ser un buen amante. No quiero hacerte daño. No quiero asustarte.

Lo dijo muy serio. Como si de aquellas palabras no fuese a salir nada bueno. La miraba con cautela, como si estuviera convencido de que iba a marcharse o iba a decirle que no quería volver a verlo.

Margot reaccionó con rapidez y le puso las manos en las mejillas. Lo acercó y le dio un beso rápido y reconfortante.

—No he venido hasta aquí para que me entregues solo una parte de ti —le susurró en los labios—. No estoy aquí para que te contengas. Si tienes una bestia dentro, yo también. Si quieres hacerme un poco de daño, soy culpable de lo mismo. Ahora estamos juntos. ¿Quién sabe hasta cuándo? Si esta es la última vez, no quiero volver la vista atrás y arrepentirme de todo lo que deberíamos haber hecho juntos. ¿Me entiendes?

—¿Qué estás diciendo? —dijo con un gruñido.

Ella le sonrió.

—Te deseo. Déjate llevar. Quiero que te entregues por completo.

En aquel momento, se dio cuenta de que se liberó de las cadenas que él mismo se había impuesto. De repente, se tensó todo su cuerpo y se echó sobre ella con la fuerza de una tormenta tropical. La reclamó con sus labios e introdujo la lengua en su boca simulando lo que quería hacerle. Sentir el peso de su cuerpo era un placer adictivo, y aquello fue antes de que separase sus muslos con la rodilla.

—Huelo tu deseo —le dijo al oído con voz ronca—. Sé que me necesitas...

—No hay momento en el que no te necesite —susurró ella—. En el que no te desee...

Se retiró y ella se quejó, pero fue tan solo para colocarle la mano entre las piernas. Notó que le separaba los pliegues de su sexo con hábiles dedos, que lo deslizaba por su abertura hasta llegar al

clítoris, que tanto necesitaba su atención.

—Eres preciosa —le dijo, esta vez sin rastro de veneración. El tono era salvaje y exigente, como el del vencedor de que está extasiado con su premio. Justo un momento después, deslizó un dedo dentro de ella y soltó un sonido gutural de satisfacción al comprobar lo húmeda que estaba. La rudeza de los movimientos le sacó un gemido, hizo que lo deseara aún más, y apartó más las piernas.

—No quiero que te corras así —le gruñó al oído. Su aliento y el calor de su cuerpo hicieron que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Con qué soñabas todas esas noches que hemos estado separados? —susurró ella—. ¿Qué imaginabas que me hacías cuando estabas solo?

Lo dijo con un ligero tono de burla, pero él tan solo sonrió.

—Voy a enseñártelo, tigrecilla...

La puso bocabajo con un movimiento rápido y ágil. De repente ya no podía verle la cara, se sentía atrapada entre las escurridizas sábanas, y arqueó la espalda excitada. Sentía que siempre había querido sentirse así con él. Necesitaba ser reclamada, y Philip estaba dispuesto a hacerlo.

—Sí, preciosa... —murmuró, recorriéndole la espalda posesivamente con la mano—. ¿Tienes idea de cuántos hombres te estaban mirando esta noche, eh? ¿De cómo ese vestido atraía todas las miradas? —Le apretó las nalgas con fuerza, hasta el punto de resultar casi doloroso; pero aquello hizo que la caricia fuese aún más exquisita. Se estremeció, extasiada por el tono de voz casi cruel que empleó

»Piensa en todos esos hombres a los que les gustaría estar en mi lugar. En todos esos hombres que te deseaban, que te imaginaban así. Ahora, imagínate cómo hace que me sienta.

Margot gimió cuando le apartó las piernas para arrodillarse entre ellas. Se acercó a su cuerpo, buscó un hombro, y le dio un mordisco con firmeza.

»Quiero marcarte —dijo con un gruñido—. Quiero que todos vean que eres mía y que no pueden apartarte de mí...

Ella comenzó a preguntarle cómo iba a hacerlo, pero entonces le levantó las caderas. Con las caderas en alto y las piernas tan abiertas, era consciente de lo expuesta que estaba. Sabía que veía la

carne más íntima y, al pensarlo, soltó un gimoteo.

»Esto me pertenece —dijo, apretándole las nalgas con brusquedad—. Voy a enseñarte lo que significa...

Agarró con firmeza sus caderas y se puso de rodillas detrás de ella. Por un momento, lo único que notó fue la punta de su polla deslizándose por su abertura de manera provocadora. El suave movimiento la excitó aún más, y la hizo gemir de deseo. Notó que cambiaba de postura y, con un solo movimiento de cadera, la penetró.

Margot soltó un grito agudo, pero él no se detuvo hasta que se enterró hasta el fondo de ella. Le clavó los dedos en las caderas con firmeza; no podía escaparse ni aunque quisiera. Se sentía poseída por completo, y sí, cómo él le había dicho, marcada.

—Por favor, dame más —jadeó—. ¡Por favor! ¡Te necesito! ¡Te necesito! ¡Más! ¡Por favor!

A Philip se le escapó la risa por la nariz y dijo con voz ronca:

—Quiero que estalles de placer como yo —le dijo con firmeza—. No pienso dejarte con ganas de más...

Quería preguntarle a qué se refería, pero entonces deslizó una mano entre sus piernas. Notó sus dedos firmes y fuertes masajeándole el clítoris, y se retorció contra su cuerpo.

—Así, muy bien —le dijo—. Voy a follarte hasta que no puedas ni pensar...

Tampoco es que fuese capaz de pensar en aquel momento, pero entonces flexionó los dedos y su cabeza estalló en una tormenta de placer. Él comenzó a moverse y a presionarla con movimientos cada vez más frenéticos. Cuando se dio cuenta, la estaba embistiendo con tanta fuerza, que la habría estrujado contra la cama de no ser porque se estaba agarrando.

Margot notó que el clímax ascendía cada vez más rápido y con más violencia. No podía hacer nada para controlarlo. Se retorció de placer y deseo hasta que no era más que un manojito de sensaciones que pedía más y más a gritos.

—Por favor, por favor, te necesito, te necesito tanto, Philip —jadeó. Entonces él le acarició el clítoris y presionó su cuerpo con tanta fuerza, que estalló de placer. Su cuerpo se tensó; era como si la hubiesen empujado por un precipicio. Se dejó llevar y sintió como si una corriente de electricidad

recorriese todas sus extremidades y la hiciese temblar. Lo único que podía hacer era aferrarse a las sábanas arrugadas que tenía debajo mientras cada parte de su cuerpo ardía en llamas.

El orgasmo sacudió lo más profundo de su ser, y cerró los ojos para entregarse a las sensaciones. Cuando dejó de temblar, notó lo que las embestidas de Philip se volvían más rápidas, más erráticas. Puso ambas manos en sus caderas, y alcanzó el clímax. Ella gimió al notar las sacudidas de su cuerpo al liberarse, y se arrastró hasta un lugar en el que lo único que quería era estar así de feliz y satisfecha para siempre.

Se quedaron así durante varios instantes. Ella a cuatro patas, él encima de ella, todavía dentro.

«Así me siento segura», fue el pensamiento fugaz que cruzó la mente de Margot. «Aquí no hay crueldad, no hay preguntas que no encuentran respuesta».

Pero no podían estar así eternamente. Finalmente, él se retiró, y fue al cuarto de baño para limpiarse. Cuando volvió, la echó sobre la cama en silencio para limpiarla a ella. Sus movimientos eran suaves como la luz del sol. Margot se dejó llevar por el placer del encuentro.

Mientras la acariciaba con ternura, el cansancio se apoderó de su cuerpo. Llevaba días corriendo, y ahora su cuerpo pedía a gritos descansar.

—No quiero dormir —murmuró—. No quiero que esto se acabe.

Philip le sonrió con melancolía.

—Descansa, tigrecilla —le dijo—. Ahora no necesitas hacer más, solo lo que tú quieras.

Lo cierto es que quería muchas cosas. Quería besarlo y abrazarlo. Quería volver a hacer el amor con él, quería cocinar para él de nuevo. Quería volver a estar con él en la casa de la playa, antes de que las cosas se hubiesen complicado tanto. Quería un futuro en el que pudieran estar juntos.

Pero no podía decirle nada de eso. Eras cosas demasiado grandes, demasiado profundas, demasiado *difíciles* después de lo bien que la había hecho sentir.

Por el contrario, se acurrucó bajo las sábanas, y se apretó a él. Así se sentía bien. Tan bien, que no se imaginaba durmiendo de otra manera. Dormir con Philip hacía que se sintiera a salvo.

—Te quiero —susurró, sin saber si lo había dicho en sueños o si se lo había dicho al hombre de verdad.

Satisfecha, se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

\*\*\*

Philip tardó más en quedarse dormido. Mucho después de que ella lo hiciera, seguía tumbado en la cama mirando el techo. Su cuerpo aún sentía los remanentes del placer, y, aunque era incapaz de prever el futuro, lo que sí sabía es que no quería que aquella fuese la última vez que estaban juntos.

Habría sido más fácil si solo fuese el placer que le proporcionaba su cuerpo lo que necesitaba. Pero había algo más. Había habido otras mujeres durante el breve intervalo de tiempo que habían estado separados. Mujeres que le habían llamado la atención, mujeres que le habían dado a entender de manera bastante inequívoca que era bienvenido en sus camas. Se había sentido tentado, pero al final las había rechazado. Y no porque no fuesen inteligentes o atractivas.

Pero ninguna era Margot. Y él solo la quería a ella.

Sus palabras resonaron en su cabeza. Ella hablaba de amor. Aquello lo descolocó.

No tenía ni idea de lo que podía ofrecerle, pero tenía que decidirlo cuanto antes. Mientras ella dormía, permaneció despierto y le dio vueltas.

## Capítulo Siete

Margot se despertó sola en la cama, y de repente supo que algo no iba bien. Se espabiló un poco, y cayó en la cuenta. Estaba sola en la gigantesca cama de Philip. De él, no había rastro.

Caminó descalza y desnuda hacia el cuarto de baño, donde se lavó la cara y encontró un cepillo de dientes nuevo para ella. Había una bata de seda colgada detrás de la puerta. Era tan grande que seguramente fuese de Philip. Se la puso y, por un momento, lo único que hizo fue disfrutar del tacto de la seda en la piel desnuda. Salió del cuarto de baño y se dirigió al salón.

Allí estaba Philip con la ropa que se solía poner en la casa de la playa: unos pantalones sueltos y una camisa de lino desabrochada.

—Buenos días —dijo ella con timidez. No sabía muy bien por qué, pero estar delante de él vestida con su bata la ponía más nerviosa que estar completamente desnuda.

Philip no pareció darse cuenta. Le dedicó una cálida sonrisa, y le tendió la mano.

—Ven aquí. Siéntate a mi lado —le dijo con suavidad—. Tenemos mucho de que hablar.

—Me siento un poco rara —dijo ella, abrazándose a él. Le resultaba lo más natural del mundo apoyar la cabeza en su hombre, ponerle la mano en el corazón y sentir sus latidos.

—¿Y eso?

—No sé... Si no hablamos de nada serio, es como si estuviéramos en un lugar seguro, protegidos del resto del mundo. Un sitio en que solo estamos tú y yo a salvo de todo. Pero si vamos más allá...

—Sí, de eso es de lo que me gustaría hablar contigo —dijo él.

—¿Sí?

—Sí. Me importas mucho, y anoche me dijiste que me amabas. Creo que... podríamos tener una relación muy placentera para ambos. —Lo expresó con tanto desapego, que se le erizó el pelo de la nuca. Notó que el desasosiego iba creciendo, y se apartó un poco.

Él frunció el ceño, pero continuó hablando.

—Soy el príncipe de Mónaco, y como es evidente, todos mis movimientos y los de mi amante serían analizados con lupa. Si vamos a estar juntos, tenemos que ser muy discretos. Puedo pagarte un apartamento en este edificio. También hay un estudio que podrías utilizar para lo que te hiciera falta. Podemos pasarlo bien, y nadie se enteraría de nada.

—¿Por qué? —le preguntó ella bajando la voz—. ¿Por qué es tan importante que nadie se entere?

Philip pestañeó un par de veces y la miró con cautela.

—Anoche lo pasamos muy bien. No tenemos que volver a pasarlo mal si dejamos las cosas claras desde el principio.

Aquellas palabras fueron como un mazazo. Tuvo que cerrar los ojos para evitar ponerse a llorar, gritar, o darle una bofetada. Nada de eso sería buena idea.

—Si lo pasé mal cuando te fuiste, no fue porque echase de menos el sexo —le dijo con sinceridad—. Si para ti eso es lo único que importa, entonces he cometido un error.

—Claro que no es solo sexo —añadió él con cierta vacilación. Margot se encogió de dolor. Pensó en lo que acababa de decirle: «Me importas mucho, y anoche me dijiste que me amabas».

Había sido una estúpida.

—Philip, has hablado muy claro —dijo, poniéndose de pie—. Gracias por la oferta... Lo pasaríamos muy bien, pero... lamentablemente, no puedo aceptarla. Me temo que no estaría a la altura.

—¿Que no estarías a la altura? Lo único que te he *ofrecido*...

—Sé perfectamente lo que me has ofrecido —respondió con crudeza. Philip se calló. La miró fijamente, y ella sintió una punzada de dolor al ver sus hermosos ojos verdes. Sabía que no podía aceptar su propuesta. No podría ser un secreto oculto a los ojos del mundo. Cuando se enamoraba, necesitaba entregarse por completo a su pareja, y ella esperaba lo mismo de él. Algo que, al parecer, no estaba dispuesto a ofrecerle.

—Voy a ducharme —dijo en voz baja—. Me iré cuando me vista.

Hizo acopio de dignidad y salió de la habitación. En parte, a pesar de todo lo que había pasado, esperaba que fuese en busca de ella. Sin embargo, no pasó nada.

Al salir de la ducha encontró un vestido nuevo sobre la cama y un mensaje en su buzón de voz indicándole que había un taxi esperándola en la puerta.

Se vistió con un vacío en el pecho. Todo había terminado. Lo que le esperaba era monótono y gris.

\*\*\*

Cuatro días después, Philip seguía obligándose a actuar con normalidad. Sonreía ante las cámaras, concedía entrevistas, y cumplía con sus obligaciones en el parlamento. No había cambiado nada. O al menos, intentaba convencerse de ello.

Cuando estaba muy atareado, casi podía olvidar lo que había pasado; sin embargo, el resto tiempo le asaltaban imágenes y recuerdos de Margot. Le parecía verla entre la multitud. Por las noches tenía la sensación de notar su cuerpo cálido y suave acurrucado junto al suyo. De no ser porque sabía que estaba completamente sano, habría pensado que estaba volviéndose loco.

Cuando un día le gritó a uno de sus asistentes y despidió al hombre con gesto impasible y rojo de ira, Maria fue en busca suya

—Se acabó —le dijo.

Philip se preguntó si se estaba pasando con él. Pensó despedirla, deshacerse de aquella voz de la conciencia que le indicaba cada dos por tres que necesitaba ser una persona decente, pero sacudió la cabeza. Todavía no estaba tan acabado, así que se conformó con fulminarla con la mirada.

—¿Vas a mandarme otra vez de retiro? —le soltó—. ¿Me he convertido en un ser tan depreciable que lo mejor es mantenerme fuera de la vista de los demás?

Maria lo observó con calma.

—Sabes que no es eso lo que voy a decirte. Sin embargo, si sigues así, la gente no tardará en darse cuenta de que algo anda mal. Cógete el fin de semana libre. Vuelve el lunes, y empezaremos de cero.

Philip se puso de pie. Después de todo, tenía razón. Estaba a punto de salir por la puerta, cuando ella lo llamó:

—Ha llegado un paquete a tu nombre. Lo tienes en recepción.

Aquello despertó su curiosidad, así que se dirigió a recepción, donde le entregaron un paquete de gran tamaño. Al verlo frunció el ceño, y se lo llevó a casa. Cuando estuvo solo, cortó el papel marrón con un cuchillo y se topó con un marco de madera que protegía el lienzo.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad incluso antes de ver el cuadro. Arrancó el marco y el relleno con manos temblorosas, le dio la vuelta y... se vio a sí mismo.

De repente, recordó aquella mañana en la que, al abrir los ojos, vio a la mujer que le había robado el corazón inclinada sobre un cuaderno de dibujo, concentrada en retratar cada parte de él. No le había dado importancia, pensando que se trataba de un capricho de artista, pero ahora veía cómo su talento había salido a la superficie. Margot era como una tempestad, y el retrato que le había hecho lo había calado hasta los huesos. Había capturado su lado más vulnerable, viendo cada parte de él con ojos claros y precisos. Era como si lo hubiesen abierto en canal; algo que lo habría destrozado de no ser porque amaba tanto a la artista.

*Porque amaba tanto a la artista...*

Aquellas palabras resonaron en su cabeza y en su corazón. Sabía que eran ciertas. Había sido demasiado cobarde para reconocerlo; le preocupaba demasiado lo que la prensa podría decir; los problemas que traería a su vida. Aquello lo enfureció. Por culpa del miedo, había dejado escapar a la mujer que le había conquistado el corazón por completo.

De repente se dio cuenta de que había una nota en el marco. Le daba hasta miedo cogerla. Al abrirla, vio que no eran más que unas líneas.

*He terminado el cuadro y no sé qué hacer con él. Me recuerda demasiado a ti, y no puedo ni quedármelo ni venderlo sin sentir que te he traicionado. Quiero que te lo quedes tú y, tal vez en el futuro, me recuerdes con cariño.*

Había tantas palabras no dichas detrás de aquellas líneas; tanto dolor contenido en aquellos espacios en blanco.

Philip se sintió momentáneamente cegado por el dolor, pero entonces apartó el cuadro y echó mano a las llaves del coche.

Fue el mismo impulso que lo llevó a participar en la carrera. Que le aseguraba que tenía que

montarse en el coche. Se negaba a aquel fuese el final de la historia, así que lo cambiaría.

«Por favor, Margot, no te olvides de mí, por favor...».

\*\*\*

El aeropuerto estaba abarrotado. Margot se encontraba en el centro, en mitad de todo el jaleo, y se sentía como el ojo del huracán. Estaba en una calma absoluta, tal y como se había sentido desde que se marchó del ático de Philip. Había vuelto a la casa de la playa para recoger sus cosas, y se había puesto en contacto con las personas que la habían contratado para ofrecerles sus disculpas y renunciar a su puesto de trabajo.

Ahora se disponía a coger un avión para volver a los Estados Unidos. No sabía que le esperaba allí, pero rezaba por que no fuese el vacío que sentía en aquellos momentos.

Margot se dio cuenta poco a poco de que se había formado un alboroto en la terminal. Por la multitud se extendió un murmullo suave como una brisa. Ella estaba como ausente, ajena a todo, hasta que de repente se dio cuenta de que había un hombre delante de ella.

—¡Philip!

Philip se arrodilló delante de ella. Levantó un brazo para acariciarle la mejilla con vacilación, como temiendo que lo rechazara.

—Te necesito —le dijo—. Te necesito y me da igual que se entere todo el mundo. Te quiero tanto, Margot. Por favor, no me abandones.

Margot era consciente de las miradas y de los flashes de las cámaras, que harían que aquel momento quedase grabado en la conciencia colectiva para siempre. Lo miró, y tomó su mano entre las suyas.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —le preguntó—. ¿Entiendes lo que está pasando?

—Por supuesto —contestó él en voz baja—. Y volvería a hacerlo una y mil veces con tal de mantenerte a mi lado. Margot, ¿te quieres casar conmigo?

Margot sintió un torbellino de emociones en su interior: amor, ganas de reír, y la felicidad más intensa que jamás había conocido.

—Sí —dijo ella, y volvió a repetirlo en voz alta hasta que todo el aeropuerto estalló en vítores

y gritos.

Philip la estrujó entre sus brazos, y ella supo allí y en ese momento, que amaría a aquel hombre durante el resto de su vida.

**¡FIN!**

**[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)**

**para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones**

**EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!**